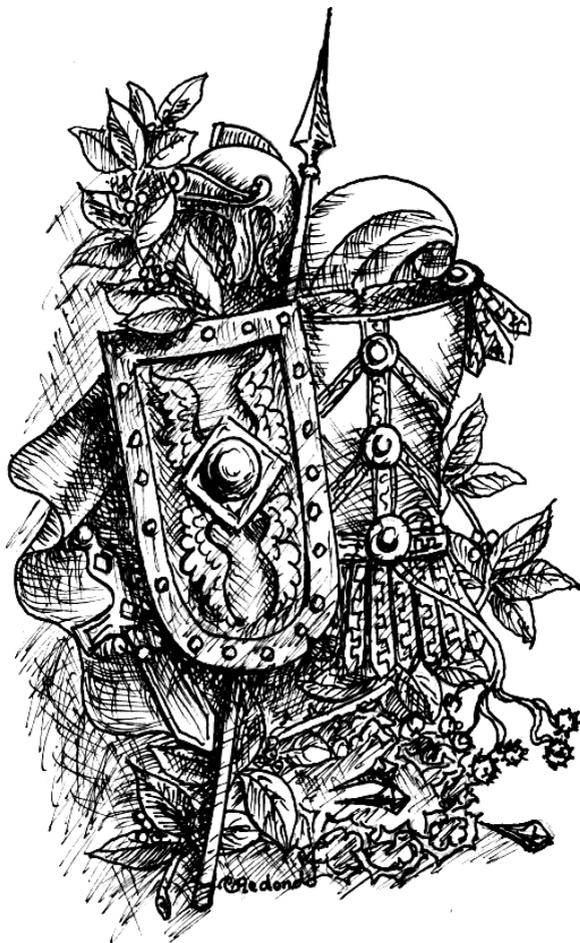


CORNELIO. Rozando la Historia.

CORNELIO. Rozando la Historia.

CORNELIO

ROZANDO LA HISTORIA



PEDRO REDONDO

© 2007, Pedro Redondo (Barcelona)

Reservados todos los derechos . Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida bajo ningún sistema sin autorización expresa del Autor.

Preámbulo

Si se me permite, quisiera hacer una aclaración; aclaración necesaria por si esta novela es editada:

Mi capacidad intelectual es muy escasa, pues no pude ir a la escuela. Me crié en el campo y de pequeño guardaba puercos y ovejas. A los quince años me vine a la ciudad de Barcelona a trabajar. No obstante, en este momento tengo personas a mi alrededor que hubiesen podido subsanar mi deficiencia; pero entonces, lo aquí reflejado no se correspondería con mis muy escasos conocimientos. Por ello, a veces me siento un poco acomplejado por ser tan poco culto y no poder expresar con hermosas frases y elocuencia mis sentimientos; pero ¿acaso sería más claro en mis explicaciones o sería por el contrario una forma hermosa de demostrar mi inteligencia tal vez vanagloriándome de mi sabiduría? Reflexiono y me alegro de mi torpeza cuando pienso en lo que Jesús decía: “Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos”, por lo cual, mi alma se regocija y exulta de alegría ya que los niños ni son cultos ni sabios, ni se expresan con elocuencia sino que balbucean a menudo lo que piensan con su poquito sentido y poquita sabiduría. Eso es lo que sus corazones sienten y eso es lo que yo puedo hacer...

Dedicado a ti, Señor: pues con que una sola alma se salve, con que una sola alma te diga “te quiero”, con que una sola alma te pida perdón de todo corazón, con sólo eso habrá valido la pena el esfuerzo de escribir este relato. Pues no hay en este escrito más pretensión que salvar aunque sólo sea una sola alma. Aunque Dios quiera que no sea una sino muchas. Es posible que no mueva un solo corazón; pero también es posible que quienes lean este escrito sean iluminados por la

Luz Divina , lo cual no se deberá a lo que aquí se dice sino a la misericordia de Dios que puede tocar ese corazón.

Para mí, Cornelio es un hombre de fe, es un hombre de esperanza y caridad. De fe, por cuanto sin ser un judío cumplidor de la ley mosaica, él, ya la lleva escrita en su corazón sin comprenderlo. Es un hombre de esperanza porque sin conocer a penas al Señor, le busca y llega a amarlo tanto que su vida es un vivir muriendo de amor. Es un hombre de caridad, pues ya de niño sus pequeñas monedas se las daba a los pobres y cuando es mayor lo sigue haciendo. Así es que en él se unen tres de las más grandes virtudes que un ser humano puede poseer: Fe, Esperanza y Caridad. Y como consecuencia de ello, la búsqueda constante de la Voluntad de Dios a través de la oración. Oración en familia y oración a solas, oculto de bullicio. Ahí revela muchas cosas el Señor; cuando todo es silencio y el alma se entrega por completo al Creador.

Esto es lo que hacía Cornelio; por eso el Señor lo elevaría a lo más alto con el transcurso de los años; porque siempre esperó y confió en Él.

Sólo algunos de los hechos referidos en este relato se corresponden con la realidad.

Prólogo

El Centurión Cornelio, destacado en Cesarea, la capital política de Judea, es el primer gentil converso, y como tal bautizado, que aparece en el Nuevo testamento. Los Hechos de los Apóstoles lo narran con bastante profusión, y tiene una gran trascendencia, porque el pueblo judío había sido siempre muy endogámico y no admitía fácilmente la entrada de conversos de otras etnias; pero no era esta la enseñanza de Jesucristo: "... y os aseguro que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán a la mesa con Abraham y Jacob, en el Reino de los Cielos ..." San Pedro acogió pues al Centurión Cornelio, y dice la tradición que fue el primer obispo de Cesarea.

Pero no es Cornelio el único Centurión que aparece y que ciertamente confiesa a Cristo de alguna manera. En los evangelios se mencionan otros dos. En efecto, en Cafarnaum junto al lago de Galilea Jesús curó al sirviente de un Centurión, que estaba gravemente enfermo. Este Centurión que nos presenta el evangelio, manifestó hacia su siervo un sentimiento realmente caritativo, cosa rara en el mundo romano. Los esclavos eran vendidos cuando enfermaban o envejecían, como los animales o enseres inservibles.

El Centurión de este relato tenía aprecio, o cuando menos respeto por la religión judaica. Es curioso que envía previamente emisarios, temiendo el rechazo de Jesús. San Lucas complementa el relato, básicamente de San Mateo, con la petición de los ancianos enviados "... bien merece que le hagás este favor, pues simpatiza con nuestra gente, y nos ha levantado una sinagoga ...". Cuando Jesús se acerca, él mismo le suplica la curación, con una curiosa exhortación basada en argumentos de autoridad: "... porque también yo, aunque soy un subalterno, tengo soldados a mis ordenes, y

digo a uno : ve, y va; al otro: ven, y viene; y a mi criado: haz esto, y lo hace ..." Es un argumento sorprendente, pero Jesús lo valora, públicamente, como un acto de fe.

El otro Centurión que aparece en el relato evangélico es el que mandaba el grupo de soldados que ejecutaron la Crucifixión de Cristo, La tradición lo identifica con el nombre de Abenader, y así lo designa la visión mística de la beata Ana Catalina Emmerich (y la película de Mel Gibson).

Jesús muere con "gran voz" ante el estupor del Centurión: "... el Centurión, que estaba presente, viendo que expirase con gran clamor, dijo: verdaderamente este hombre era Hijo de Dios ...". Era un hecho extraordinario, porque los crucificados morían faltos de respiración. El Centurión, iluminado por el Espíritu Santo, reconoce públicamente la filiación divina de Jesús. Por esto se le supone con razón un converso.

Estrictamente, no hay base para suponer que estos tres militares romanos son un mismo personaje. Para que esto fuera posible, habría que tenido que ser trasladado de Cafarnaun a Jerusalén, y de allí a Cesarea Marítima en el espacio de unos dos años, y además haberle tocado dirigir la crucifixión del Calvario. Ciertamente no es imposible, pero la probabilidad es realmente muy pequeña.

Pedro Redondo ha escrito esta obra, haciendo un bello relato contemplativo, que permita entrar piadosamente en el interior de estas conversiones y hace de los tres un solo personaje. El texto, del que Redondo advierte con toda sinceridad, que es un relato novelado del que "solo algunos de los hechos referidos se corresponden con la realidad", constituye sin embargo una magnífica forma de vivir con la imaginación estos episodios de la vida de Cristo. Así por ejemplo, aunque los tres episodios narrados por el Nuevo Testamento ocurren en tres lugares distintos y distantes,

Redondo elude perfectamente el conflicto en aras de la coherencia narrativa, y ciertamente que lo logra. El autor "siente" el personaje, y se nota que éste fluye con facilidad de su línea narrativa. Así por ejemplo, asistiremos a una conversión que se va consolidando a través de los episodios bíblicos mencionados.

Redondo implica también a la familia de Cornelio, que se acerca a Cristo a lo largo de la narración, hasta que éste muere en el Calvario, y después siguen acercándose a la conversión, en un largo periplo que les llevará a Roma. Cornelio vuelve después a Cesarea y es bautizado con su mujer y sus hijos, tal como se describe en los Hechos de los Apóstoles, descripción que es transcrita casi textualmente.

En cierto modo, podemos comparar este tipo de narración, con lo que suele hacerse con el personaje de María Magdalena, al que se asimila con el de María de Betania y la pecadora que llora a los pies de Jesús, y cuyo nombre no menciona San Lucas. Estas licencias literarias se admiten cuando el fin es una lectura contemplativa y piadosa, y en esto Pedro Redondo cumple con creces este cometido. Este libro, que ha titulado "Cornelio, rozando la historia", es un relato novelado, pero lleno de fe y de celo apostólico.

Mención especial merecen las ilustraciones, obra del mismo Pedro Redondo, y también los versos con los que remata algunos episodios. La sensibilidad artística de Redondo es largamente conocida y sirve en este caso de complemento a esta deliciosa narración.

Ramón Gelpí

www.christusregnat.com

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 1

TEMORES FUNDADOS



Reventaba el sol del mediodía en los alrededores de las dependencias del procurador Poncio Pilato. El bochornoso sol parecía derretir las armaduras de los hombres. Sus espadas y demás armas de lucha centelleaban bajo aquél sol abrasador. El centurión Cornelio dirigía la instrucción de sus soldados cuando fue requerido por el procurador, por medio de un esbirro de la cohorte.

- ¡Pilato te reclama, centurión!- Cornelio, haciendo descansar su tropa se dirigió a la estancia donde solía reunirse el procurador Poncio Pilato con los altos mandos para discutir cuestiones de la

soldadesca u otros asuntos de estrategias más complejas o porque a Pilato simplemente le apetecía. Al entrar en la sala la encontró abarrotada de los cargos relevantes de la milicia que rodeaban a Pilato. Se extrañó Cornelio y preguntó al procurador:

-¿Cómo no se me comunicó antes esta reunión extraordinaria, señor?- Pilato contestó:

- Si se te hubiese comunicado, querido Cornelio, no habría sido una sorpresa para ti.-

-¿Una sorpresa? ¿¡Porqué, señor!?-

-Cornelio, hoy hace diez años que fuiste ascendido para dirigir una de las peores centurias al servicio de Roma y hoy, como es sabido por todos nosotros, es la mejor; la más disciplinada y que menos extorsiones comete de todo mi ejército. Es por eso que quiero felicitarte, junto a todos mis mandatarios y celebrar una gran fiesta en tu honor. Despide pues a los soldados que tienes a tu cargo para que descansen, que bien merecido lo tienen y reúnete después conmigo con traje festivo en mi salón residencial.-

-Me abrumas, señor.- Retirose Cornelio y se dirigió al lugar donde sus soldados practicaban su entrenamiento y les dijo:

-Muchachos, hoy podéis tomaros el día libre. El entrenamiento ha concluido.- Preguntando ellos el motivo de aquél descanso repentino, pero por otra parte agradable, él contestó:- Estoy muy orgulloso de todos vosotros y es por este comportamiento vuestro tan ejemplar que a mí, esta

noche se me tributa una fiesta por parte de Pilato y los altos cargos militares. Pero en realidad tendría que ser a vosotros a quienes se les tributase el homenaje.- Ellos acogieron con gran alegría el reconocimiento que se le iba a tributar a su superior y cada cual se dirigió a donde más le apetecía. Entre tanto, los criados y cocineros de la cohorte, se afanaban para que la fiesta resultara un éxito a los ojos de Pilato y los comensales. También habían sido contratados los mejores artistas del humor y las mejores bailarinas para amenizar el acto. Sin embargo, curiosa e inexplicablemente, Pilato no invitó a la fiesta a Herodes Antipas y su cohorte, pues la relación entre ambos no era lo que se dice muy amigable y desde ese momento comenzaría a serlo todavía menos.

Herodes, enterado de la noticia, montó en cólera por la descortesía hacia su fastuosa persona endiosada por el orgullo inconmensurable que poseía. A causa de tal ofensa vetó a Pilato desde aquél momento para que nunca jamás se cruzase en su camino.

En llegando a casa, Cornelio refirió a los suyos lo que el procurador le había dicho, por lo que la esposa de Cornelio no cabía en sí de gozo por el reconocimiento hacia su marido dispensado por Pilato. Sus hijos, junto a toda su familia, así como sus siervos, se congratulaban al conocer la noticia.

-Cornelio, mi amado señor ¿estás contento?-

- Hanea, querida, no lo sé. Lo cierto es que estoy aturdido y temeroso. Yo siempre quise pasar desapercibido y ya ves... hoy todos hablan de mí.-

- Es lo que te mereces, mi señor.-

- Hanea, tú sabes que yo no pienso como ellos, que mi alegría eres tú y nuestros hijos. La frivolidad me acongoja. No creo que esta noche vaya a ser precisamente feliz para mí.-

- No es fácil comprenderte mi señor, pero me hago cargo de tu responsabilidad.-

- Está bien, mujer, vamos a vestirnos para la ocasión.-

-¿Yo puedo acompañarte, mi señor?-

-Pues claro que sí, querida. Y estoy seguro que todos cuantos asistan irán acompañados de sus respectivas esposas. Por otra parte, a mí especialmente no me apetece ir solo.-

El reloj de arena parece detenerse en el patio de la casa del centurión. El tiempo no corre cuando se está a disgusto con una situación, se repetía una y otra vez para sí. Mas el tiempo seguía pasando lenta, muy lentamente para él.

Al atardecer, un carro engalanado tirado por cinco hermosos caballos y dos soldados de pie, aguardaban en la puerta del centurión para acompañarle junto a su esposa a la residencia de Pilato.

-Señor- Avisó uno de sus siervos: -Un carro engalanado aguarda en el jardín para trasladarte a la fiesta.-

Las horas, aunque lentas, al fin habían transcurrido. Ahora llegaba el momento de enfrentarse a esa fiesta no

deseada por él pero que irremediablemente le aguardaba en las dependencias de Pilato.

Hanea apareció radiante en la escalinata de la planta superior. Cornelio, al contemplarla tan hermosa se sintió fortalecido y con un brillo en sus ojos, reflejo de su alegría, subió algunos peldaños para ayudarla a bajar.

-Querida mía, contigo ya me siento fuerte y seguro. ¡Además estás preciosa!- Se deshizo en elogios hacia ella y recordó aquellos años de juventud cuando quedó prendado de su belleza. No había perdido, por cierto, aquella hermosura ni aquél encanto que entonces le había fascinado. Al contrario, ahora incluso se sentía más enamorado. Le ofreció su brazo y bajaron con la emoción y alegría de dos recién casados.

Toda su casa, expectante y llenos de emoción, los vieron marchar; pero el más pequeño de sus infantes, sumido en llanto, tuvo que ser consolado al ver marchar a su madre.

El camino fue breve pero intenso y rebosante de gozo.

-Esta noche, querida mía, Pilato y sus altos cargos junto a sus esposas admirarán tu belleza por encima de todo.-

-Tú eres el agasajado, mi señor.-

-Puede que así sea, mas tú lo eclipsarás todo.- Sonrió Hanea y reclinó la cabeza sobre su hombro.

Una fuente con un hermoso surtidor de agua adornaba el centro de la sala festiva. Alrededor, divanes con bellos almohadones bordados en oro y plata para hacer más cómodo

el descanso. Un espacio a modo de escenario adornado con cortinas y guirnaldas para recibir a los mejores artistas amenizadores de la fiesta; y en las cocinas aguardando un succulento banquete.

Pilato y su esposa Prócula ya se hallaban sentados en su lugar preferente esperando el momento del acto. Poco a poco la sala se fue llenando de comensales invitados por el procurador. Finalmente aparecieron Cornelio y Hanea. Un murmullo de admiración surgió de toda la sala ante la presencia de la mujer.

-Ya te lo dije querida, todos te miran a ti. - Le susurró sonriente al oído. Entonces el procurador se levantó y todos los allí presentes irrumpieron en un fuerte aplauso. El procurador se dirigió a Cornelio:

-Ven, acércate y preséntanos a esa bella mujer que te acompaña.-

-Es mi esposa, señor.- Contestó mientras se acercaban hasta él.

-¡Qué guardado tenías este tesoro, amigo! De ahora en adelante espero contar con tu asistencia en todas mis fiestas si ella nos honra con su hermosa presencia.- Hanea, ruborizada, bajó la cabeza y se apoyó en su marido para sentarse. Pilato hizo un ademán propio de él, para dar comienzo a la celebración: Danza, canto, bromas...

Cuando hubieron banqueteados y bebido en demasía, Pilato propuso un brindis por el agasajado y añadió:

-Nos gustaría oír algunas palabras tuyas, Cornelio. ¿Cuál es tu forma de instruir a tus soldados y cómo de una centuria desastrosa has hecho como un pequeño ejército disciplinado y valiente que todos admiramos? ¿No será un secreto como tu bella esposa, tal vez?-

-Verás señor, la verdad es que no lo sé y me pones en un apuro. Tal vez si alguno de mis soldados estuviese aquí, él sabría responder mejor que yo.-

-¡Les debe prometer un aumento de sueldo!- Gritó uno de la sala. Una carcajada resonó seguidamente.

Un bufón entró en escena y entonó una cancioncilla que a Pilato le causó curiosidad:

*El secreto de su vida
no nos lo quiere decir.
¿Será por miedo?... tal vez.
¡0 será porque es así!...*

Pilato agudizó el oído ante la cuarteta del bufón y le preguntó:

-¿Qué sabes tú, o qué quieres decir con tu cántico?-

-Bueno... señor, son rumores.-

-¿Rumores de qué?- Insistió Pilato alterado y prosiguió:
-¿Tienes algo más que contar sobre el centurión Cornelio? El bufón continuó burlescamente su canto:

Es un hombre religioso,

*nadie lo puede negar.
¿Pero hace bien a Roma?
¡o tal vez nos haga mal...!*

Pilato exclamó:

-¡Yo también soy religioso! Y adoro a los dioses de Roma y venero al César como todos pero ¿y qué? Lo extraño y reprochable sería que no fuese así. El ser religioso es algo que le honra aún más.- Uno de los centuriones asistentes, sin falta de envidia, le replicó:

-Todos, ciertamente, somos religiosos pero no edificamos sinagogas para los judíos.- En aquél momento Hanea se dio cuenta de los temores de su esposo y suspiró angustiadamente pero el procurador haciéndose cargo de la situación exclamó:

-¡Basta! ¡Estamos celebrando una fiesta, no un juicio!-

La fiesta continuó sin más incidentes, con alegría y buen humor hasta altas horas de la madrugada. Pero al día siguiente Pilato se despertó pensando en la acusación vertida contra Cornelio la noche anterior y le mandó llamar para saber de primera mano qué había de cierto en aquello.

-Señor, me has mandado llamar. ¿Qué deseas?-

-Cornelio, estoy intrigado por las acusaciones que se vertieron contra ti anoche durante la fiesta.-

-Recuerdo los elogios, señor.-

-Ya, pero ¿qué significa que has construido una sinagoga para los judíos?-

-Verás, señor, tú sabes que no es fácil la convivencia con esta raza si no se está aparentemente un poco de su parte. Por eso, dándome cuenta de que era más fácil conquistarlos a través de su religión que a la fuerza, decidí construirles una sinagoga para que ellos dediquen sus cultos religiosos a su Dios.-

-¿Ese Dios que los tiene esclavizados por nosotros? Poco poder debe tener cuando así abandonados los deja.-

-Ellos dicen que un día les será enviado un libertador y dejarán de ser sometidos por nosotros los romanos.-

-Tú crees eso, Cornelio? Porque si lo crees estarás tan loco como ellos. Roma será cada vez más grande y someterá, no solamente a los judíos sino a todos los habitantes de la tierra. Será el más grande imperio que jamás haya existido en el mundo.-

-Señor, si me permites hablar con franqueza, te diré que eso no será fácil mientras los gobernantes no usen la inteligencia antes que la espada.-

-¿Me acusas a mí?-

-No, señor y tú lo sabes.-

-Te refieres pues a Herodes ¿cierto?-

-Así es. Y tengo entendido que está furioso contigo por no haberle invitado a la fiesta.-

-Es cierto, no quise invitarle, no fuera el caso que mandara ejecutar a alguien como hizo en su onomástica hace pocos días, que hizo cortar la cabeza a un tal Juan Bautista, fanático religioso. Y mira, precisamente el que predicaba según dicen lo que tú me indicabas antes: que vendrá un libertador para liberar a los judíos de la opresión.-

-Sí, algo he escuchado acerca de ello, señor. Pero más bien parecía referirse a la liberación de sus pecados o algo así.-

-¿Y qué significado tiene eso, Cornelio?-

-No lo sé, señor.-

-Bien, amigo mío, espero tenerte siempre a mi lado y al margen de todas esas simplezas. Ahora ve con tus soldados que yo tengo otros asuntos que despachar.- Cornelio, haciendo un gesto de despedida se retiró de su presencia.

El centurión no se daba cuenta de que estaba pisando terreno resbaladizo pero ¿acaso podía él ir en contra de su destino? Sin saber por qué, se interesaba desde hacía ya mucho tiempo por las cuestiones morales de los judíos. Hizo gran amistad con algunos de sus siervos interesándose por su doctrina. También fue descubriendo en algunos de sus soldados los sentimientos más profundos de su corazón. Él no sabía lo que le estaba pasando pero no albergaba odio alguno hacia los judíos religiosos y sencillos. De hecho, había vivido un caso extraordinario con uno de sus criados

hacía ya un tiempo. Ese siervo cayó enfermo y padecía muchos dolores en su cuerpo. Cornelio, lejos de abandonarle a su suerte mandó llamar a los mejores doctores para curar su enfermedad o al menos aliviar su terrible sufrimiento. Pero los meses pasaban y la enfermedad continuaba clavando más y más el aguijón del dolor en aquella persona cada vez más consumida. Ni médicos ni curanderos daban con la forma de curarle. Por aquellos días predicaba y bautizaba Juan el Bautista en el río Jordán y el centurión, más de una vez tuvo que mandarle callar a pesar de que sus palabras sensibilizaban su corazón de tal forma que en las noches de insomnio las meditaba sin poder comprenderlas. Mas no por eso las podía sacar de su mente, por lo cual, conociendo a alguno de sus siervos más piadosos les mandaba escuchar a Juan para que más tarde le refiriesen lo que predicaba. De esta manera él se fue empapando de una doctrina que, aunque no comprendía, iba minando su alma y sensibilizando su forma de actuar. Un día, uno de sus siervos le contó que había otro predicador que arrastraba tanta o más gente que el Bautista y además hacía milagros. Cornelio creyó en las palabras de su criado y ya se imaginaba a su siervo enfermo, curado. Tal era el aprecio que sentía por él que no dudó ni un instante en su corazón que ese milagro se produciría. No obstante, al sentirse tan indigno de presentarse ante aquél personaje tan excelso según le habían contado, no se atrevía a ir a verle; mas un impulso le atrajo y de tal forma que corrió como un niño ante él y le suplicó diciendo:

-Señor, tengo en casa un criado paralítico tendido en cama que sufre terriblemente.- Jesús penetró su mirada sobre él y le dijo:

-Yo iré y le curaré.- El centurión le respondió:

-Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa. Pero ordénalo tan sólo con tu palabra y quedará curado mi siervo. Pues también yo, que soy un subalterno y tengo soldados a mis órdenes, digo a este “ve” y va, y al otro “ven” y viene. Y a mi criado “haz esto” y lo hace.- Al oírle Jesús se maravilló y dijo a los que le seguían:

-En verdad os digo: En nadie de Israel hallé fe tan grande. Yo os aseguro que muchos vendrán del oriente y del occidente y se reclinarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, mientras los hijos del reino serán echados a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y rechinar de dientes.- Y prosiguió dirigiéndose a Cornelio:

-Anda y como creíste, te suceda.- Y en aquél preciso momento quedó restablecido su siervo. Viendo Cornelio al regresar a su casa que su siervo estaba curado por completo, no cabiendo en sí de gozo se retiró a su alcoba y postrándose de rodillas dio gracias al Dios de los judíos por haberle concedido tan enorme gracia. Y ya desde aquél momento se veía a sí mismo otra persona, por eso se sentía receloso y temeroso ante la fiesta que Pilato le preparó porque él ya era distinto. En realidad ¿qué le estaba pasando? Él sabía de los dioses de Roma: Júpiter, Neptuno, Venus y de la famosa diosa Artemisa etc. Pero todo eso para él era un mito y cuentos de hechiceros.

Cuando Pilato lo hizo llamar para que le informase de aquellas cuestiones de que le habían acusado aquella noche, Cornelio volvió a recordar y con más viveza que nunca, todo lo que sucedió. Y sentía que no podía fiarse de Pilato hasta el punto de abrirle su corazón.

*Tú, temeroso de Dios, no tengas miedo
que el Señor está contigo
para librarte siempre de tu enemigo.*

*Poco a poco le vas descubriendo
dentro de tu ser, Él irá sembrando semilla divina
que transformará tu vida mortal en eterna vida.*

*Por eso no temas a los desatinos
que el hombre envidioso te tenderá lazos
para que tropiece tu pie en el camino.*

*Enfréntate a ellos, cumple tu destino.
Ni un sólo cabello caerá si tu Padre,
tu Padre del Cielo, no lo haya querido.*

*Avanza sereno llevando del brazo a la que más ama
mientras que babosos de envidia malsana,
aplauden su entrada los más altos cargos
de la guardia augusta y la pretoriana.*

*Comienza la fiesta y el bufón que canta
altera al tribuno que al final exclama:
¡Hay que divertirse y no formar juicio!
El que agasajamos es un gran amigo.*

*Al día siguiente despuntando el alba
a Pilato inquietan aquellas palabras
que burlonamente el bufón cantaba.*

*Un romano extraño habita en el pueblo.
¿Y quién es, señor? Eres tú, Cornelio.
¿O acaso no es cierto lo que andan diciendo
de ti a tus espaldas, de lo cuál me entero?*

*¡Vivamos por Roma y su gran imperio!
Lo demás son cosas de pobres incautos
que han perdido el seso.*

*Cornelio le mira pero no se altera
él siente en su pecho algo que no entiende
pero en paz le lleva.*

*Desde que a su siervo curó la dolencia aquél galileo,
su corazón late con mucha más fuerza:
como si quisiera descubrirle algo
que su mente oscura
aún no lo pudiera...
Pero da limosnas:
esa es su manera de decir al Cielo
que sin comprender
él confía y espera.*



Capítulo 2

TIEMPO Y LUGAR DE NACIMIENTO



Posiblemente nos quedaríamos sin conocer aspectos interesantes del personaje que nos ocupa si no retrocediéramos en el tiempo y no nos situáramos en el año siete antes de Cristo. En dicho año nació Cornelio en Éfeso, una espléndida ciudad que contenía el Templo de Diana, uno de los más bellos monumentos del mundo. La diosa Artemisa o Diana, era muy venerada por los efesios y toda Roma, ya que según la tradición había caído del cielo y aunque no obligaba la imagen en sí a ningún compromiso moral o religioso, los efesios en especial le otorgaban poderes divinos. Pero en realidad era un negocio de los artesanos del lugar, que venía ya desde muchas generaciones.

Cornelio ya de niño fue presentado por sus padres ante la diosa, pues era una costumbre romana de hacía ya muchos siglos el poner bajo la protección de los dioses a todo nacido, ya que los romanos, a pesar de su duro corazón y siempre dispuestos para la guerra, sometimiento y muerte de todos los pueblos a los que querían conquistar, eran personas muy religiosas a su modo. De hecho, algunos emperadores se creían engendrados por algunos de sus dioses mitológicos, lo que les daba más poder ante el pueblo que en su ignorancia así lo creía. Y dada esta creencia, los habitantes soportaban las más horrendas aberraciones de sus emperadores.

Para Cornelio, toda esta tradición se convertiría con el tiempo en algo sin sentido, pues sus sentimientos eran mucho más profundos y espirituales que adorar a los dioses de piedra que eran muchos y a gusto de cada cual... Aquella religiosidad era puras fórmulas humanas pero que las gentes necesitaban tal vez para huir de sus miedos y buscar algo por encima de ellos que les hiciera sentir más fuertes

A los cinco años, sus padres y hermanos marcharon a Cesarea donde era Quirino gobernador en los días de Herodes el Grande. Cornelio tenía seis años cuando escuchó hablar de una terrible matanza de niños ordenada por el rey Herodes, en la ciudad de Belén. A él esto le quedaría marcado en su corazón para toda la vida... aunque jamás lo comentó con nadie. ¿Qué mal, se preguntaba, le podían hacer unos niños recién nacidos o de dos años?... Este, debía creerse un dios con derecho a disponer de la vida de los demás a su antojo.

Fundada por el rey Herodes, se había convertido Cesarea en una de las más hermosas ciudades romanas por las

construcciones que él había mandado edificar, como el teatro en la parte sur, lugar de esparcimiento y primera construcción en su reinado. El anfiteatro y el fastuoso palacio que para sí edificó todo de mármol, construido sobre un promontorio rocoso que se proyectaba sobre el mar en la parte sur de la ciudad. Este rey sin entrañas estaba sumamente adherido al emperador; tanto, que le edificó un templo dedicado a su honorable persona. Dicho templo se levantaba sobre un alto podio que daba hacia el puerto. Un amplio tramo de escaleras conducía hasta el pilar del templo. Era una ciudad amurallada con el puerto más grande de la costa este del mar Mediterráneo, llamado Sebastos, el nombre griego del emperador Augusto.

Cornelio pasó su infancia rodeado de soldados ya que su padre era uno de los generales de las tropas del César. Y en el tiempo que nos ocupa, ya inactivo del ejército, mas no de vocación de soldado pues ahora ya estaba retirado del servicio activo a causa de la edad, se divierte con los infantes de su hijo Cornelio. Ellos le siguen dando vitalidad, esa vitalidad que por la edad le faltaba. Además, la muerte de sus dos hijos mayores en combate y la muerte, posteriormente, de su esposa, le habían sumido en profunda tristeza. Por ese motivo, aquellas criaturas de su hijo menor le ayudaban con su alegría.

Como hemos comentado, Cornelio pasó su infancia muy sumergido en la vorágine de las guerras a causa de que su padre era general de las tropas del emperador. No obstante, aunque en todo su derredor se respiraba de continuo las luchas armadas y sus hermanos murieron en una de ellas, él se refugiaba en los estudios y la lectura. Él tenía muy clara la idea desde muy niño porque, además, se lo había inculcado

su padre: Que las batallas también podían ganarse con la diplomacia y el sentido común, más que con las armas. A él se le había abierto un nuevo horizonte pensando que la palabra podía ser un arma mucho más eficaz que la espada si se utilizaba siempre para el bien común y no por orgullo y provecho propio. Por eso pasó hasta los veinte años estudiando y sobre todo empapándose de las historias de personajes como Marco Tulio Cicerón, político habilísimo, orador modelo, que si no blandió la espada, triunfó con la fuerza de la elocuencia y desenmascaró a Catilina, el cuál tenía embaucados y engañados a los senadores romanos. Cicerón, en una de sus oratorias fue descubriendo a los miembros reunidos el engaño de Catilina, el cuál fue abochornado y destituido en el acto por el senado. Esos hechos muy cercanos a su historia le llenaban de entusiasmo para empaparse de ellos como una esponja y llevarlos un día no muy lejano a la práctica. Los filósofos griegos también llegaron a sus manos en forma de papiros: Pitágoras le fascinaba y sumergirse en sus escritos sobre el cosmos. Las matemáticas aunque más duras, las sobrellevaba con toda la fuerza de voluntad que poseía. Pero sobre todo le sobrecogía leer las conclusiones que esgrimía el propio Pitágoras sobre la inmortalidad del alma. La afirmación que Sócrates sostenía sobre que no existía ni podía existir más que un solo Dios, le impulsaba a reflexionar aún más sobre la inmortalidad del alma y cómo sería eso. ¿Quién sería ese Dios? Aunque en su genealogía casi todos postergaban a menos que nada estas cuestiones, él se sentía enormemente atraído por todo lo que fuera más allá de lo meramente terrenal. Tenía una chispa en su interior que a poco centelleaba en su corazón. Su madre Crispula no era ajena a los sentimientos de su hijo Cornelio, distinto, muy distinto a sus hermanos. Siempre atento, estudioso, sensible ante la pobreza que observaba en muchos

lugares. Ella había comprobado cómo su hijo siempre que encontraba a los menos favorecidos daba alguna moneda que su padre le había regalado por su buen comportamiento. Ella, esto lo encontraba muy extraño y más aún verlo conversar y casi jugar con ellos, pero no obstante se sentía orgullosa y a la vez temerosa de que su pequeño tuviera tan buen corazón. Por eso, a veces le decía: “Hijo, tu sabes que los muchachos de condición libre tenéis que ser orgullosos y no dejaros avasallar.” Pero él, encogiéndose de hombros la besaba y le decía: “Te quiero mucho madre.” Con lo que ella, meneando la cabeza, le dejaba estar.

A los quince años comenzó a alternar los estudios con el aprendizaje del manejo de las armas. Su padre tenía gran interés que al concluir su educación se integrase plenamente al servicio de la milicia como él, pero nunca forzando su voluntad. Además, él sabía muy bien que su hijo tenía una inteligencia muy superior a la media por lo que tampoco le importaba que se decantara hacia la política o la disertación para convertir a Roma, no solamente en la mayor nación del mundo sino también en la más sabia, culta y elocuente. Por otra parte, su madre pensaba más en hacer felices a sus hijos durante su infancia que no pensar en su futuro que el tiempo lo traería sin necesidad de buscarlo con demasiada profusión. Por eso, de vez en cuando los llevaba a parajes llanos y verdes donde pudieran correr y descargar sus ansias infantiles, pero curiosamente, Cornelio se cansaba rápido de jugar a las guerras con sus hermanos y prefería entonces contemplar la naturaleza: El canto de los pájaros, la belleza de una flor nacida silvestre y los ejércitos de las hormigas que al parecer nunca se concedían un descanso. Su madre le había comprado un arpa que siempre llevaba al hombro por si le surgía la inspiración así de repente. En las onomásticas

familiares hacía las delicias de los invitados a la fiesta con sus canciones y sus composiciones poéticas y no quedaba ahí la cosa sino que si le preguntaba algún magnate por curiosidad sobre otras materias fuera de lo bucólico, como cuestiones políticas y gubernamentales, él poseía tal cultura a su edad que poco menos quien conversaba con él sobre esas cuestiones, salía con rapidez espantosa por la tangente para no quedar abochornado por superarle el muchacho en conocimientos de todo tipo.

Su destreza con las armas a la edad de dieciséis años le valió un reconocimiento honorífico por parte del César que asistía de vez en cuando a las prácticas de sus futuros guerreros.

A los diez y ocho años conoció a Hanea, hija de uno de los camaradas de su padre. Era hermosa, muy hermosa, tanto que el joven Cornelio quedó prendado de ella: Aquél rostro sereno, la esbeltez de su figura, aquél cabello ensortijado, aquellos ojos negros y profundos habían calado hasta el fondo de su corazón. Y entre instruirse en la escuela, practicar el ejercicio de las armas y el amor hacia Hanea, fue pasando el tiempo.

*Romano de nacimiento, entre soldados criado,
no quita para que un alma,
si el Señor se la ha escogido
vaya siguiendo sus pasos.*

*A él no le gusta la guerra
y dejando a sus hermanos que juegan a las batallas,
él se sienta contemplando las flores de las praderas
y escuchando cómo cantan
los pajaritos del campo.*

*Es estudioso y amable
y hace algo inusual:
él da limosna a los pobres
que a veces suele encontrar.*

*En un romano, tal cosa y siendo aún un infante,
a su madre le sorprende;
pero le llena de orgullo
contemplarlo cuando lo hace.*

*Entre libros y más libros
él se empapa de la historia;
pero lo que más le impacta
es la eternidad del alma.*

*Su padre siempre está al margen
de cuestiones religiosas,
que su hijo sea soldado
es lo único que le importa.*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*Pero en su corazón lleva,
nuestro pequeño Cornelio,
una chispa de la vida
que lo va arrastrando al Cielo.
Ahora no comprende nada;
pero ya lo irá entendiendo.*



Capítulo 3

EL INTERIOR DE CORNELIO



Era Cornelio capitán centurión del ejército de Roma, destacado en Jerusalén a las órdenes de Poncio Pilato. A sus cuarenta años era admirado por muchos y envidiado por otros. Elegante y bien parecido, ciudadano romano de nacimiento. Título que distinguía de otros habitantes del imperio romano que disfrutaban del derecho de ciudadanía. Este título se concedió a casi todos los hombres de condición libre pero también existía discriminación, pues los más débiles, humildes o faltos de seso carecían de dicho privilegio.

Cornelio seguía reviviendo la curación de su siervo pero sobre todo revivía constantemente

aquella mirada que Jesús le dirigió y que penetró en su corazón como una llama de fuego que no se extinguía.

Ya fuera de la compañía de sus soldados ya fuera en compañía de su familia, fuera de noche o de día, su corazón ardía sin entender el significado de por qué le ocurría. Era un vivir sin vivir y se retiraba siempre que le era posible a algún lugar solitario para profundizar en lo que le estaba pasando. Tanto había cambiado su comportamiento en la intimidad de su casa que su esposa Hanea quiso saber si le estaba sucediendo alguna cosa en especial.

-Cornelio, esposo mío: Hace algún tiempo te encuentro distinto y sumido en una profunda ausencia. Me gustaría saber si es posible, lo que te pasa, mi señor, pues quiero ayudarte. Soy tu esposa y te amo. Sufro porque te veo sufrir.-
Cornelio guardó unos momentos de silencio y tras la pausa:

-Querida mía: No es fácil explicar lo que me ocurre. ¿Te acuerdas de la curación de nuestro siervo enfermo?-

-Claro ¿cómo podría olvidar? Es algo que todavía no he llegado a comprender. La forma con la que me lo contaste fue muy confusa para mí.-

-Hanea, ese hombre curó a nuestro siervo a distancia ¿te das cuenta? Ese hombre es más que un hombre. Es un ser distinto... Verás Hanea, él... me miró...-

-¡Mi señor ¿y qué?! Todos nos miramos, no tiene nada de extraño, es algo normal.-

-Sí... pero no de la manera con que Él lo hizo. Fue como si traspasara mi corazón. Su mirada era fuego y ese fuego aún permanece en mí. Es un vivir sin vivir, Hanea. Ya sé que es difícil de entender...-

-Mi señor, será un hechicero, te curarás.-

-No Hanea, creo que no es ningún hechicero y no creo que tenga que curarme de nada. Él me quiere dar la vida.-

-Ya tienes la vida, querido mío.- Hubo una pausa y tras la cuál él prosiguió hablando:

- Hanea ¿te importaría ir a ver un día a ese predicador y contarme lo que dice?-

- ¡Pero mi señor! ¿Acaso quieres que también me hechice a mí?-

-No, querida, quiero que puedas sentir lo que yo siento dentro de mí. Ahora he de marcharme con la guardia, ya se me hace tarde. Te amo.- Besó sus manos y acarició su rostro para después partir. Hanea quedó pensativa, un poco confusa y sin saber qué hacer; pero en atención a su esposo se dispuso para marchar en busca del lugar en que predicara Jesús. Vistió un atuendo de una de sus siervas y acompañada por ella, pues era de su plena confianza, marcharon de la casa. Al poco rato de caminar su sierva le comunicó:

-Mi señora, creo saber dónde se encuentra predicando el rabino que buscas.-

-¿Acaso tú le conoces?-

-Sí, mi señora. Yo siempre que mis obligaciones me lo permiten voy a escucharle. Hay tanta ternura y amor en sus palabras... Ven.-

Subieron a un pequeño monte y allí le vieron rodeado de sus discípulos y de un gran gentío que le seguía. Se sentaron sobre una roca y Él comenzó su discurso. Hanea, aunque un poco escéptica, prestó oído a sus palabras que versaban sobre las bienaventuranzas. Cuando hubo concluido la predicación les añadió Jesús:

-Ahora practicad lo que habéis escuchado y daréis cumplimiento a la voluntad de Dios, vuestro Creador.

Hanea y su sierva deshicieron el camino andado en profundo silencio meditativo.

Cuando llegaron a su casa, Hanea aguardó con impaciencia el regreso de su esposo tras el alfeizar de una de las ventanas del piso superior de la casa. Ahora comenzaba a comprender lo que le estaba pasando a su marido, y aunque ella no participaba de aquél fuego que él sentía, una fuerte inquietud le embargaba y un gran deseo de conocer la verdad.

Pasaron las horas y llegada la noche apareció Cornelio. Hanea impaciente, le esperaba en la puerta del patio y abrazándose a su cuello le besó con el más grande amor que jamás lo había hecho. Fue una fusión de sentimientos tal, que ambos rompieron a llorar de gozo. No hacía falta hablar, los dos se sentían unidos por un amor nunca antes experimentado. Después de esto entraron en la casa donde todos aguardaban para la cena. Cornelio abrazó a

sus hijos mientras ellos, como siempre, toqueteaban las hebillas y demás adornos de su uniforme militar. El mayor que ya contaba con catorce años, muy decidido le comentó:

- Padre, yo quiero ser como tú. Me gusta la milicia y ya soy muy experto en el manejo de la espada.-

-¿Cómo es eso? ¿A caso no estudias y aprendes a tocar el arpa que es un bello instrumento?-

-Sí padre, estudio y aprendo a tocar el arpa pero en mi tiempo de juegos, el abuelo, tu señor padre, audaz guerrero, me enseña el manejo de las armas y dice que poseo habilidad y destreza poco comunes para mi edad.-

-Bueno, hijo, tú estudia mucho y ya hablaré yo con mi señor padre sobre ti.- La cena transcurrió en alegre armonía mientras de vez en cuando ambos esposos se miraban sonrientes, cómplices de un secreto.

Cuando llegó la hora de dormir marcharon a sus aposentos con mayor ligereza que otras noches. Cornelio estaba deseoso de saber las palabras del predicador Jesús.

- Dime, querida ¿qué ha dicho, qué ha pasado, te ha mirado como a mí?-

- Esposo mío, había mucha gente y yo estaba lejos pero sus palabras han calado profundamente en mi corazón. Yo nunca había sentido lo que siento...-

-Y dime ¿Recuerdas algo?-

-Claro que sí y no creo que pueda olvidar sus palabras nunca jamás. Escucha, que recuerdo palabra por palabra todo lo que Él ha dicho:

Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la Tierra Prometida.

Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados vosotros cuando os insulten y persigan y digan falsamente todo género de maldad contra vosotros, por causa mía. Gozaos y exultad porque será grande vuestra recompensa en los cielos; pues así persiguieron a los profetas que os han precedido.-

-Hanea ¿Tú comprendes todo eso?-

- No, Cornelio; no logro entender sus palabras pero deseo comprenderlas de todo corazón aunque en cierto modo me da miedo la situación. Ya sentí gran temor en la fiesta que te dedicó Poncio Pilato cuando el bufón dijo aquellas cosas sobre ti y Pilato se alteró.-

-No temas, mujer, que ese predicador nos irá enseñando el camino a seguir. Tú ve siempre que puedas a escucharle y me explicas su mensaje.-

-Sí, querido. Buenas noches.-

Al día siguiente, Cornelio ya de camino hacia su guarnición para la instrucción diaria de sus soldados, daba vueltas en su cabeza a las palabras que, según su esposa, había dicho Jesús: -¿Los pobres de espíritu? A nosotros los romanos se nos ha enseñado a ser fuertes de espíritu.- Se decía a sí mismo.- Y los mansos; nosotros debemos ser altivos y orgullosos ¡Somos Roma!... ¿Bienaventurados los que lloran? Eso es cosa de los débiles y los niños. ¿Y ser justos?; yo quiero ser justo y eso lo entiendo. ¿Los misericordiosos?; yo siento misericordia por los pobres y me llena de gozo cumplir sus necesidades. ¿Limpieza de corazón?; eso no lo entiendo. ¿Los pacíficos y perseguidos por ser justos? Yo mandaba callar a Juan el Bautista por predicar la justicia ¿Pero qué Dios es ese que permite la persecución de sus creyentes y hasta ser vapuleados por causa de Él? ¡¿Dónde está su poder?!- Cornelio se sentía tan confundido que su mente no podía deshilar unas palabras de otras y todo era un atropello en su mente.

El dirigir la instrucción de sus soldados en esas circunstancias emocionales no era cosa fácil pero era muy consciente de su deber y responsabilidad e iba saliendo adelante airoosamente. Por su parte, Hanea buscaba el momento libre para escuchar a Jesús.

En esos días, el pueblo entero estaba alborotado a causa de la predicación del Mesías. Se vigilaban unos a otros y se

expulsaban de las sinagogas a los que eran delatados como seguidores confesos de Jesús. Los sumos sacerdotes, escribas y fariseos estaban alerta sobre estas cuestiones ya que el cumplimiento de la Ley de Dios era lo más importante para ellos. Sobre todo los fariseos, fanáticos y orgullosos de sí mismos por estar casi por encima del cumplimiento de esa Ley. Tal era su afán por cumplirla, que aún se imponían, o mejor dicho, imponían a los demás, cargas imposibles de sobrellevar. Los fariseos eran orgullosos por la creencia de hacerlo todo bien ante Dios cumpliendo hasta el más mínimo detalle, mas por este orgullo y falta de amor al prójimo el Señor los aborreció, pues prefiere a un pobre pecador arrepentido que a un hombre como el fariseo del evangelio que puesto en pie daba gracias a Dios porque él cumplía todos los preceptos y no como aquél pobre publicano que no osaba alzar la vista por el dolor que le causaba haberle ofendido. Por eso odiaban a Jesús, porque perdonaba a los pecadores arrepentidos y proclamaba que no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos

Hanea, no solamente escuchó estas últimas palabras de la boca de Jesús sino otras muchas que le iban sumergiéndola en un mundo desconocido para ella. Cuando escuchó la oración del Padre Nuestro recitada por Jesús, se reveló en ella tal gozo que su corazón le palpitaba de alegría.

-¿El Creador... mi Padre?- Se preguntaba tratando de dilucidar su significado.

Los dioses de Roma para ella, después de aquella oración, eran ya una superstición, unas estatuas sin espíritu y sin vida. También se dio cuenta de las controversias que se estaban sucediendo a raíz de una predicación jamás oída en

Israel. Cómo los propios judíos a los cuales iba dirigida, rechazaban y se escandalizaban de aquél predicador que venía, según Él, a dar cumplimiento a la Ley de los profetas.

Cuando se encontró de nuevo con su marido, ella le explicó todo cuanto oyó decir a Jesús, incluso le recitó el Padre Nuestro que había quedado grabado en su corazón y en su memoria. En ese punto ambos cayeron de rodillas en una especie de éxtasis de arrobamiento espiritual. Cuando volvieron a su normal estado de consciencia pensaron que tal vez debieran compartir con sus hijos y demás familia el cambio que se había producido en sus personas a partir de los encuentros con aquél, llamado Mesías. Pero sintieron temor, una extraña sensación les invadió. ¿Qué pasaría si llegaba a oídos del procurador, que eran seguidores de un predicador judío contrario a todas las creencias romanas? Aunque no sería fácil seguir ocultando sus sentimientos a los ojos de los demás. Sería muy difícil no delatarse. Y con inquietud y angustia seguían guardando el gran secreto. Y así, con unas perspectivas tan poco halagüeñas, humanamente hablando, transcurrían los días en la casa de Cornelio.

Aparentemente todo seguía igual en su recinto, mas no en los corazones de aquellos esposos que callaban aquello que querían gritar a los cuatro vientos.

Los criados y algunos de los soldados que habían sido testigos de la sanación del siervo de Cornelio también acudían cuando ello era posible, a escuchar las palabras de Jesús como anteriormente escucharon las de Juan el Bautista. También muchos de ellos habían sido bautizados en el río Jordán. Entonces, los soldados le preguntaban a Jesús:

- Y nosotros Señor ¿qué debemos hacer para salvarnos?-
Jesús les contestó:

- A nadie hagáis extorsión por el hecho de tener la fuerza de la espada y conformaos con vuestro salario. Es para justicia el arma, no para causar agravio a nadie; pues mirad: Todos sois hermanos y Dios hace salir el sol y emite sus rayos sobre todos los hombres, buenos y malos. Y no juzguéis ser mejores que los demás; pues sólo hay uno de justo, Dios. Por eso, con la misma medida con que midáis seréis medidos y si sois compasivos, Dios también tendrá compasión de vosotros. Si escucháis estas, mis palabras y las ponéis en práctica, obtendréis la vida eterna y seréis libres.-
Muchos de los allí presentes le decían:

-Nosotros tenemos como padre a Abraham y jamás hemos sido esclavos de nadie.- Él les respondió:

-Todo hombre que incumple los Mandamientos de Dios es esclavo del demonio. Por eso vosotros queréis darme muerte, pues así daréis cumplimiento a sus deseos homicidas. Él no quiso permanecer en la verdad y por eso es padre de la mentira. Vosotros, todos los que pretendéis matarme, le tenéis a él por padre.- Mas ellos le respondieron:

-¿No decimos nosotros que estás loco? ¡Nadie quiere matarte!- Ciertamente se palpaba en el ambiente la maldad, la conspiración y las intrigas, especialmente entre los escribas y los fariseos que no podían soportar cómo todos le seguían en masa, entusiasmados por aquellas palabras de amor y a la vez de autoridad que impartía. La envidia les corroía el corazón, pues ese corazón no estaba forjado de espíritu sino de carne. No buscaba en esa Ley que ellos decían practicar, la justicia y

la equidad sino la torpeza de los antiguos de “ojo por ojo y diente por diente.” Por eso les decía Jesús: “La letra mata pero el espíritu vivifica”.Y también: “No penséis que he venido a abolir la Ley y los profetas. No he venido a abolirla, sino a completarla.”

En aquellos días Jesús estaba adquiriendo tanta popularidad por su doctrina como por sus innumerables milagros que, Herodes, oyendo todo esto decía con gran temor:

-Este es Juan el Bautista a quien yo mandé decapitar, que ha resucitado.- Pero Herodías, mujer repleta de maldad y astucia le persuadía de que todo eran temores infundados y así le tranquilizaba de sus agobios y locuras. Aun así, Herodes tenía deseos de verle para cerciorarse de si era o no Juan que había vuelto a la vida. Ciertamente su conciencia y los fantasmas de su mente le acosaban constantemente y así su locura iba progresando despacio pero sin pausa hasta llegar a creerse un dios. Lo malo es que parte de la plebe romana lo tenía como tal. Admirando su lujo y oratoria de orgullo sin límite, creyendo ellos todo cuanto les decía por muy disparatado que fuera. Mas no permitiría Dios por mucho más tiempo la existencia de aquél perverso hombre en el mundo de los vivos: pues un día que, con toda su pompa regia y sentado en su trono, arengaba enardeciendo los ánimos de los asistentes con razonamientos impertinentes y blasfemos y mientras el pueblo clamaba “¡No habla un hombre, habla un dios!”, el Señor dejó de alentar sobre él y expiró. Así acabó ese dios de barro y maldad que después sería odiado por la historia.

*Esa llama que te quema
jamás podrás ocultarla,
colócala bien visible
que alumbre a toda tu casa.
Sé valiente, nada temas,
es el Señor quien te llama.*

*Pero claro, tú no entiendes
lo que te está sucediendo...
tú sé fiel y ya verás
cómo lo irás comprendiendo.*

*Cuando en ti fijó sus ojos,
allí quedaron clavados.
Hanea escucha y no entiende
y piensa que está embrujado.*

*Hanea, me gustaría que tú fueras a escucharlo
¿Yo, mi señor?... como quieras.
¿Y cómo podré encontrarlo?
Una sirvienta que sabe
dónde se encuentra el maestro,
lleva a su ama a escucharlo
y ya quedarán unidas
por los mismos sentimientos.*

*Cornelio ya no está solo,
su mujer se ha convertido
y entiende perfectamente
qué le ocurre a su marido.*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*Se funden en un abrazo
de amor que no habían sentido
tan grande como el de ahora:
están unidos por Cristo.*

*Ya son bienaventurados
porque los llamó el Señor.
Pero habrá que luchar fuerte
y echarle mucho valor.*

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 4

CORNELIO PRESENCIABA LOS MILAGROS DE JESÚS



Despertaba la aurora cada día más hermosa sobre aquella casa iluminada por la palabra de Jesús. Los chiquillos jugando y riendo por el jardín alegraban a Cornelio al regresar cada día de sus obligaciones. Besos y abrazos por doquier a un padre que se desvivía por hacerles la vida más feliz de día en día. Él lo era tanto que se transmitía hacia los demás sin que pudiera percibirlo.

En uno de los días que él tenía descanso, siguió entre el gentío como uno más, a Jesús. Él les adoctrinaba diciendo:

-No os preocupéis de las cosas materiales; de qué comeréis mañana y con qué os vestiréis. Preocupaos de cumplir la voluntad de Dios, que todo lo demás se os dará por añadidura. Mirad los lirios del campo y observad su belleza. Ni Salomón en su gran esplendor pudo vestirse como uno de ellos. Pues si una hierba que hoy es y mañana se seca, Dios así la viste ¿cuánto más cuidará de vosotros vuestro Padre Celestial que quiere revestiros de Su Gloria? ¡Si incluso los cabellos de vuestra cabeza están todos contados! Él lo conoce todo de vosotros y os ama ¡y cuánto! Si vosotros siendo malos dais cosas buenas a vuestros hijos ¿cuánto más vuestro Padre Celestial dará el Espíritu Santo a quien se lo pida? Tened fe y todo cuanto pidáis al Padre Él os lo concederá.-

Al salir de Jericó le seguía una gran multitud y dos ciegos sentados a la vera del camino, en cuanto oyeron que pasaba Jesús, se pusieron a gritar:

-¡Señor, hijo de David, apiádate de nosotros!- La turba les reprendía e imponía silencio. Ellos empero levantaban más la voz:

-¡Señor, hijo de David, apiádate de nosotros!- Jesús se detuvo, los hizo llamar y les dijo:

-¿Qué queréis que haga con vosotros?- Respondieron ellos:

-¡Señor, que se abran nuestros ojos y podamos ver!- Compadecido de ellos, tocó sus ojos y al punto recobraron la vista y le siguieron, gritando ahora de gozo, junto a todo el gentío que se iba uniendo a ellos. Cornelio, como uno más, les acompañaba entusiasmado y al llegar a Betfagué, cerca de

Jerusalén, le trajeron una asna con su pollino, colocaron sus mantos sobre él y le montaron encima. Tendían sus mantos sobre el camino en forma de alfombra y otros cortaban ramas para adornar todo a su paso. Y las turbas que iban delante y las que le seguían le aclamaban:

-¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
¡Hosanna en los cielos!- Cornelio se daba cuenta que algo grandioso estaba sucediendo y cuando entró en Jerusalén se agitó toda la ciudad diciendo:

-¿Quién es este?- Y las turbas respondían:

-Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea.- Era un estallido de gozo y de alegría por parte del gentío que le rodeaba. También Jesús se sentía eufórico por tanta fe de ellos en aquellos momentos pues bien sabía que aquello no duraría mucho: una pequeña prueba o contratiempo y todo aquél fervor desaparecería sin apenas dejar rastro. Mas en ese momento, sentíase plenamente reconocido y arropado por todos los fieles. Entró pues Jesús en el templo, echó una ojeada en su derredor y su rostro se turbó manifestando su gran tristeza, y recogiendo del suelo unos restos de cuerda que halló, trenzó con ellos un látigo y con él arrojó a todos los que allí compraban y vendían, tirando al suelo todas las mesas y mientras sonaba el tintineo de las monedas esparciéndose por el recinto sagrado les intimó severamente:

-¡Mi casa será llamada “Casa de Oración” tal como está escrito, mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones! ¿Creéis que quien vosotros llamáis vuestro Dios, puede complacerse en vuestras acciones? ¿Cómo no os dais cuenta que son malas? ¡No sabéis de qué espíritu sois!

Creedme cuando os digo que todo esto quedará vacío y derruido a causa de vuestro orgullo, que es lo que genera tinieblas que a la vez desembocan en la maldad. A mí me odiáis porque mi doctrina no se os acomoda; pues mirad, es la misma que vosotros debéis cumplir si queréis alcanzar la Vida Eterna que os ofrece vuestro Dios. Pero sois mentirosos pues en verdad vosotros no buscáis la Gloria del Padre, pues si así fuera me amaríais a mí ya que es Él quien me ha enviado para enseñaros el camino y sin mí nada de bueno podéis hacer ante Sus ojos ya que el mundo lleva un rumbo que no es el de Dios y vosotros sois del mundo si no dejáis el pecado. Es así que, por este motivo no podéis soportar mi doctrina porque no es de aquí. Vosotros sois de aquí abajo; yo soy de allí arriba. No se puede amar al mundo y amar al mismo tiempo a Dios. O estáis con el diablo o estáis conmigo pero si cumplís mis enseñanzas el Padre os amará... ¡y no sabéis cuánto!-

Curó en el templo a todos los que con fe se le acercaron. Al contemplar los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que había hecho y los niños cómo le aclamaban “¡Hosanna al hijo de David!”, se enfurecieron y le decían:

-¿Oyes lo que estos gritan?- Jesús respondió:

-Sí ¿Es que no leísteis “de la boca de los pequeños y de los niños de pecho te aparejaré alabanza”?- Y dejándolos, salió de la ciudad hacia Betania.

Cornelio por su parte, marchó hacia su hogar admirado por todo cuanto había visto y oído. Y se preguntaba a sí mismo en qué quedaría todo aquello que de día en día iba a

más. También observaba la incredulidad de los fariseos y la de los sumos sacerdotes que le odiaban a muerte; mas en ningún momento imaginó el centurión el trágico desenlace que se avecinaba. Y como siempre, refirió a Hanea todo lo acaecido haciéndola partícipe de todos los prodigios que aquél día Jesús había realizado así como de la resistencia a creer de los altos cargos judíos.

- No logro comprender, querida, cómo viendo tales milagros y escuchando tal doctrina, tantos y tantos se le resisten, especialmente los que más deberían creerle: los custodios de su ley, su doctrina y mandamientos. Pues yo he escuchado decir que algunos de sus seguidores se han escandalizado por algunas de sus palabras y le han abandonado.- A lo que Hanea dijo con tristeza:

-Es cierto querido. ¿Pero acaso podemos los simples mortales comprender toda la sublimidad de las palabras transmitidas por el Todopoderoso? Él ha dicho: “Muchos son los llamados mas pocos los escogidos”.-

-Entiendo, Hanea, que si se intenta hacer las cosas bien y se espera con Fe la misericordia de Dios, él además de llamarnos nos escogerá para formar parte de ese Reino de los Cielos que predica. Mas yo he comprobado que muchos esperan un reino temporal a semejanza de un mandatario como el emperador que los libere de nuestra opresión romana. Algunos de ellos son zelotes y al comprobar que su doctrina es espiritual y no del reino humano se han enfurecido contra él y le han abandonado ya que no va con sus propósitos. Yo me alegro, por cuanto demuestra que viene de lo alto.- Hanea prosiguió:

-Pero mi señor, tú sabes cómo Herodes hizo prisionero al Bautista y le mandó decapitar y sabes como yo que está loco. Podría prender a Jesús.-

- No Hanea. Y deja de preocuparte, pues Herodes no le haría ningún daño, por miedo, pues piensa que es el Bautista que ha resucitado, por lo que está sumido, se dice, en un gran temor y miedo hacia Él.-

Como hemos comentado anteriormente, Cornelio no llegaba a sospechar ni por un momento que aquél hombre Dios por el que sentía tal devoción, pudiera ser condenado a muerte y mucho menos traicionado por uno de sus doce discípulos. No podía imaginar que por miedo todos le abandonarían en sus momentos más dolorosos. Mas no pasó mucho tiempo en que todo esto que no había calculado comenzaría a suceder al inicio de la pascua, así como el protagonismo que él tendría en todos los acontecimientos que se iban a suceder en breve tiempo. De momento se sentía muy feliz de haber podido ser testigo ocular de tantas maravillas realizadas por el Señor Jesús.

*El Señor es su alegría
y no puede contenerla.
A los demás la transmite
como un río desbordado
que a la mar corriendo llega.*

*Escucha siempre que puede
al Bendito Salvador;
y aunque aún muy poco entiende
lo cierto es que sus palabras
inflaman su corazón.*

*Él da la vista a los ciegos,
atónito lo presencia
pero es todavía más grande
que abra los ojos del alma
para poder adorarle.*

*En nombre del Señor viene
como rey, en un pollino,
sin báculo ni corona,
lo mismo que un peregrino.*

*Todos gritan de entusiasmo
y ya se ven liberados
de la opresión tan amarga
a la que están sometidos
a causa de los romanos.*

*En su corazón bien sabe
ese Jesús Nazareno*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*que el entusiasmo de ahora
será de amargura luego.*

*¿Cuánta cobardía encierra
el corazón de los hombres?
pues después de lo sentido,
de lo visto y lo vivido,
lo dejarán a su suerte
abandonado y hundido.*



Capítulo 5

EL VERDUGO DE DIOS



Tal era el alboroto que se había producido, que los sumos sacerdotes hicieron llamar al procurador Pilato al ver que lo que ellos habían provocado junto a los fariseos y el sanedrín en pleno, había dado resultado. Por fin podrían librarse del hombre que les humillaba con sus palabras y acciones. Pronto dejarían de escuchar que eran sepulcros blanqueados, que eran hipócritas y falsos, que no tenían caridad con el prójimo y que estaban ciegos y no querían ser curados. Ellos tenían la ley de Moisés y las Sagradas Escrituras y según todo esto aquél hombre debía morir por blasfemo: por proclamarse ser Hijo de Dios. Ciertamente ellos no repararon en que la palabra de Dios en las Sagradas

Escrituras tenía que ser letra viva, no letra muerta por la inmovilidad. El espíritu de Dios hace que su mensaje sea evolutivo y vaya a más en la unión del hombre con su creador como al principio en el paraíso. Ellos no comprendían que para que esto pudiera producirse, su mismo hijo, el Hijo de Dios hecho hombre, debía reconciliar o hacer de mediador entre el Creador y la criatura. Ellos pensaban que el Reino de Dios sería el ser liberados con gran poder de su brazo fuerte de la opresión de los hombres. Otros pensaban en no remover las cosas y seguir bajo el yugo de Roma para no ir a peor. Pero lo más grave para ellos fue no aceptar la recriminación Divina que les venía de boca de aquél Mesías tan perfecto que por ese motivo y por que como algunos decían “Todos se van en pos de él”, no podían soportar ser enseñados por alguien que ni tan siquiera había estudiado como ellos las Sagradas Escrituras. Ellos no podían imaginar que Él era el principio de las cosas con el Padre y el centro del cumplimiento de todas ellas. Él proclamaba: “Bienaventurados los que no se escandalizasen de Él y de su doctrina.” Sin embargo, para casi todos era ocasión de escándalo. Decidieron pues, prenderle por la noche valiéndose de uno de sus propios discípulos: Judas Iscariote, que a pesar de haber visto y escuchado tantas cosas extraordinarias, jamás llegó a profundizar en la verdad de Dios ni de entregarse plenamente a Él, por lo que todo lo que había de ser luz en él, se convirtió en ofuscación y tinieblas.

Como se hubiese congregado a causa de la detención de Jesús, todo el sanedrín compuesto por los ancianos, los sumos sacerdotes, saduceos, doctores de la ley y fariseos, con intención de darle muerte con un juicio de odio y no de querer conocer la verdad, Jesús, ante tantas acusaciones falsas, callaba. No valía la pena defenderse por una causa

perdida pero ellos insistían y para corroborar su veredicto de culpabilidad le hicieron la gran pregunta esperando la respuesta que ellos ansiaban escuchar para hacerlo reo de muerte:

- No nos tengas por más tiempo en vilo, si eres el Hijo de Dios dínoslo abiertamente.-

-Tú lo has dicho, lo soy y desde ahora veréis al hijo del hombre a la diestra del Dios Padre.- Los rostros de los acusadores en ese momento exultaban de gozo ante aquella manifestación condenatoria. El sumo sacerdote pues, al oírlo, rasgó sus vestiduras y exclamó:

-Ya le habéis escuchado ¿qué os parece?-

-Que es reo de muerte.- Contestaron todos a una. En aquél momento, Jesús ya a merced de aquellos hombres enfurecidos contra él, fue golpeado con las manos, con los pies, con palos... Fue torturado con toda clase de palabras injuriosas y obscenas que destrozaron su alma con mucha más amargura que los golpes. Él callaba y admitía en su corazón todo lo que le estaba ocurriendo. Ya lo había aceptado antes, en la oración del huerto y ya se le había revelado de alguna manera todo cuanto le había de suceder pero no era lo mismo saberlo que vivirlo en su plenitud angustiada. Además estaba solo, todos le habían abandonado y el que no, le andaba negando en el patio cobardemente. Hasta el Padre Celestial había huido de él para hacerle vivir con aún más desazón su dolor. ¡Solo y con la carga de todos los pecados de los hombres! El fruto de La Creación de sus manos era ahora su verdugo: el verdugo de Dios.

Cornelio se había enterado de todo aquél alboroto contra Jesús y horas antes de prenderlo mandó a dos siervos de su mayor confianza para que le informaran de toda aquella trama. Ellos, que también eran seguidores de la predicación del Maestro, como le llamaban, contemplaron con horror el prendimiento, las acusaciones, la condenación a muerte y también cómo unos le abofeteaban y le golpeaban otros por la espalda diciendo: “¡Mesías, profetízanos! ¿¡Quién es el que te golpeó!?” Uno de los siervos marchó para informar a Cornelio de todo lo que estaba sucediendo mientras el otro se quedaba doloroso para, si ello fuera posible, ayudar a Jesús o sufrir con Él el tiempo que quedaba hasta el amanecer y ver en qué quedaba todo aquello. También aguardaban los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo que habían formado consejo contra Jesús con objeto de darle muerte y conducirlo maniatado a la sala de audiencia del tribunal romano, palacio de la fortaleza Antonia para demandar, a continuación, la presencia de Poncio Pilato.

Entretanto, Cornelio había sido informado de todo lo que estaba sucediendo y roto su corazón por las terribles noticias marchó con paso firme a las dependencias del procurador para ser recibido con la intención de persuadirle para que no ejecutase la sentencia propuesta por el sanedrín contra Jesús. Tenía que evitar aquella atrocidad que pretendían perpetrar aquellos locos fanáticos repletos de odio y de ira.

El tiempo que distaba de un lugar a otro se le hacía eterno y al llegar a la puerta junto al pozo del jardín se encontró con Prócula, la mujer de Pilato. Ella se extrañó de ver a uno de los centuriones de la guardia de su esposo y se

apresuró a preguntar con cierto nerviosismo el motivo de su visita.

-Verás señora, preciso hablar con la guardia del procurador, tu señor esposo, para que él me conceda una audiencia lo más rápidamente posible.- Prócula, mirándole, le dijo:

-Creo saber por qué estás aquí y el motivo de tu visita.- Cornelio le miró extrañado:- ¿Qué sabes, señora?-

-Creo que estás muy preocupado como yo por la detención de ese predicador llamado Jesús de Nazaret.-

-¿Qué sabes de él?-

-Creo que es un enviado del Dios de los Judíos.-

-¿Sabe tu esposo lo que piensas al respecto?-

-No duermo pensando en sus palabras pero no me atrevo a decírselo a mi esposo...-

-Señora, es necesario convencer a Pilato para que revoque la sentencia de los sumos sacerdotes contra ese hombre. Es apremiante que hable con él rápidamente.- Prócula contestó:

-Dudo que ni a ti ni a mi nos haga caso y menos tratándose de cuestiones religiosas, pues no hay nada que le moleste tanto que tratar de estos asuntos. Su corazón está muy endurecido por el cargo que desempeña. No obstante, yo misma te llevaré a su presencia y hoy me atreveré a hablarle

yo también.- Cornelio se alegró de tener de su parte a una aliada como la esposa de su mandatario. Y con celeridad se dirigieron ya sin titubeos a los propios aposentos de Pilato.

Cornelio aguardó en una sala contigua a sus aposentos y Prócula llamó a la puerta. Al verla le preguntó:

-¿Qué deseas querida?- Ella le miró y echándose a sus brazos le suplicaba:

-¡Sálvale! ¡Tú puedes salvarle, Él no ha hecho nada malo! Cura enfermos, resucita a los muertos, abre los ojos de los ciegos y predica el amor entre todos los hombres.- Pilato, atónito, no acertaba a comprender de qué le estaba hablando su esposa y tranquilizándola le preguntó:

-¿Me puedes explicar de quién me estás hablando?-

-Te hablo, querido, de Jesús de Galilea.-

-Ah, con que es eso... ¿y qué pasa? A mí no me molesta que predique a su pueblo la ley de su Dios. Nunca se lo he prohibido.- Entretanto, Cornelio, recorriendo de un lado a otro la estancia como león enjaulado, aguardaba impaciente la presencia del procurador Pilato. Pensaba con angustia qué estarían haciendo en aquellos momentos con Jesús. ¿Cómo evitar aquella atrocidad que pretendían los sumos sacerdotes y los esbirros que le rodeaban? ¿Por qué sería todo tan complicado? Condenado a muerte... no podía ser... tenía que evitarlo a toda costa aunque en ello le fuera la vida al enfrentarse a Pilato ¡y cuánto tardaba! ¿Se habría atrevido a hablarle del Mesías? Se consolaba pensando que Hanea estaría lo más cerca de Él que pudiese para que no se

hundiera en la desesperación. Se escuchó un ruido proveniente de los aposentos y Cornelio se cuadró esperando la posible presencia de su superior y allí estaba, por fin, frente a él:

-Querido Cornelio ¿también tú te has vuelto loco como mi mujer por ese hombre? Es indigno que un centurión de la guardia imperial se preocupe por la suerte de un judío fanático. Yo tenía puesta en ti toda mi confianza por tu fortaleza y sentido común. ¿Dónde está aquél abanderado de Roma y el mejor instructor de mis centurias? ¿Acaso no puse toda mi confianza en ti? Incluso te ofrecí mi amistad sincera. Si no es ya así ¿cómo conseguiremos que Roma sea por siempre la mayor potencia del mundo con el mayor ejército que jamás haya existido?- Hubo una pausa muy breve tras la que Cornelio despegó sus labios y respondió con serenidad:

-Señor, tú sabes al igual que todos los que me rodean que siempre pospongo todas las demás cuestiones a Roma, pero también sabes que la justicia para mí es la principal prioridad. Por eso, señor, me atreví a venir a importunarte con la demanda de que liberes a ese hombre de los falsos acusadores que le condenan. Créeme, señor, que él no ha hecho nada por lo que deba ser procesado. Sólo es pura envidia de sus opositores, que por cierto, estarán a punto de llegar para demandar que ejecutes su sentencia. Tú empero, no les atiendas en sus pretensiones e imparte justicia porque ellos no buscan justicia, sólo buscan librarse de un hombre santo tras el cuál la gente buena y sencilla se va y ellos quedan heridos en su orgullo. Es por eso que quieren verle muerto.- Hizo una breve pausa y prosiguió Pilato:

CORNELIO. Rozando la Historia.

- Tengo entendido, Cornelio, que les ha llamado “sepulcros blanqueados” y aunque estoy de acuerdo con Él, entiendo la rabia de ellos.-

-Señor, él no es una persona con diplomacia. Sólo dice la verdad sin acepción de personas. Su verdad es la misma para ricos y para pobres.-

-Está bien, haré lo que tenga que hacer. Ahora márchate.- Abandonó el recinto dirigiendo una mirada de despedida hacia Prócula que se había mantenido junto a las cortinas de un rincón de la estancia, sumisa y esperanzada en que la decisión que su esposo dispensaría sobre Jesús el Nazareno, sería justa.

Cornelio marchó junto a sus soldados aguardando con esperanza la sensata decisión de Pilato...

*Por el orgullo, los hombres
se sumergen en tinieblas.
El odio viene más tarde
para poder perpetrar
lo que un corazón mezquino
ha podido acumular...*

*Vosotros decís que veis,
por eso seréis juzgados.
Pues vuestra vista es tan negra
que esclarecen las tinieblas
con esos ojos de hiel
que sólo al infierno llegan.*

*En esa ley que vosotros
buscáis vuestra salvación
me siento yo reflejado;
pues el Señor que os la ha dado
es mi Padre, y vuestro Dios.*

*Todos explotan de ira
y rasgan sus vestiduras.
¡Ha blasfemado! ¿escuchasteis
lo que acaba de decir?
Hemos escuchado bien:
en la cruz debe morir.*

*Y sin defender su causa
admite aquél veredicto.
Es la forma de salvarnos,
no imponer la realidad;*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*porque si impone su fuerza
nadie nos podrá salvar.*

*Cornelio corre agitado,
tiene que hablar con Pilato
para librar a Jesús
de aquellos hombres malvados
por la ira, el orgullo,
la venganza y el pecado.*



Capítulo 6

JESÚS ANTE PILATO



Rmanecía ya y el sol apuntaba tras las colinas de Jerusalén. En esto condujeron a Jesús desde Caifás al pretorio, mas ellos no entraron para no contaminarse y poder comer el cordero pascual. Aquí se demuestra lo que les decía Jesús en sus reproches: “Ay de vosotros, escribas y fariseos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello.”

Pilato escuchaba ya el griterío de la muchedumbre pero no quería salir ni recibir a aquellos fanáticos.

Los soldados le insistían:

-Señor, recíbelos. Deben traer algún asunto muy grave para actuar así. Al parecer, todo Israel en pleno se ha congregado a las puertas del pretorio.

-¿Y porqué no entra una comisión de esos alborotadores y me dice personalmente lo que les trae aquí con esos gritos?- Un soldado de la guardia pretoriana le comunicó:

-Señor, según su ley, si pisaran el pretorio quedarían contaminados y no podrían comer el cordero pascual de la fiesta que celebran mañana.- Pilato contestó:

-¿Y a mí qué me importan sus leyes? Estoy harto de sus supersticiones y ritos religiosos que me complican la vida.-

-Cierto, señor, pero en Israel las cosas son así, ya deberías estar acostumbrado. Ellos están sometidos por nosotros los romanos y a cambio les transigimos sus costumbres para no crearnos conflictos que en poco o en nada ayudarían a Roma.- Ante las palabras contundentes del soldado, Pilato salió afuera y quedó asombrado ante una tan gran multitud allí reunida. Pensó en su esposa y en Cornelio y en cómo liberar a aquél hombre de las manos de aquellas fieras. Cuando salió Pilato, el griterío fue aún mayor, acusándole de todo cuanto se les ocurriría a cada uno. Todo era válido con tal de darle muerte. El procurador extendió la mano en ademán de silencio y cuando se hubieron calmado les preguntó:

-¿Por qué este alboroto?- Ellos contestaron:

-Hemos hallado a este hombre sublevando a nuestra nación y prohibiendo pagar el tributo al César. Y además se

proclama a sí mismo Mesías Rey.- Entonces Pilato, tomándole aparte le preguntó a Jesús:

-¿Eres tú el Rey de los Judíos?- Él respondió:

-Lo soy, pero ¿me lo preguntas por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?-

-Es cierto que me lo han dicho otros. Hasta a mi propia esposa la tienes embaucada y me ha rogado que te libere de tu propio pueblo. ¿Qué has hecho?- Respondió Jesús:

-Mi reino no es de este mundo porque si lo fuera, mis adictos lucharían para que no fuera entregado en manos de los judíos. Ahora empero, mi reino no es de aquí.- Preguntó de nuevo Pilato:

-¿Luego en verdad eres Rey?- Respondió Jesús:

-Tú lo dices, yo soy Rey. Yo para eso he nacido y para eso he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que ama la verdad por encima de todo, me escucha a mí.- Dícele Pilato:

- ¿Qué es la verdad? la cuestión ahora es sacarte con vida de este lío en que estás metido.- ¡¿Pero por qué no puedes ser como la gente normal?! ¿Por qué has de ahondar en lo íntimo de los hombres y echarles en rostro sus maldades abiertamente cuando tú sabes que eso hiere? ¡Y ya ves cómo hiere! ¿Por qué no lo dulcificas haciendo ver que son otros y no ellos los que cometen perversión?- Jesús contestó:

-La verdad es la verdad y no tiene doblez. Yo escudriño sus corazones y pongo de manifiesto lo que hay dentro de ellos. Y eso no pueden soportarlo, por lo cuál me odian.-

-Pero es mejor no decírselo a la cara.-

-Yo nunca miento, Pilato. Ellos buscan la salvación y yo he venido a salvarlos. Si hiciera lo que me dices y lo que ellos quieren oír, en vano hubiera sido mi venida al mundo. Yo enseño la voluntad del Padre para que ellos se salven y te aseguro que ningún humilde de corazón arrepentido que venga a mí, será desatendido por mi Padre Celestial.- Pilato, en aquél momento se sintió abatido en su interior y apartando su mirada de Jesús, dijo:

-A poco me conviertes a mí... ¿Qué tienes? - Jesús volvió a callar. Pilato se dirigió luego a los sumos sacerdotes y al gentío congregado: -Nada culpable hallo en este hombre.- Mas ellos insistían:

-¡Amotina al pueblo con la doctrina que esparce por Judea. Comenzó por Galilea y ha llegado hasta aquí! - Pilato, al oír esto, de nuevo entró donde Jesús y le dijo:

-Haré algo que me disgusta pero posiblemente ello te salvará. Te enviaré a Herodes que se halla en Jerusalén estos días para que corrobore como yo tu inocencia.- Jesús respondió:

-Se alegrará mucho de verme.-

Ciertamente Herodes se alegró enormemente pues deseaba desde hacía tiempo verle por lo que escuchaba decir

de Él y esperaba obrara en su presencia algún milagro. Le preguntó sobre varias cuestiones, mas Él nada respondió. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándole furiosamente. Fue menospreciado por Herodes con los soldados de su guardia y haciendo burla de él, le vistió una túnica blanca y lo remitió de nuevo a Pilato. Con esto, Herodes y Pilato aquél día se hicieron amigos, pues antes habían tenido enemistad entre sí.

Pilato, al comprobar que Herodes no le había condenado, se alegró en gran manera y mandó llamar al centurión Cornelio. Sentía deseos de comunicarle que todo iba bien y que Jesús pronto estaría libre.

-¿Señor, me has mandado llamar?-

-Cornelio, creo que podré liberar de la muerte a tu predicador, y según él, Hijo de Dios y Rey de los judíos.-

-Me alegro, señor, y te doy gracias por tu interés en salvar su vida, pues ya ves que nada ha hecho de malo sino todo lo contrario. Y por hacer el bien está ahora sometido a este juicio inicuo.-

-Creo que ahora, después de que Herodes no le haya encontrado culpable, será fácil librarlo de esa chusma. De todas formas Cornelio, estate preparado con tu guardia aguardando el desenlace.-

-Será un placer, señor.-

Pilato convocó a los sumos sacerdotes, a los jefes y al pueblo y les dijo:

-Me habéis traído a este individuo como amotinador del pueblo, mas yo, habiéndole interrogado a presencia vuestra no le he hallado culpable de ninguno de los delitos de los que le acusáis. Ni siquiera Herodes halló culpa en él pues me lo ha remitido sin cargo alguno. Ved cómo nada ha hecho merecedor de muerte. Le castigaré pues y le soltaré.- Cornelio se acercó a Pilato y le dijo:

-Señor, si sabes como yo que es inocente ¿porqué vas a castigarle mandándole azotar?-

-Tienes razón Cornelio...-

Entretanto, el pueblo seguía gritando y acusándole. En vista de esto, Pilato tomó a Jesús y ordenó le azotaran ante la perplejidad de Cornelio que no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo.

Una vez que Jesús fue puesto a merced de la guardia pretoriana, uno de ellos dijo:

-Me ausentaré unos instantes pues quiero hacer más creíble la pretensión de este loco.- Y dirigiéndose a un arbusto que crecía junto a la muralla, trenzó una corona de espinas y con los demás guardias la colocó en la cabeza de Jesús y decían burlonamente:

-¡Ahora si que pareces un rey!- Y vistiéndole un manto de púrpura: Luego se le acercaban y le decían: ¡Salve, rey de los judíos!- y le abofeteaban. Pilato, viendo el comportamiento de aquellos soldados, mandó llamar de nuevo a Cornelio y a su guardia para que fueran

reemplazados los soldados pretorianos. Y así Cornelio quedó a cargo de la custodia de Jesús.

Tras todos estos sucesos, pensó Pilato que al ver cómo había quedado tendrían compasión de Él cuando lo vieran. Lo sacó fuera y les repitió:

-Yo no hallo ningún delito en Él.- Salió pues, Jesús, fuera, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura y les dice Pilato: -¡Vedle cómo ha quedado! Creo que con este castigo que le he impuesto quedáis desagraviados del daño, que según vosotros, os ha hecho.- Cuando le vieron los sumos sacerdotes y los esbirros, comenzaron a vociferar de nuevo:

-¡Crucifícale! ¡Crucifícale!- Díceles Pilato:

-¡Pero si no ha hecho nada de malo ¿porqué tanto odio?! Tomadle vosotros y crucificadle pues yo no encuentro en él ningún delito.- Respondieron los judíos:

-Nosotros no tenemos potestad para matar a nadie, sólo la tenéis los romanos según vuestras leyes. Pero según nosotros, debe morir, pues se ha proclamado Hijo de Dios.- Cuando Pilato escuchó este razonamiento, se asustó aún más y de nuevo, entrando en el pretorio le dijo a Jesús:

-Cada vez estoy mas confundido ¿Tú de dónde eres? ¿Cómo puedes ser hijo de Dios? ¿De qué Dios?- Mas Jesús no le dio respuesta. Entonces le dice Pilato:

-¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y también para condenarte?- Jesús respondió:

-¿Realmente crees eso? No tendrías sobre mí ningún poder si no te hubiera sido otorgado por mi Padre Celestial. Por eso, los que me han entregado a ti cometen mayor pecado.- Por todo esto Pilato trataba por todos los medios posibles soltarle pero los judíos vociferaban:

-¡Si sueltas a ese no eres adicto al César! ¡Todo el que se hace rey se revela contra el emperador!- Cuando oyó estas palabras se derrumbó y condujo a Jesús afuera y le sentó sobre la gradería, en un lugar llamado Gabbatá. Era la vigilia de la pascua, cerca del mediodía. Y dijo a los judíos:

-¡Os presento a vuestro Rey!- Ellos empero gritaban:

-¡Mátale! ¡Crucifícale!- Díceles Pilato:

-¿A vuestro Rey he de crucificar yo?- Respondieron los sumos sacerdotes:

-No tenemos mas rey que al César.- Entonces Pilato, mirando a Cornelio le dijo:

-He hecho lo que he podido pero voy a hacer un nuevo intento.- Y hablando al pueblo les dijo:

-Sabéis que en la Pascua siempre es costumbre vuestra soltar a un preso. Por tanto, os voy a soltar a este hombre que nada ha hecho.- Mas todos vociferaron:

-¡No, a ese no! ¡Suéltanos a Barrabás!- Era Barrabás un sedicioso radical de una de las bandas de los zelotes que odiaban a muerte a los romanos y había matado a un soldado

en una reyerta. En este momento se hallaba en prisión. Pilato no podía creerlo. ¿Qué más podía hacer que ya no hubiera hecho para salvar a aquél hombre? Con razón Jesús los había llamado hipócritas, falsos, ciegos y perpetradores de las obras de satanás, pues preferían la muerte del justo y la libertad del asesino. Es de notar no obstante, que Jesús no quiso colaborar sino todo lo contrario, en su absolución, ya que posiblemente Pilato le hubiera liberado y protegido contra todos con su autoridad. Mas el Santo de Dios sabía muy bien a lo que había venido a la tierra. En algún momento a sus discípulos les había comunicado el deseo que tenía de que ya se perpetrara todo. Ciertamente junto con su paz estaba la angustia de su muerte muy presente ante sus ojos.

Por fin Pilato accedió a cumplir la demanda de los judíos y les soltó como ellos pedían, a aquél que por motín y homicidio había sido echado en la cárcel y les entregó a Jesús. Mas antes de hacerlo pidiendo agua en una vasija, se lavó las manos a vista de todos y les dijo:

-Soy inocente de la sangre que queréis derramar de este justo.- Ellos contestaron:

-¡Que recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!-

Pilato ordenó al centurión Cornelio que custodiase a Jesús hasta el Monte de la Calavera, en el que sería crucificado con el encargo de que no permitiera que se acercaran a él aquellos asesinos para que no sufriera más vejaciones.

-¡Espera un momento aún!- Pilato mandó llamar a un escriba y le ordenó:

-Escribe lo siguiente que te dictaré en una tablilla.- Y su dictamen fue: “Este es Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos.” Decían, empero a Pilato los sumos sacerdotes de los judíos:

-No escribas “El Rey de los Judíos” sino que él dijo: “Soy Rey de los Judíos.”- A lo que Pilato les respondió:

-Lo que he escrito, escrito está y vosotros no sois nadie para entrometeros en mis decisiones. He accedido a cumplir los designios de un hombre justo por vuestra envidia pero no me pidáis que no especifique sus derechos y por los motivos que va a morir. Que su Dios me perdone por mi cobardía al haber accedido a vuestras pretensiones homicidas.- Los sumos sacerdotes le contestaron:

-No tienes de qué preocuparte señor, ese sólo era un impostor y con su muerte todo volverá a ser como antes.- Pero ya nada sería como antes: Él era el principal grano de trigo que moría para dar mucho fruto. Él daría con su muerte a todos los escogidos de Dios, la fuerza y la gracia para ser santos por medio del derramamiento de su sangre Divina hasta el fin de los tiempos. “¿Pero cuando venga el hijo del hombre hallará fe sobre la tierra?”. Ese día vendrá, decía Jesús: “como ladrón en la noche y sin hacer ruido. Unos serán tomados y otros dejados.”

*¡En el pretorio no entrar!
quedaréis contaminados.
¿Puede haber mayor falsía
después de haber condenado
al Creador de la Vida?*

*Un griterío que ensordece
molestando está a Pilato,
por eso sale a su encuentro
para que callen las voces
que rabiosas de delirio
piden la muerte del justo
y libre al asesino.*

*Pilato habla con Jesús,
queriéndole liberar, le pregunta:
¿Tú eres rey?
Yo para eso he nacido,
para eso vine al mundo
pero mi reino, Pilato,
no es de aquí, no es de este mundo.*

*Yo predico la verdad
y todo aquél que la ama,
seguro me encontrará.
¿La verdad? ¿Qué es la verdad?
¿De qué verdad tú me hablas?
Lo importante es liberarte
de esta chusma que te ataca.*

Pilato sale de nuevo

*y les dice estas palabras:
No encuentro ningún delito
en este hombre de bien.
Le azotaré por costumbre...
y luego lo soltaré.*

*Ellos gritan con más furia,
no pueden volverse atrás.
La oportunidad que tienen
la deben aprovechar...*

*Si es culpable o inocente
eso lo mismo les da;
pero sus palabras hieren
y la forma de callarlas
es su muerte sin piedad.*



Capítulo 7

CAMINO DEL CALVARIO



Tras todos estos terribles sucesos, vemos a Cornelio compungido y casi desesperado por lo acaecido. Él, que había visto curar a su siervo por mandato de su divina palabra así como muchos otros milagros, mandaba ahora llevarlo al Monte del Calvario para hacerle crucificar. Contemplando al justo en aquél estado, una lágrima surcó su ruda mejilla mientras colocaba la cruz sobre sus desgarrados hombros empapados de sangre. Él hubiera querido no doblegar más aquél cuerpo maltrecho por los golpes, escarnio de latigazos y la corona de espinas que le acreditaba como rey pero en esos momentos no atisbaba a realizar nada más que lo ya decidido por el magistrado. Así pues,

Jesús, cargando con la cruz, si bien le costaba sostenerse en pie, comenzó la peregrinación por las calles empinadas y estrechas de Jerusalén. Cornelio, en su afán de mitigar su dolor encontró entre la turba que le seguía a un tal Simón de Cirene que regresaba del trabajo y le obligó a cargar con la cruz. Jesús hasta ahora sumido en su obra de redención le dijo:

-Es mi cruz Cornelio, no te aflijas y déjame llevarla, que también es por ti.- Pero Cornelio, fijando sus ojos en Él y con toda la ternura que poseía su corazón le dijo:

-Señor, en este momento si me lo permites, soy yo quien da las órdenes.- En aquél instante cayó desvanecido a tierra. A una orden de Cornelio, los soldados le levantaron con toda delicadeza. Mientras tanto, parte del gentío que les seguía, con gestos grotescos se burlaban de Él dándole puntapiés. Empero, muchas mujeres que le acompañaban se condolían y se lamentaban por él. Se volvió a ellas Jesús y les dijo:

-Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí. Antes bien llorad por vosotras y por vuestros hijos porque mirad que vienen días en que se dirá “dichosas las estériles y los senos que no engendraron y los pechos que no amamantaron. Porque si en el tronco verde hacen esto ¿en el seco qué se hará?”- Volvió a caer y una mujer, acercándosele con un lienzo blanco le limpió el polvo que anegaba sus ojos y el sudor y sangre que cubría su rostro. Cayó en tierra por tercera vez y Cornelio se apresuró a levantarlo.

-Señor, ánimo, ya queda poco...-

-Gracias amigo, algún día conocerás mis designios.-

Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, “allí le crucificaron a él y a dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Y Jesús iba diciendo:

-Padre, perdónales porque no saben lo que hacen.-” Los soldados repartieron entre sí sus vestidos y sortearon su túnica al juego de los dados. El pueblo lo estaba contemplando todo y los jefes hacían burla y decían:

-Ha salvado a muchos; ¡que se salve a sí mismo si es el Mesías de Dios, el elegido!- Todos también leyeron la inscripción que Pilato había colocado en lo alto de la cruz y que había sido redactada en letras griegas, latinas y hebreas: “Este es el Rey de los Judíos.” Uno de los crucificados con Él, le injuriaba diciendo:

-Sálvate a ti y sálvanos también a nosotros.- El otro le respondió reprendiéndole:

-¿Todavía tú no temes a Dios, ni siquiera ahora que te hallas en el mismo suplicio? Nosotros ciertamente recibimos lo merecido por nuestras fechorías mas este nada ha hecho de inconveniente.- Y añadió:

-“¡Jesús, acuérdate de mí cuando vuelvas con tu Realeza!”- Él le respondió:

-“Te aseguro que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.”-

Cornelio escuchaba todas estas cosas con admiración y viendo a la madre de Jesús, otros familiares, seguidores y a uno de sus discípulos entre los allí presentes, los hizo acercar

al lado de la cruz para consolarlo en lo posible y ayudarlo a morir en paz. Al ver pues, Jesús, a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

-“Mujer, ahí tienes a tu hijo.”- Luego dice al discípulo:

-“Ahí tienes a tu madre.”- Y desde aquél momento la tomó el discípulo a sus cuidados.

Era cerca del mediodía y se produjo oscuridad sobre toda la región hasta la media tarde. El sol se eclipsó y el velo del templo se rasgó de arriba a abajo. Y clamando Jesús con potente voz, dijo:

-“¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”- Y dicho esto, expiró.

Al ver el centurión y el cuerpo de guardia que custodiaban a Jesús, todo lo que sucedía, sobremanera atemorizados, decían:

-“A la verdad este era el Hijo de Dios.”- Y todo el gentío que se había congregado para este espectáculo a vista de tales sucesos se volvieron a sus casas dándose golpes de pecho.

Los judíos, dado que era la víspera de la fiesta, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, pues precisamente aquél sábado era día señalado, pidieron a Pilato que se les quebraran las piernas. El centurión Cornelio, al escuchar la orden se le demudó el color del rostro y dijo a sus soldados:

-A este dejadlo y no se las quebrantéis.- Los soldados asintieron que no lo harían pues ya estaba muerto. Pero uno de ellos con una lanza le traspasó el costado. El centurión se enfureció y al preguntar por qué lo había hecho, el soldado como respuesta le contesto simplemente que no lo sabía. Ciertamente estaba escrito: “Mirarán al que traspasaron”, y así se cumplió la Escritura.

Cornelio no sabía cómo reaccionar. Aquél cúmulo de sucesos, la muerte de aquél hombre en quien él había puesto toda su fe estaba muerto. Todo había concluido con aquél trágico desenlace. En fin... ya nada importaba. Y bien que él quisiera estar muerto en lugar de Jesús. Él vivía... y el Señor estaba muerto.

Despidió a sus soldados y con los ojos puestos en el crucificado aguardaba no sabía qué. Si al menos estuviese allí Hanea para poder compartir su dolor con ella... Se acercó a los que le lloraban y al contemplar a la madre de Jesús se confortó su corazón con una suave paz. El dolor de aquella mujer era muy superior al suyo propio.

Pasó como una hora y un tal José de Arimatea llegó y al ver al centurión le comunicó:

-Señor, he venido a bajar el cuerpo de Jesús y prepararlo para darle sepultura. Pilato me lo ha concedido.- Cornelio asintió con la cabeza y José, junto a otros hombres que estaban junto a la cruz bajaron el cuerpo depositándolo en brazos de su madre. Sería imposible describir aquella escena de dolor y de amor. Ahora su corazón se desgarraba aún más ante aquél cuadro desolador. Después, envolviéndolo en una

sábana lo trasladaron en amargo duelo a un sepulcro cercano al lugar.

Cuando regresó a su casa, Hanea le salio al encuentro y juntos dieron rienda suelta a su dolor. Los criados, conocedores ya de la noticia por ser ellos también seguidores de Jesús, estaban todos consternados ante tal tragedia. Entonces Hanea, con voz temblorosa dijo a Cornelio:

-Todo ha terminado, mi señor. Quedémonos con el hermoso recuerdo de sus enseñanzas y continuemos como antes.-

-Eso ya no es posible, querida mía; pues él ha cambiado nuestros corazones. Somos suyos y con Él hemos muerto... aunque continúen nuestras vidas...-

-¿Qué hemos de esperar si a Él nos lo han arrancado de la tierra?-

-No lo sé pero yo le esperaré toda mi vida.- Era demasiado grande para Cornelio lo vivido, lo escuchado y lo que hacía vibrar su corazón constantemente como para conformarse y pensar que todo había terminado. De ser así, él ya no quería vivir, era demasiado hermosa la esperanza de amor y vida eterna que el Señor le había manifestado, como para admitir ahora que nada era cierto.

*Cornelio, sobrecogido
ante tal atrocidad
pone la cruz en los hombros
del Creador de la Vida:
Bien que quisiera él llevarla
y que no sufriera más.*

*Y así, con la cruz a cuestas,
cargando nuestros pecados,
sube el cordero la cuesta
deseando abrir la puerta
de ese cielo immaculado
cerrado por el pecado.*

*No lloréis por mí, les dice
a las dolientes mujeres.
Llorad más bien por vosotras
y por esos, vuestros hijos,
que por querer ser tan rectos
se han convertido en infieles.*

*Ahí le vemos en el suelo
cubierto de sangre y polvo.
Las fuerzas ya le han fallado,
son demasiados pecados...
y Cornelio le levanta
con ternura y con cuidado.*

*¡Ya falta poco, Señor!
dice Cornelio angustiado.
Y una mujer con un lienzo*

*limpia la sangre que corre
por aquél rostro perfecto,
escupido y maltratado.*

*El martillo ya se escucha
mientras los clavos traspasan
las manos que nos bendicen.
¡Quién pudiera desclavarlas!*

*Su madre llorando reza
por quienes le han condenado
y así le consigue fuerzas
para decir con firmeza:
Cuida de ellos mujer,
que yo les he perdonado.*

*Y al fin exclama con fuerza:
¡Padre, todo está cumplido!
¡Abre las puertas del Cielo,
que hoy vengo con un amigo
que en mi agonía de muerte
me ha robado el paraíso!*

*La oscuridad se propaga
con la muerte del Señor.
Se rasga el velo del templo
con un trueno aparatoso
que hace temblar la región.*

*Todos atemorizados,
dándose golpes de pecho
regresan hasta sus casas.
Aquellas gentes que antes*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*pedían su crucifixión,
ahora lloran temerosas
por haber matado al justo
y librado al pecador.*

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 8

PILATO RECRIMINADO POR CORNELIO



Poncio Pilato tuvo la oportunidad de realizar la mayor obra que un mandatario romano hubiera podido perpetrar jamás y ciertamente la realizó, sólo que equivocadamente. Él podía haberse cubierto de gloria y no de gloria humana precisamente, sino de gloria Divina si se hubiese opuesto al pueblo con toda valentía. Pero lo quiso hacer de una manera suave como para no ofender, y el pueblo le superó. Prefirió el aplauso y reconocimiento de una muchedumbre desquiciada por el orgullo a la verdad dura pero repleta de justicia, amor y sensatez. No es fácil suponer que Jesús hubiera sido protegido del pueblo y posteriormente liberado. Supongamos que Pilato les hubiera dicho: “Yo soy la autoridad y

según ella este hombre debe vivir aunque sólo sea para recriminar nuestras malas acciones.” ¿El pueblo se hubiese conformado? Creemos que no; sino que tal vez el propio Pilato hubiese sido, con el tiempo, llamado a juicio por sus superiores dadas las quejas que habrían aportado los judíos en contra suya. ¿Temió él todo esto? Suponemos que sí, que debió temer ser acusado ante el César de proteger a un hombre que según ellos prohibía pagar los tributos y además se proclamaba rey. Pero si aun con todo esto le hubiese liberado ¿acaso Jesús habría salido con vida de aquél trance? No, ciertamente que no; pues tal vez el mismo pueblo judío, en su ardorosa locura, le hubiese llevado él mismo al suplicio clavándolo ellos en la cruz. Su pecado sería el mismo: Desear, perpetrar... Su pueblo lo hizo... Aquél pueblo por el que por amor Él daba su vida.

Por su parte, Poncio Pilato estaba muy al margen de todos aquellos sentimientos. Para él, la crucifixión de Jesús fue más problemática que otras por el gran alboroto acaecido pero nada más. Acabada la sentencia, acabado el problema. Ni tan siquiera las palabras de su esposa le habían afectado lo más mínimo. Él solamente pensaba en Roma y en cómo engrandecerla más y más. Le causaba fastidio haber tenido que soltar a Barrabás que podía a la larga causarle muchos problemas, pues de todos era bien sabido que era un cabecilla revolucionario de los que odiaban a muerte a los romanos contra los cuales estaban constantemente conspirando aunque en ello les fuera la cárcel o la vida, pues no podían soportar la subyugación a la que los romanos les tenían sometidos. Ellos, el pueblo escogido por Dios, tenían que ser libres, pues sólo al Señor debían obediencia. Pero allí estaban hoy, el pueblo judío como muchos otros pueblos de otros muchos lugares conquistados, avasallados y humillados por los magistrados y

los soldados pretorianos; mas luchaban como podían y algunos clandestinamente. Por eso Pilato, y para que no levantaran cabeza, los tenía constantemente vigilados por la guardia. Le fastidiaba que una costumbre de los sometidos ya arraigada en el tiempo de la Pascua de los judíos, si bien hasta el propio Herodes la celebraba puesto que ya venía de lejos antes de que él fuera nombrado procurador, tuviera que ser aceptada por los romanos y aunque él la desaprobaba tenía que acatar aquella costumbre que se había convertido en una nefasta tradición.

Al siguiente día a estos sucesos pasó revista como en él era ya costumbre a las diversas guarniciones de sus centuriones y al pasar junto a Cornelio le ordenó se reuniese con él al término de la instrucción de sus soldados.

Pasó el día intranquilo, preguntándose el por qué Pilato deseaba hablar con él. Se sentía por otra parte, indignado y deseoso por recriminarle el no haber liberado de la muerte al hombre más justo de la tierra, portador además de la Vida Eterna en el Cielo. Su cabeza parecía le iba a estallar de tanto darle vueltas a lo que había sucedido. Y él ¿podía haber hecho algo? ¿Qué podría haber hecho él en aquella situación? Sus soldados, los más religiosos y creyentes en Jesús, también estaban sumamente afectados recordándolo todo. Fue un día muy largo. El desánimo se palpaba en todos aquellos hombres en cuyo corazón se había instalado la tristeza.

Al atardecer, Cornelio se personó ante Pilato, el cuál le saludó cordialmente y le invitó a sentarse.

–Cornelio, no pude por menos en el día de ayer que observar tu rostro ante la sentencia de muerte del Nazareno. Estaba completamente demudado. Sí, ya sé que fue una injusticia su condenación pero fueron esa chusma de fanáticos envidiosos los que le condenaron. Te lo aseguro, yo quería salvarle. Hice todo lo que estuvo en mis manos pero ellos no atendían. Eran como una jauría de perros rabiosos sedientos de sangre. Además me pusieron en un aprieto cuando me dijeron que aquél hombre prohibía pagar el tributo al César y que se proclamaba rey; y Cornelio, no hay más rey que el emperador de Roma. Así es y así debe ser.-

-Señor, ante lo hecho ya no hay vuelta atrás pero tú mismo acabas de decir que era por envidia y no con verdad todas las acusaciones que lanzaban contra él. Tú sabías que lo de no pagar el tributo al César era una invención de ellos y lo de ser rey sabes también, mejor que yo, porque estabas más cerca de él, que al preguntarle: “¿luego tú eres rey?” y él te contestó “Sí, yo soy rey, para eso he nacido, para dar testimonio de la verdad. Mi reino no es de este mundo porque si lo fuera mis adictos no hubieran permitido que fuera apresado por los judíos.” En otro momento de sus predicaciones también dijo: “Cuando yo caiga será el momento de las tinieblas.”-

-En definitiva Cornelio ¡tú me haces responsable de su muerte!-

-Creo que pudiste evitarla, señor.-

-Sea como sea ya de nada sirve lamentarse ni especular sobre lo que no tiene remedio. Ni tiene remedio ni vale la pena divagar sobre ello.-

-¿Que no vale la pena? ¿Y qué vale la pena entonces?- Se decía mientras aguantaba como podía la conversación. No podía sacarse de la mente todo el sufrimiento al que había sido sometido el Mesías Rey. ¿Pero por qué no se había defendido tan siquiera? Él había sentido el impulso de enfrentarse a los sumos sacerdotes y a todo el pueblo judío que injuriaba a aquél Mesías que le robó el corazón hacía tiempo. ¿Pero de qué hubiera servido si él no quería defenderse? Aun así, su conciencia no estaba tranquila, al fin y al cabo, él le cargó la cruz y le hizo crucificar. Si bien habría preferido ser clavado él que ver al Señor extender sus brazos. Tal era su padecimiento en aquél instante junto al procurador, que creía volverse loco. Ni su cabeza ni su corazón podían aguantar tanta amargura.

-Son cosas que ni a ti ni a mí deben afectar.- Cornelio, en otro tiempo adicto plenamente a Pilato y a Roma, hoy tiene que encajar su mandíbula para callar y no revelarse contra su superior. Pilato continuó hablando: -Además, amigo mío, en este momento hay que estar ojo alerta ya que ese tal Barrabás a quien tuve que soltar ante la gran presión del sanedrín y la multitud judía, es como bien sabes un fanático zelote que en este momento estará reorganizando su banda para quién sabe qué fechorías y cuanto más se les castiga y reprime más se revelan ellos. Lo malo es que no logramos averiguar en dónde se ocultan después de cada revuelta; desaparecen sin dejar rastro alguno. ¿En dónde se esconden o quienes los protegen? No lo sabemos. Por eso Cornelio, te digo como a los demás altos mandos de mi ejército: estad atentos y vigilantes ante cualquier incursión, no sea que tengamos que lamentar más problemas de los que actualmente tenemos.- Cornelio asentía con la cabeza

aceptando las órdenes que amigablemente le sugería el procurador pero su mente y su corazón estaban en otro sitio y le costaba mantener la entereza, pues en esos momentos a él le daba todo igual. Ya nada le importaba de cuanto sucedía en el mundo. Su tristeza era tal que sólo sentía un hastío indescriptible con deseos de separarse de la tierra de los vivos. Necesitaba un rayo de luz. No podía terminar todo aquello vivido, todas aquellas perspectivas de un mundo nuevo y maravilloso, no podían acabar con su muerte. Algo se le estaba escapando al pobre Cornelio. Y cuando podía se entregaba a la oración en busca de una señal.

*A Cornelio no le sirven
las excusas de Pilato
por eso le recrimina
y le hace responsable
de todo lo ayer pasado.*

*Un rayo de luz
busca y no lo halla
y por eso eleva sus ojos al cielo
llorando y rogando
algo de consuelo.*

*También él se siente
casi responsable
de lo sucedido.
Su mente se afana
en buscar la causa
de por qué callaba.
Podía defenderse...
¿porqué no lo hacía?
Ahora no lo entiende
pero con el tiempo
lo comprendería.*

*¿Porqué te ensañaste
con tanta violencia
contra el inocente,
si inocente era?
¿Porqué los azotes?
¿Porqué las cadenas?
¿Porqué permitiste que le colocaran*

corona de espinas sobre su cabeza?

*Látigo cargado de bolas punzantes
que cuando los guardias golpeaban su cuerpo
le arrancan la carne.*

*Tantos latigazos pudo soportar
por amor al hombre
por encima siempre
de nuestra maldad,
que hasta el Creador
cerraba los ojos
mientras él decía:
Perdónales padre
que no son conscientes
de lo que me hacen.*

*Corona que rompen
con púas afiladas
la carne y el hueso
del rostro perfecto
del Dios inmortal.
Clávate en mis sienes,
libra su cabeza
de tanta blasfemia
y de tanta maldad.*



Capítulo 9

CORNELIO ES RECLAMADO POR EL CÉSAR



Hacía frío aquella mañana de crudo invierno. Cornelio dirigía los ejercicios diarios de la instrucción de sus soldados en el lugar dispuesto para ello y de pronto, una visita inesperada le alegró la mañana y no precisamente por el portador de ella sino por la noticia en si. Era Pilato que con el rostro oscuro y malhumorado se dirigía hacia él. Cornelio, al verlo sintió cómo un escalofrío de temor le recorría, pues ya para él la presencia de aquél hombre cobarde e injusto no era la de antes cuando amigablemente conversaban sobre engrandecer Roma. A él eso no le importaba lo más mínimo y se sentía como una oveja en un rebaño al cual ya no

pertenecía. Pero el caso es que estaba allí y tenía que hacerle frente como si nada pasara.

- Cornelio, tengo una noticia para ti que te satisfará mucho, no así para mí que me causa gran fastidio pues de todos es sabida tu eficacia y la admiración que todos te procesan por tu sensatez.-

-No todos señor, opinan así; pero dime ¿de qué se trata?- Pilato no contestó y desenrollando el pergamino con el sello Imperial que portaba en su mano izquierda, comenzó a leer:

-“Roma, año 779 de nuestro imperio: Salud y prosperidad te deseo mi muy apreciado Poncio Pilato. Las noticias que me llegan de Jerusalén de donde tú eres tribuno son excelentes por lo cual me congratulo enormemente. Sé, no obstante, que la raza de los judíos es una raza terca y orgullosa, difícil de doblegar. Mas, querido Pilato, aquí en Roma aún es más difícil de controlar el poder. Por eso te ordeno con amistosa cordialidad que me envíes al centurión Cornelio con su tropa, pues me consta que es persona competente. Yo le conocí cuando él era casi un niño y su destreza y sabiduría me causaron gran admiración. Además su padre fue uno de mis mejores generales cuando todavía ejercía la milicia. Por todo esto, me apetece tenerle conmigo en Roma. Harás bien en organizar cuanto antes su venida a mí en la mejor galera que poseas.

Cuédate mucho. Un cordial saludo para tu esposa Prócula. Te saluda el primer ciudadano de Roma: Tiberio Claudio.”-

Apartó la vista del papiro y fijándola en el centurión comentó:

-Es del todo imposible, amigo mío, poder retenerte a mis órdenes ya que el emperador solicita tus servicios. Mas te aseguro Cornelio que nada me satisfaría más que seguir contando con tus cabales estrategias para mantener la tranquilidad en este lugar no fácil de gobernar.- Era evidente que Pilato estaba muy dolido con la demanda del César y aunque notaba que últimamente Cornelio estaba muy cambiado, pues se había vuelto mucho más reservado, tenerle como centurión, para él era una gran tranquilidad pues hasta podía contar con él como amigo, cosa difícil con los demás altos cargos de la guardia. Se daba perfectamente cuenta de que aquél hombre era especial y por eso le disgustaba tanto el tener que mandarlo a Roma por un capricho posiblemente del emperador. Pero claro, era el César, nada más y nada menos quien se lo exigía. Cornelio por su parte recibió la noticia con gran satisfacción ya que últimamente la sola presencia de aquél hombre que tal vez por cobardía u ofuscación había entregado a la muerte al Nazareno, le causaba tal repugnancia que el sólo hecho de estar lejos, seguro que aliviaría considerablemente su corazón ahora tan dolorido. Nada dijo a Pilato excepto que estaba dispuesto a partir hacia Roma cuando todo estuviese a punto y preparado.

-Yo te comunicaré al instante tu partida cuando haya hecho todas las gestiones oportunas y esté el barco cargado con las provisiones necesarias para el viaje y los esclavos galeotes que se precisan para la navegación de la galera.-

Cornelio pasó aquél día deseoso de regresar a su hogar para comunicar la noticia a su esposa y a toda su familia. Dió

gracias al Dios de Jesús el Nazareno durante todas las horas que transcurrieron hasta regresar a su domicilio. Por el camino de regreso, como casi todos los días, encontraba menesterosos a su paso y como era habitual en él, ya de niño les socorría con alegría de corazón. Había aprendido muy bien las lecciones del Mesías pero aún no tenía una convicción clara de lo que comportaba aquella creencia en alguien que ni tan siquiera estaba en la región de los vivos. Él esperaba no obstante, una revelación celestial que le comunicara su misión. En estas cavilaciones llegó a la verja del recinto familiar. Hanea siempre le esperaba tras el alfeizar del ventanuco de la estancia superior. Al verle bajó como de costumbre a echarse en sus brazos mas ese día notó en su semblante un cierto aire de felicidad que desde la muerte de Jesús no experimentaba en él.

-Querido, traes una buena noticia ¿verdad?, lo intuyo en tus ojos.-

-Es cierto. Verás, el César me reclama junto a él en Roma lo antes posible. Pilato me ha leído el comunicado esta misma mañana y pienso que a todos nos irá bien cambiar de lugar después de lo acontecido. Nuestros hijos saltarán de alegría cuando se les comunique y también mi augusto padre se alegrará de volver a ver al César.- Hanea, sin saber por qué y a pesar del entusiasmo de su esposo, sintió un escalofrío por todo el cuerpo semejante a un mal presagio de un futuro doloroso. -¡Pero amada mía ¿qué te pasa?! ¿Acaso no te alegra la noticia? ¡A mí me parece fantástica! Hasta los muchachos tendrán mejores educadores en Roma de los que tienen aquí.-

-Mi señor, será estupendo como dices, sólo que... he sentido un momento de angustia... Tal vez sea por la emoción.- La noticia fue recibida con gran gozo por sus hijos y por su padre que veía así recompensada la labor de su sucesor al servicio de Roma. La esperanza que el general había depositado en su hijo Cornelio al fin iba a dar sus frutos. Ya le veía en Roma admirado por toda la cohorte, el senado y por el propio emperador. Le imaginaba aplaudido por todos mientras pronunciaba elocuentes discursos de magistral sabiduría. La ciudad de Roma era el lugar idóneo para ello.

-Ya imaginaba, hijo mío, que llegaría este día. Estoy muy orgulloso de ti. Allí podrás exhibirte y desarrollar tu inteligencia y ser reconocido entre los grandes mucho más que aquí.-

-Padre, te aseguro que en realidad hoy día no me seduce la gloria terrena. Todo me parece falso... En otro tiempo las cosas para mí eran de una manera; pero ahora no encajan en mis perspectivas ni en mi forma de ver la vida.-

- La verdad, hijo mío, es que desde hace tiempo te encuentro distinto. ¿Puedo saber el motivo?, pues no cabe en un soldado romano la falta de ambición y gloria. ¿A dónde han quedado aquellas aspiraciones de tu juventud en las que tu deseo era conquistar el mundo con tu elocuencia? ¿A dónde está aquél hombre seguro de sí mismo que yo siempre vi en ti? No puedes defraudarme ahora que tienes la posibilidad de demostrar tu sabiduría. Me lo debes a mí, que siempre confié en ti. Te lo debes a ti mismo, se lo debes a tu mujer y a tus hijos. ¿Qué me dices?- Cornelio quedó pensativo como calculando si era o no conveniente contar a

su padre lo referente a su fe en el Mesías crucificado, mas ¿porqué no abrir su corazón al ser que le dio la vida? Pensándolo bien, hasta se sentía obligado moralmente a declarárselo con todo detalle y libertad, independientemente de lo que él pudiera opinar. Por eso, al fin se decidió y le habló:

-Verás padre, no es fácil para mí explicarte los sentimientos de mi corazón pero lo voy a intentar: Estoy casi seguro que aunque haces una vida muy monástica, pues apenas si sales de estos muros entretenido con mis hijos, has oído hablar de Jesús el Nazareno, que traía la buena nueva de la salvación de todos los hombres. Él predicaba la existencia de un solo Dios, su Padre, Creador de todo cuanto existe. Él decía ser la luz del mundo pero los judíos prefirieron las tinieblas y con el consentimiento de Poncio Pilato le condenaron a morir en la cruz. Yo, padre, le había escuchado predicar e incluso con su poder divino curó a Tasio, uno de nuestros criados más queridos que ya moría a causa de su enfermedad. Tú sabes que ningún doctor ni curandero logró ni tan siquiera aliviar sus terribles dolores y ahora lo tenemos más activo que ningún otro pero es que además, ni tan siquiera le tocó. ¡Con su sola palabra, padre, con sólo su deseo quedó curado! Y aunque Él venía a salvar a su pueblo, Israel, a sus hermanos judíos, lo cierto es que su predicación y Vida Eterna era por Él prometida para todos los hombres de buena voluntad .Una vida que no termina jamás y que con Dios Padre la disfrutaremos eternamente si cumplimos sus mandamientos.-

-¡Basta Cornelio! ¡¿Te has vuelto loco?! Un ciudadano romano no puede caer en semejantes supercherías. ¡Tú vas a estar en Roma con un dios de verdad, nada menos que el

emperador! Eso sí que es real y no las fantasías que aquél hombre predicaba. Y si bien es cierto que Tasio sanó, bien pudo ser por los muchos cuidados que se le prodigaron y las medicinas que los doctores le habían suministrado durante tanto tiempo que al fin le causaron el efecto de la curación.-

-Padre, tú sabes como yo que una persona no puede curarse de repente, al instante de desear la curación.-

-Buen hijo, dejemos este asunto que no nos conduce a ninguna parte y céntrate en los preparativos de nuestro viaje a Roma. Estoy deseoso de saludar al emperador que seguro aún se acuerda de mí.- Cornelio, apesadumbrado, bajó los ojos y se retiró de la presencia de su padre.

Los hijos de Cornelio, conocedores ya de la buena nueva, acogieron a su padre con gran júbilo. Estaban entusiasmados con la noticia. Ellos que nunca habían subido a un barco, ahora iban a recorrer todo el mar durante mucho tiempo. Uno de sus hijos, el más pequeño, le preguntó:

-Padre, y si se encrespan las olas porque el mar se pone furioso y nos quiere tragar ¿vendrá Jesús a salvarnos y reñirle para que se calme? - Cornelio, abrazando a su pequeño con emoción le contestó:

-Claro que sí hijo mío, seguro que Él nos protegerá para que nada malo nos ocurra.-

Cuando, después de la cena, los esposos se hallaron a solas, Cornelio le refirió a su mujer la conversación sostenida con su padre; cómo a pesar de darle toda clase de explicaciones y de informarle sobre los milagros que el

Mesías hacía y de aquella doctrina imposible que fuera de un ser humano que no estuviese amparado por Dios, él reaccionara violentamente airado.

-Me siento con gran pesar. Yo imaginaba que mi padre iba a entender algo pero ha cerrado su corazón como los judíos, ante la predicación del Maestro.-

-Tú sabes, mi señor, cómo nos decía que nadie que no sea llamado por el Padre, puede ir al Él. Además, también nuestro corazón está sumido en una gran confusión: Él ha muerto y parece que nosotros estamos abandonados a nuestra suerte... Yo, la verdad... después de su muerte no me queda ya esperanza. Lo siento, Cornelio.-

-No digas eso Hanea. Yo sé... intuyo que pronto se disiparán todas nuestras dudas.-

-¿Cómo?-

-Todavía no lo sé pero presiento que algo muy grande sucederá muy pronto.-

¿Estaría en lo cierto Cornelio o serían simplemente sus enormes deseos lo que le hacían creer que sucedería lo que su corazón con tanta ansiedad le dictaba?

*Le has abierto el corazón
pero no quiere escucharte
todos tus razonamientos
a él para nada le valen.*

*Tú confía y no te aflijas;
las cosas pueden cambiar.
Mira a tu pequeño Teico
la fe que el Señor le da.*

*Cuando tú fuiste llamado
¿algún mérito tenías?
ya ves que el mérito es suyo:
del Creador de la Vida.*

*Él, cuando quiere nos colma
de benditas bendiciones
y después para probarnos
nos puede sumir si quiere
en terribles confusiones.*

*Por eso ten fe y espera
tu padre puede cambiar
tú ten paz y no te aflijas
que si un día el Señor le llama
seguro responderá.*

*Quién sabe si tu paciencia
y tu oración encendida
será quien abra la puerta*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*para que tu padre entienda
y vea la luz infinita.*



Capítulo 10

RESURRECCIÓN



Rl cabo de unos días, un rumor circulaba por toda la Judea: Que el llamado Rey de los Judíos había resucitado de entre los muertos. Cornelio, sintió dentro de sí resurgir aquella llama que Jesús había sembrado en su corazón el primer día que le miró cara a cara cuando curó a su criado Tasio. No tuvo ninguna duda de que aquél rumor era cierto. Tan cierto le parecía, que él, que nunca había tenido contacto con sus discípulos, ahora deseaba encontrar aunque sólo fuese uno para abrirle su corazón, ¿pues quién mejor que ellos podría informarle de la veracidad de aquél rumor? Pero por más que preguntó, indagó y buscó, no consiguió dar con ninguno de ellos. Era como si se los hubiera tragado

la tierra. Ciertamente no era fácil encontrarlos dado que todo seguía muy revuelto y ellos, por miedo a los judíos no se dejaban ver temiendo ser procesados y llevados ante el sanedrín como a su Señor. Además, nadie podía fiarse entre los creyentes de un centurión de la guardia de Pilato que hacía unos días había llevado a la cruz hasta el monte Calvario para ser allí crucificado por orden suya. Nadie podía saber ni creer que aquél hombre era un ferviente seguidor del Mesías. Sólo podían pensar con gran temor que los buscaba para entregarlos al suplicio. Él notó ciertamente que le miraban con gran recelo y temor y comprendiendo la cuestión marchó a su casa y mandó llamar a uno de sus siervos más religiosos y seguidores del crucificado antes de su muerte.

-Señor ¿qué deseas de mí?-

-Me gustaría encontrarme con uno de los apóstoles del Nazareno; pues se dice que ha resucitado.-
El criado, en un arrebato de alegría exclamó:

-¡Bendito sea el Dios de Israel! Pues ha dado cumplimiento a lo que él nos decía, que resucitaría al tercer día.-

-¿Tú se lo habías escuchado decir?-

- Sí, mi señor; aunque nos parecía todo muy confuso.-

-¿Y dónde se esconden los creyentes?-

-Señor, tienen miedo de ti. Ellos deben pensar que tú estabas de acuerdo con su muerte. Piensa que todos te vieron

llevarle con tu guardia a crucificarle. Pero yo sé, mi señor, lo mucho que le amabas y con el cariño que le trataste camino al monte Calvario, así como el dolor que sentías al verlo sufrir hasta la muerte. Yo lo sé señor, porque hice ese camino entre la multitud que le rodeaba y te veía angustiado sin saber qué hacer. Tú llevaste a cabo lo que Él había predicho hacía días.-

-Pero yo podía haberme opuesto abiertamente ante Pilato... y no lo hice.-

- Señor, si te hubieras revelado abiertamente como dices, tú habrías sido ajusticiado y el Señor habría sido conducido al Monte de la Calavera por alguien sin escrúpulos que le hubiera dejado escarnecer por las turbas que le rodeaban. Por eso te digo mi señor, que no te mortifiques pues tal vez el Señor te quería a su lado en esos difíciles momentos.

-Y ahora que ha resucitado ¿qué puedo hacer?- Contestó Cornelio con gran aflicción.

-Ánimo mi señor, que si me lo permites, yo encontraré a sus discípulos.-

-Ve pues, amigo mío y cuéntame lo antes posible en dónde puedo verlos pues mi corazón arde en deseos de saber de Él.- Partió el siervo y Cornelio se mantuvo en el jardín durante más de una hora dándole vueltas a todo cuanto parecía que había sucedido.

-¡Ha resucitado!- Se decía y se repetía una y otra vez.

Cuando Hanea se enteró por su marido de lo que se decía sobre la resurrección del Señor, bendijo a Dios rebosante de gozo:

-Mi señor, qué razón tenías al afirmar que no podía haber terminado todo con su muerte.-

-No sólo no terminó sino que me parece que es ahora cuando todo comienza.- Agregó Cornelio con gran contundencia y entusiasmo.- He mandado a uno de nuestros siervos en busca de alguno de sus discípulos y en cuanto averigüe su morada iré a entrevistarme con él pues ardo en deseos de volver a ver a Jesús Nazareno.-

-Y yo, querido... y yo.-

Entretanto, el siervo de ambos se dirigía a los lugares en que imaginaba podían encontrarse algunos de los discípulos del Señor. Él conocía algunas de las casas de ellos, antes de puertas abiertas pero hoy cerradas sin nadie dentro. Pues aunque las catacumbas serían habitadas más adelante, hoy ya comienza a vislumbrarse ese temor por parte de los creyentes, al punto de reunirse en las casas de los lugares más inaccesibles por temor a los perseguidores y enemigos del resucitado. No fue fácil pero al fin su perseverancia tuvo recompensa, pues delante de él, al torcer una esquina apareció una tal María de Magdala, junto a otras mujeres que con sus rostros casi cubiertos por el velo disimulaban no conocerlo. Pero él, erguido frente a ellas les comunicó:

- No tenéis que temer de mí, soy de los vuestros. Todo el día me he pasado buscando a los discípulos y no encontré a ninguno. ¿Porqué se esconden?-

-¿Tú no sabes que si los encuentran los llevarán a los sumos sacerdotes para hacerlos callar a base de latigazos y quién sabe qué más?- Contestó María Magdalena con lágrimas en los ojos.- Y ciertamente a ti te conocemos de estar presente en las predicaciones de Jesús pero también sabemos que eres criado del centurión Cornelio que le llevó hasta la muerte y hoy buscaba a sus apóstoles tal vez para prenderles y hacerles morir como al Maestro.- El siervo interrumpió con firmeza:

- Estáis en un error. Mi señor es fiel seguidor del Mesías y al enterarse del rumor que corre por la ciudad de que ha resucitado quiere unirse al gozo de todos al igual que yo. Os ruego que me creáis.- María contestó:

- ¿Y cómo es que no se opuso a la sentencia de Pilato?-

- María, mi señor luchó con todas sus fuerzas para que la sentencia no se cumpliera pero al no conseguirlo, rogó a Poncio Pilato que le concediera acompañar con su guardia a Jesús para librarle de la furia del pueblo que lo hubiera escarnecido por el camino. Él hizo cargar con la cruz a un tal Simón de Cirene para que Jesús no sufriera más.-

- Te creo.- Dijo María.- Pues ante la muerte inminente del Señor, mandó acercarse a su madre y a los que la acompañábamos para consolarle en sus últimos momentos de vida.-

-Puedes creerme; pues me consta que ya ha tenido más de una discusión con el procurador Pilato reprochándole el no haber evitado la condena de Jesús y cómo, antes de saber

Pilato nada de lo que estaba sucediendo, fue mi señor a rogarle que no hiciese caso a los judíos en sus peticiones, pues bien sabía que lo entregaban por envidia.- Ellas comprendieron que el criado hablaba con toda honestidad y amor por lo que accedieron a acompañarle a la casa donde se hallaban reunidos. Él les explicó de cómo su señor, devoto seguidor de Jesús, estaba loco de contento por la resurrección del Mesías y cómo deseaba dar rienda suelta a su alma hablando con ellos. Tomando la palabra uno de ellos llamado Andrés, le dijo:

-Dile a tu amo que gustosamente le recibiremos en nuestra humilde morada; pero recuérdale que a nadie comente el lugar en que nos refugiamos: pues no debemos morir antes de esparcir el Reino de Dios y sus enseñanzas por toda la tierra. Y pedimos al Señor, tal como él nos exhortaba, la conversión de muchos; pues se necesitan para propagar su doctrina por todo el orbe.-

Se hacía tarde y Cornelio aguardaba impaciente la vuelta de su criado que le informara del lugar en que se escondían los seguidores del resucitado. Aguardaba en al verja, al lado de la puerta, mientras su criado, jadeante, corría más que andaba para llegar cuanto antes a la casa de sus amos.

- ¡Mi señor!- Exclamó aún de lejos el siervo.- Ya sé que debéis estar intranquilo y tal vez enojado conmigo por la tardanza pero...- Calló el siervo mirando a un lado y a otro del lugar y al llegar junto a la puerta le tranquilizó su amo diciendo:

- Descansa un poco y coge aliento, amigo. ¿Me traes buenas noticias?-

-Sí, mi señor, aunque no ha sido fácil, por lo cual he tardado tanto.-

El siervo refirió al centurión lo acaecido: Cómo encontró a María y después fue llevado a casa donde estaban reunidos algunos de los apóstoles.

- A nadie digas nada de esto.- Le aseveró Cornelio:- Y a ser posible mañana me acompañarás, pues según me cuentas no es fácil encontrar esa casa.-

- Así es, mi señor, no es nada fácil, por suerte para ellos. Pero mi señor, tendrás que vestir con ropas que no llamen la atención para no crear sospechas ni de unos ni de otros.-

-Así será. Ya te avisaré. Ahora ve a comer y a descansar.- Retirose también Cornelio y fue a reunirse con Hanea. Era noche cerrada.

Con la tranquilidad de un niño que se le ha hecho un hermoso regalo pasó Cornelio las horas de descanso soñando o tal vez pensando en el Señor resucitado. Sobretudo reposaba en su corazón. Dormido o despierto daba igual... él ya lo tenía todo.

Por difícil que pueda parecer, al contrario de muchos de sus discípulos que al principio no creyeron en la Resurrección del Señor, él, desde que lo escuchó tuvo la plena esperanza y creencia que había sucedido. Que Él estaba vivo y estaba de nuevo con ellos y ya para siempre. Esto es lo que sentía dando rienda suelta a su imaginación desbordada por un amor que le hacía volar con

el espíritu. ¿Qué buscaba pues, queriéndose reunir con sus discípulos si a él se le había concedido una tan grande fe? Sí, su fe era fuera de lo común pero ellos conocían mucho mejor las Sagradas Escrituras y las enseñanzas del Señor, pues no en vano habían pasado con Él casi tres años recibiendo todas sus enseñanzas y habiendo visto cientos de milagros por Él realizados. Quería aprender, aprender cuanto más mejor. Necesitaba empaparse de toda su doctrina antes de emprender la travesía hacia Roma. El espíritu le empujaba a atesorar en su interior todo cuanto el Señor había predicado.

Al día siguiente, cuando al fin pudo reunirse con los apóstoles, desfogó su espíritu con ellos. Era como estar en el paraíso pues sus almas se fusionaron en pura llama de fuego sintiendo la presencia del Señor aunque no fuera físicamente.

Cornelio, no llegó a ver a Jesús resucitado pero era bienaventurado por creer plenamente sin ver. Posiblemente, si hubiera permanecido en Jerusalén habría visto como muchos de los seguidores de Jesús vieron, su ascensión a los cielos. Él sin embargo había de ser uno de los primeros, si no el primero, en sembrar en la propia ciudad de Roma la semilla del cristianismo. Pero eso él aún no podía ni imaginarlo; mas poco a poco el Señor le mostraría su voluntad y los sufrimientos por los que debía de pasar a lo largo del tiempo; pues ciertamente había supeditado su vida sin darse cuenta de todo su alcance, a Jesús...

*Roma, grandiosa y hermosa
pero vacía por dentro
porque le falta el amor
y los buenos sentimientos.*

*Atrapado entre su gente
Cornelio lucha de nuevo.
Todo mentira y engaño
¿cómo salir de este aprieto?*

*El emperador no está.
En su lugar, un prefecto
dirige el timón de Roma
sin orden y sin respeto.*

*Tu luz, Cornelio, tu luz,
elévela cuando puedas,
que las tinieblas inundan
tan maravillosa tierra.*

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 11

MILAGRO EN EL MAR



Mientras Poncio Pilato se afanaba en la preparación del viaje de su subordinado y toda su tropa a las órdenes del César en una travesía que evidentemente iba a ser muy larga y costosa, Cornelio por su parte dedicaba esos días de descanso que el procurador le había concedido, a la oración constante y a hacer limosnas a los más necesitados del pueblo, como siempre pero esta vez con más profusión que nunca. Era como una despedida pues en lo más profundo de su interior sentía que ya nunca más volvería a verlos.

En el puerto de Jaffo no muy lejos de Jerusalén, una galera romana estaba siendo provista de todo

cuanto el centurión, sus soldados, el capitán de la nave y demás personas como cocineros, ayudantes y esclavos remeros o galeotes, habían de necesitar para una travesía de tal envergadura. Además, el emperador no debió pensar que el viaje sería poco agradable por las frías temperaturas del crudo invierno que aquél año traía. Aún así, Cornelio, después de lo acaecido se sentía fuerte y eufórico. Un viaje por mar le resultaba muy atractivo. El agua y el cielo, uno reflejo del otro. Tal vez tendría en aquella travesía más tiempo para dedicarse a la oración. En estos pensamientos estaba sumido cuando Hanea apareció a su lado, en el jardín de su casa donde se hallaba él.

- Mi señor ¿te interrumpo?-

-No, querida. Estaba pensando en el viaje que nos espera dentro de poco...-

- Los muchachos están entusiasmados y a mí también me hace gran ilusión y no digamos a tu señor padre que está desempolvando sus mejores vestimentas de general para presentarse ante el César...- Cornelio sonrió y pasando el brazo por sus hombros cruzaron el jardín hasta la casa. Hanea hizo sentar a su esposo y trayendo su vieja lira le dijo:

-Mi señor, tendrás que practicar un poco tus canciones y tus odas, pues como bien sabes, allí en su palacio hay constantes celebraciones con gran ostentación y si te invita en alguna fiesta deberás mostrarle tus habilidades artísticas, no debes quedar mal ante sus invitados ni ante su augusta persona.-

-Tienes razón Hanea, practicaré pero no creo que deba mostrarle nada de estas cosas al César, pues él me requiere para otras muy distintas.-

-Sí, claro ¿el orden político, verdad?-

-Claro querida. Y espero que como hasta ahora, el Señor me siga dando sensatez en mi forma de actuar.-

- Lo hará, puedes estar seguro y más que nunca. No en vano hemos recibido sus enseñanzas. Él nos dijo “Pedid y se os dará”.-

A la semana siguiente todo estaba preparado para el viaje. Así se lo hicieron saber a Cornelio que ya tenía por su parte todo el equipamiento en un rincón de la casa. Sus hijos aguardaban ese momento desde hacía días. Estaban ya inquietos y nerviosos por la tardanza de la partida.

-¡Por fin!- Decían: -¡Ya nos vamos a Roma! ¡Padre, Madre, ya nos marchamos!- Saltaban y gritaban de alegría. Para ellos era una experiencia que posiblemente nunca olvidarían.

Dos carros con hermosos caballos estaban enjaezados a la puerta para cargar con todo el equipaje y transportarlo al puerto en donde les aguardaba la nave ya dispuesta para partir.

Sus cien soldados en fila de a dos aguardaban a Cornelio y a su familia al borde de la embarcación con ciento cincuenta remeros ya en sus puestos a las órdenes de su jefe de mando. También aguardaban el momento de la partida.

Los cocineros en la bodega, colocando con cuidado las viandas y el capitán ya junto al timón. Ya todo estaba dispuesto para emprender la travesía.

-¡Bienvenido señor!- Clamaron a una sola voz todos sus soldados. Adelantándose dos de ellos ayudaron a Hanea y sus hijos a cruzar a la nave. Los criados transportaron el equipaje al interior y al fin soltaron amarras mientras Cornelio y sus soldados tomaban posiciones. Hanea y sus hijos por su parte, contemplaban maravillados el mar que se iba rompiendo al paso de la embarcación.

- ¡Mira, mamá!- Le decían los niños.- ¡Los peces cantan!- Hanea les dijo:

- Son unos peces muy especiales y amigos de los hombres. Se llaman delfines y es posible que gran parte de la travesía la hagan con nosotros.-

-¿Porqué madre, harán eso?-

-No lo sé hijo mío pero es su costumbre.-

-¡Pues qué bonito!- Dijo el más pequeño mientras los contemplaba casi volando alrededor de la galera. Para ellos, que nunca habían viajado en un barco, todo era fantástico, maravilloso: La espuma deshaciéndose mientras se rompían las olas alrededor del casco de la nave, las gaviotas revoloteando alrededor suyo, el olor y el sabor a sal y cómo no, aquél horizonte que separaba el mar del cielo, a veces difuso, a veces muy marcado, como una línea perfecta a la que nunca se llegaba.

Aunque la mañana había amanecido con un cielo espléndido por su color azul, si bien poco caluroso, la tarde ya era de nubarrones negros y un frío intenso, por lo que era necesario entrar en el barco y cubrirse con no poco abrigo.

Aquella noche el centurión y toda su familia la pasaron prácticamente en vela a causa del vaivén que las olas producían en la embarcación. No obstante, sirvió para compartir largas conversaciones y escuchar algunas de las batallas que el padre de Cornelio relató especialmente a sus nietos, ávidos como todos los niños, de escuchar relatos de aventuras y sobretodo por haber sido estas vividas por su abuelo.

Al fin amaneció y de nuevo el sol volvió a brillar. Una gran calma reinaba en derredor de aquél gran océano que como un espejo reflejaba el cielo. Seguían los delfines desfilando al son de sus cantos y alguna que otra ballena esparcía su particular géiser para gozo de todos y especialmente para los más pequeños.

La mar estaba en calma y avanzaban a siete nudos por hora, velocidad que duró aproximadamente siete días, al cabo de los cuales el cielo se cerró con grandiosas y espesas nubes negras. El mar se encrespó comenzando un oleaje amenazador y terrible que zarandeaba la nave a pesar de la robustez de esta. De pronto comenzó una tormenta tan intensa que el miedo se apoderó de todos. El maestro remero instaba a su ayudante a azotar a los esclavos para que remarán con más fuerza; pues la nave, más que avanzar parecía retroceder a impulso de las olas y el viento en contra. Cornelio, ante los quejidos que se escuchaban en la parte inferior, bajó con presteza para averiguar qué estaba

sucediendo allá abajo y al ver el maltrato con que se obligaba a los galeotes a luchar contra la mar, dijo:

-¡Basta, oficial! ¡¿Qué haces azotando a estos hombres que ya están exhaustos por el gran esfuerzo realizado sin necesidad de que el mar nos sea adverso?!-

-Señor, su obligación es remar. Para eso se les deja vivir.- Cornelio, echando una ojeada a aquellos hombres, muchos de ellos casi esqueléticos, y conmovido en su interior por la crueldad con la que se les trataba, dijo al patrón:

-¡Parad la nave, bajad la vela y lanzad las anclas al mar! Será menos peligroso a seguir navegando sin apenas control. Y dad de comer a estos hombres hasta que se sacien. Luego esperad mis órdenes de continuidad.- Se hizo tal cual las órdenes dadas por el Centurión, y la nave quedó anclada. Pero pasaban las horas, llegó la noche y el temporal no amainaba. Al amanecer todo seguía de igual modo, parecía una réplica del día anterior. Ni noches ni días se sucedieron a continuación, pues la oscuridad era tal que sólo por las horas transcurridas podía calcularse el tiempo pasado. Todos los hombres comenzaron a inquietarse pues si seguía por más tiempo aquél estado, las provisiones habrían de faltar, pues la ruta sólo acababa de comenzar pero el crudo invierno no perdonaba.

Cinco días habían transcurrido sin moverse de sitio y la amargura se reflejaba en todos los rostros. Hanea con sus hijos y su suegro pasaban las horas en su camarote con juegos que pudieran distraer la inquietud de aquellos infantes llenos de deseos de correr por todo el barco de proa a popa; pero ahora, toda su ilusión por viajar se había desmoronado,

pues aquello les resultaba poco menos que una cárcel. Apareció Cornelio y le mostraron su disgusto y el mayor de ellos le dijo a su padre:

- ¡¿Hasta cuándo habremos de soportar este encierro?!- Cornelio le miró severamente:

-Hijo, sé que no es agradable pasar tanto tiempo en un mismo lugar aunque sea jugando sin más pero ven conmigo que te mostraré algo que hará que bendigas a Dios toda tu vida, por ser libre.- El muchacho le siguió y bajaron al lugar oscuro de la galera en donde los remeros esclavos, asidos a sus remos, aguardaban la orden de continuar su terrible esfuerzo. Cornelio, mostrando a su hijo el horror de aquellas criaturas le dijo:- ¿Tú crees que tienes derecho a quejarte, hijo mío?-. Ante tal visión, el muchacho bajó su mirada y compungido pidió perdón a Dios y a su padre que le abrazó con ternura. Al regresar al camarote su madre entendió el escarmiento beneficioso que su padre le había mostrado pero el caso era que el temporal no remitía e incluso el fuerte viento aumentaba y tanto que la nave parecía iba a descomponerse en cualquier momento. Entonces, el benjamín de la familia miró a su padre y le dijo:

-Padre mío, tú sabes más que yo que Jesús puede librarnos de todo esto. Tú me dijiste antes de emprender el viaje que si el mar se enfadaba, el Señor le reprendería y todo volvería a la calma.- El abuelo del infante quedó perplejo al escuchar aquellas palabras de fe de aquél niño pero su agnosticismo le hizo ponerse furioso contra su hijo que había inculcado sobre aquél inocente, semejante falsedad y exclamó:

- ¡Por Júpiter! ¡¿Qué clase de padre inculca a su hijo tales fantasías?!- Pero Cornelio, admirado por la fe de su pequeño, cogiéndolo en sus brazos le dijo:

-Vamos a cubierta.- Toda su familia quiso impedirlo, pues decía Hanea:

-¡Mi señor, el viento huracanado y las olas podrían arrastraros al mar y perecer!... pero si insistes en subir, lo haremos todos y si hemos de perecer, pereceremos juntos.- El general, con un gesto de contrariedad y moviendo la cabeza, siguió los pasos de los suyos. Así mismo, parte de los soldados y el capitán se dirigieron a cubierta con la dificultad que ello comportaba, pues solo asomar la cabeza, el viento y el agua eran como un fuerte azote. Cornelio, cubriendo el rostro del pequeño logró salir a cubierta seguido de todos los que le acompañaban que como podían se agarraban a cualquier sitio que encontraban para no ser arrastrados. Cornelio y el pequeño extendiendo la mano derecha sobre el mar, exclamaron:

-¡Señor Jesús, te rogamos que el mar vuelva a la calma y podamos continuar el viaje en paz!- Al instante, aquello que hasta ahora había sido una especie de infierno, la tormenta cesó, así como el viento y las furiosas olas que bruscamente habían azotado la embarcación. Se alejaron las nubes apareciendo un espléndido cielo azul y los rayos del sol cubrieron de brillo sus empapados rostros. Ante tal prodigio, todos cayeron de rodillas y tras unos segundos de mudo silencio expectante, dieron gracias a Dios. Hanea permanecía de hinojos en el suelo y sin fuerzas para levantarse. Lo que había ocurrido paralizó sus sentidos y como extasiada, hubo de ser ayudada por Cornelio que con cariño la ayudó a

levantarse. Continuó un abrazo que pareció de amor eterno para todos los que les contemplaban. El padre de Cornelio, asimismo acongojado, no saliendo de su asombro, rogó a su hijo que cuando le fuera posible le volviera a hablar de Jesús. El gozo de Cornelio era indescriptible: Su padre había sido iluminado por la gracia del Mesías. Con una alegría difícil de definir y a una orden de Cornelio, todos los soldados y demás personal se colocaron en sus puestos.

Elevaron anclas, enarbolaron la vela y reanudaron prestos la travesía hacia Roma sobre una mar serena.

Tres días más tarde bordearon la isla de Creta pasando junto a Buenospuertos y aunque Cornelio estuvo tentado de parar a comprar provisiones, lo cierto fue que no lo hizo, pues pensaba que era mejor continuar hasta Siracusa y proveerse allí de lo necesario pues en ese momento y desde el gran suceso acaecido el mar seguía en calma por lo cual era importante proseguir ya que no había aún necesidad de nada y si todo seguía bien, en nueve días aproximadamente arribarían a Sicilia. Allí se abastecerían de lo necesario para el resto del viaje hasta su destino: Ostia, el puerto más cercano a Roma.

Tras lo sucedido en el mar, la admiración hacia Cornelio aún fue mayor si cabía por parte de sus soldados que muchos le miraban como un ser superior y no solamente por su cargo. Su padre, anonadado y perplejo, escuchaba sus palabras, ahora sí con gozo y admiración. Hoy su familia por fin vivía con un mismo espíritu. Para él, la conversión de su padre significaba tanto... Y para sus hijos sería fantástico poder contar con su señor abuelo en los temas más importantes: la salvación del alma por Jesucristo el Mesías.

-¿Te das cuenta, Hanea querida, la gracia que nos ha concedido el Señor, abriendo los ojos del espíritu a mi padre? Tú ya me decías que un día tendría misericordia de él como la tuvo de nosotros. Y nuestro pequeño Teico ha sido el causante de tal milagro; el del mar y el de su abuelo.-

-Querido, ciertamente tu señor padre desde que hablasteis después de lo sucedido, es otra persona: Ha cesado su altanería, su alegría es desbordante y hasta me parece que ya no le hace tanta ilusión como antes volver a ver al César. Incluso he escuchado cómo les decía a nuestros hijos que le gustaría retroceder para estar cerca de Jerusalén.-

-¿Cerca de Jerusalén?!- Exclamó con extrañeza.

Aquella noche, a la hora de la cena, Cornelio y su padre conversaron largamente. El general le expuso el deseo de regresar en alguna nave al llegar a Siracusa:

-Ya me hubiese vuelto en Creta pero no quise interferir en tu decisión de no hacer escala allí. Pero lo cierto es que ardo en deseos de regresar.- Le confesó a Cornelio a lo que él le contestó:

-Mi señor padre ¿y cuál es el motivo de tu decisión de volver a Jerusalén?-

-Hijo mío, todo ha cambiado en mi vida. El Señor Dios me ha tocado y Jesús me llama allí. Necesito regresar lo antes posible. Sé que tú puedes comprenderme mejor que nadie.- Cornelio, ciertamente comprendía que su padre era llamado

por el Señor para algo que él desconocía. Entonces dijo a su padre:

-No te preocupes padre, que en llegando a Siracusa buscaremos una embarcación que te devolverá de nuevo a Jaffo para cumplir tu deseo o tal vez el deseo del Señor.-

-Gracias hijo mío. Sabía que me entenderías.-

-Demos gracias a Dios por su misericordia al iluminar nuestros corazones.- Dijo emocionado al contemplar a su padre completamente transformado.

-Hijo, no sé cómo pude estar tan ciego: yo que pude verle y escucharle todos los días, jamás quise hacerlo y a ti que me hablabas de él, nunca quise escucharte. ¡Cómo me duele, no te lo puedes imaginar, Cornelio!-

-Me hago cargo de tu dolor, señor, pero no te hagas más daño; pues Jesús decía que nadie puede ir a Él si no es llamado por el Padre Celestial.-

-Oír eso me reconforta y me llena de consuelo.-

- El Señor nos llama para darnos la Paz.- Dijo finalmente para tranquilizar a su padre. A pesar de todo lo hablado con su hijo y saber que regresaría de nuevo a donde era llamado, lo cierto era que cada vez se iban alejando más del punto de sus deseos, lo que aún, sabiendo que era cuestión de tiempo el volver, no quitaba que él se sintiera con gran malestar e inquietud.

CORNELIO. Rozando la Historia.

¡Cómo había cambiado! Ahora sus nietos ya no eran entretenidos por sus historias en las guerras que antes les explicaba. Hoy el abuelo oraba y oraba sin descanso como si quisiera recuperar el tiempo perdido y malgastado.

*Después de la tempestad
viene la calma.*

*Esta vez por un milagro
que por la fe se derrama.*

*Todos quedan asombrados
admirando aquél portento:
las olas se han disipado,
el viento calló su boca
y la lluvia se ha parado.*

*El altivo general
ha quedado anonadado.
Él, que jamás se inclinó,
hoy permanece postrado.*

*La Roma espléndida y bella
ya no quiere ni nombrarla.
Él lo que quiere es volverse
al lugar en que se hallaba.*

*Antes su corazón duro
cual si fuera pedernal,
el Señor se lo ha cambiado
por otro humilde y sensible
en busca de la verdad.*

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 12

TRISTE DESPEDIDA



Los días siguieron pasando sin incidencias hasta llegar a puerto. Y mientras algunos soldados marcharon para proveerse de lo necesario para el resto de la travesía, Hanea y los infantes, acompañados de sus criados visitaban la ciudad. Cornelio y su padre por su parte, buscaban por el puerto alguna embarcación que le devolviera a Jaffo. Le era necesario regresar a Jerusalén, pues el espíritu le llamaba.

Recorrieron todos los alrededores de donde podían atracar las naves pero ningún capitán de mando pudieron ellos hallar en aquellas embarcaciones que por allí habían ancladas.

Cansados de dar vueltas y un tanto hambrientos, entraron en una posada para aliviar el apetito y descansar. El lugar era oscuro y húmedo, abarrotado de hombres un tanto desaliñados y apiñados en las pocas mesas que se encontraban en la estancia y otros sentados en el suelo de cualquier rincón. Daban buena cuenta del pan y pescado asado así como el vino que había de calentar un poco sus cuerpos no demasiado abrigados. Los dos hombres echaron una ojeada para ver dónde podían situarse. Al cabo de unos minutos, sus ojos ya acostumbrados al sombrío lugar en el que se hallaban, contemplaron una mesa en donde aún podían caber y allí se sentaron rodeados de personajes no muy bien educados que herían sus oídos a cada palabra que esbozaban. Mientras el posadero les servía le preguntaron si conocía a algún patrón que con su nave pudiera partir hacia Jaffo más pronto o más tarde. El posadero se encogió de hombros en señal de su ignorancia sobre aquella cuestión, mas uno de aquellos hombres sentados a la mesa y con la boca empapada de pan con vino, dijo:

-Si me permites terminar de comer, te acompañaré al lugar en el que se encuentra nuestro capitán con su nave, que a lo más tardar mañana, partiremos hacia Creta. Después no sé qué rumbo tomaremos pero podéis preguntárselo a él.- Llegar hasta Creta ya era una buena noticia a falta de una mejor opción.

Una vez saciados siguieron al marinero que con otros varios hombres les llevarían hasta su nave esperando encontrar a bordo de ella a su capitán. Al llegar ante la embarcación quedaron un tanto desconcertados ante la fragilidad de la misma y sus desperfectos exteriores por lo que Cornelio dijo a su padre:

-No sé si deberías considerar la posibilidad de seguir buscando, pues temo que esto no aguante una sola embestida de las olas.- El marinero que antes había hablado con ellos, al escuchar sus comentarios les dijo:

-No tengáis temor y esperad que llamo al capitán que ya habrá regresado.- Nada más decirlo apareció, con lo que con presteza, el marinero le informó de que aquél hombre quería navegar hacia Jaffo a lo que el capitán le respondió:

-Pasa, señor, y verás cómo nada tiene que ver la apariencia con la realidad.- Entraron y vieron la solidez de la nave fabricada con maderas nobles y una robustez poco común. El general exclamó:

-¡Extraordinario! Pero... ¿por qué esa apariencia de descuido ruinoso?- El capitán contestó:

-Señor, está cubierta de un armazón de maderas viejas para no dar lugar a un posible asalto de los piratas que con frecuencia pululan por estos mares. Ya que nadie querría poseerla y una embarcación en tal estado ¿qué de valor podría llevar?-

-Ciertamente tenéis una gran perspicacia.- Afirmó Cornelio ante la sagacidad de aquél hombre. El capitán añadió:

-En cuanto el viaje a Jaffo... no puedo garantizaros poder hacerlo pero estoy seguro que una vez lleguemos a Creta no será difícil desde allí hallar otra nave que te traslade al puerto deseado.-

-Muy bien.- Contestó el general.- ¿Cuándo y a qué hora tienes previsto partir?-

-Mañana al apuntar el alba desataremos amarras. Se puntual, pues el barco no esperará.-

-Aquí estaré sin demora alguna.-

Al fin, el esfuerzo de todo el día había dado sus frutos y aquella embarcación le llevaría cerca de Jerusalén y daba gracias a Dios por ello desde lo más profundo de su alma. Su hijo le veía tan contento que elevaba sus ojos al cielo y sonreía emocionado.

Cuando llegaron a la galera ya casi había oscurecido y Hanea, preocupada, esperaba con impaciencia y les preguntó cómo había ido todo y el por qué de la tardanza. Ellos le explicaron todas las peripecias y comenzaron a preparar el equipaje. Cornelio, contemplando las vestimentas de gala del general, le dijo:

-Llévate tus ropas.-

-No, tíralas al mar. Pues donde voy ya no necesitaré de ellas. Por cierto Cornelio,- Prosiguió su padre:- ¿cuándo partís?-

-Cuando te haya acompañado hacia tu destino partiremos nosotros.-

-Me despediré ahora de mis nietos aunque presiento que mi corazón quedará desgarrado temiendo que ya nunca más les volveré a ver en este mundo.- Cornelio bajó la cabeza

conteniendo un gemido, pues él también se daba cuenta que posiblemente no volvería a ver a su padre. Toda la familia conmovida y con lágrimas en los ojos se fundió en un abrazo de inefable amor contenido que ahora dejaba que se expresara libremente. No había palabras para definir aquella escena... Dejamos a cada cuál imagine por su cuenta los sentimientos de aquél hombre robado por una emoción jamás sentida antes por la llamada de Jesús. Aquél hijo y aquella nuera, uno solo en el amor y en el dolor. Y aquellos infantes abrazados al cuello de su abuelo sin comprender apenas la despedida de aquél ser tan idealizado y tan querido por ellos... No fue fácil conciliar el sueño aquella noche por la tristeza que emergía de los corazones de todos.

Antes del amanecer y silenciosamente para no despertar a los muchachos todavía dormidos, se levantaron padre e hijo y se encaminaron hacia la barcaza aparentemente poco segura. Al salir de la galera, aún era de noche y los centinelas del barco se resguardaban del frío al socaire de los rincones en donde el aire casi helado les daba de refilón. Los soldados se cuadraron al verlos mientras ellos les mandaban descanso.

Recorrieron el camino que separaba de una a la otra nave y ya la luz comenzaba a vislumbrarse cuando llegaron, y minutos más tarde se desearon buena suerte con el propósito de seguir ambos al Señor donde quiera que estuviesen. Los hombres desataron amarras y desplegaron la vela con lo que la nave se hizo a la mar con gran ligereza. Cornelio por su parte, en regresando a la galera hizo lo propio rumbo a Roma.

No era fácil disimular la tristeza y a los muchachos les costaba hacerse la idea de vivir sin la presencia de su abuelo

que tanto les mimaba y al que tanto querían. Por otra parte, ellos no podían comprender plenamente el motivo de por qué les había dejado. Los muchachos también amaban a Jesús... ¿Quién jugaría ahora con ellos? ¿Quién les contaría historias y a quién podían ir a refugiarse cuando sus padres les regañaran? Por otra parte, como niños que eran, se callaban estos sentimientos sufriendolos en su interior. Y aunque sus padres lo notaban no sabían qué decirles para que volviera la alegría a sus corazones. Tal vez sería cuestión de tiempo y en llegando a la ciudad se les pasaría...

Pasaron los días con gran calma de la mar y por fin arribaron al puerto de Ostia. Desde allí, en transporte de carros y caballos se dirigieron a la gran ciudad. Aunque Cornelio, antes de abandonar la nave bajó al lugar oscuro en donde los pobres galeotes sufrían y soportaban como podían su cruel destino. No quería marcharse sin despedirse de aquellos hombres marcados por la tragedia de un destino tan difícil de sobrellevar. Él les dijo:

-He bajado donde vosotros para deciros que no os olvidaré y que estaréis siempre presentes en mis oraciones. Además, estoy seguro que en adelante seréis tratados con mayor benevolencia de lo que erais antes. Pues los hombres que os custodian saben desde ahora que hay un ser superior que hará con ellos lo que ellos hagan con vosotros. Tened fe en un Dios que os ama y en Jesús, su hijo, que fue crucificado y resucitado para darnos la Vida Eterna de la bienaventuranza en el cielo.- Ellos, que habían tenido conocimiento por parte del maestro remero del milagro del mar, se sintieron confortados a pesar de su amargo destino y para muchos, ahora sus dolores y amarguras tenían por fin un sentido en sus vidas, pues a pesar de su estado sentían la

CORNELIO. Rozando la Historia.

esperanza de una vida nueva después de la muerte en la presencia de un Dios que les amaba hasta dar su vida por ellos.

*En el corazón de todos
la tristeza está reinando
pues el general se marcha
allí de donde ha llegado.*

*Él les explica gozoso
el motivo de ausentarse:
“Mirad, el Señor me llama
y tengo que contestarle”.*

*Abuelo, también nosotros
estamos con el Señor;
pero nos vamos a Roma.
¡No nos dejes, por favor!*

*Teico, con sus tiernos brazos
estrecha fuerte a su abuelo
y el abuelo se estremece
de amorosos sentimientos.*

*“No amarguéis con vuestro llanto
mi corazón dolorido,
que ya lo tengo partido
por esta partida mía
que a mí el Señor me ha pedido.”*

*Mira Cornelio a su padre
con tristeza y alegría;
Dios ha ganado su alma
y él ha perdido su vida.*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*Pronto estaré con vosotros
si es que lo quiere el Maestro.
Si es que tardo y no regreso
nos veremos en el Cielo.*

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 13

LA MISIÓN DE CORNELIO



Rel fin en Roma! Se decían unos a otros admirando la belleza por los hermosos monumentos y riqueza que a simple vista se podía contemplar mientras se dirigían al palacio residencial del emperador Tiberio.

Al llegar, un pelotón de soldados con su capitán al frente les salió al paso para informarse de quienes eran y a qué venían. Cornelio les mostró el pergamino con el sello imperial, el que ordenaba a Pilato le enviase la centuria de Cornelio con él al frente para los propósitos que en el escrito exponía. Entonces el capitán de la guardia avisó para que se convocara una audiencia de cordial bienvenida.

Minutos más tarde eran recibidos en la sala mayor; pero frente a él no estaba el César sino uno de los prefectos de la guardia pretoriana llamado Zarco, el cual amablemente invitó a sentarse a Cornelio así como a toda su familia. El centurión, no entendiendo el motivo por el cual no había sido recibido por el emperador, preguntó:

-Señor, me pregunto si tal vez el emperador se encuentra indispuesto, pues esperaba ser recibido por él ya que me ordenó venir a su presencia. Te ruego Zarco que me expliques lo que pasa.- El mandatario romano, mostrando una amable sonrisa, exclamó:

-¿No te alegras de volver a verme después de tantos años? Querido Cornelio, no ha sido el César quien te mandó llamar, sino yo.-

-¡Pero señor! ¿Acaso has utilizado su sello, el sello del César, sin su consentimiento? ¿Y con qué propósito lo has hecho?- Zarco, entendiendo que tenía que dar una explicación convincente, repuso:

-No es el César quien necesita de tus servicios, sino yo. En cuanto si utilicé fraudulentamente el sello imperial, te puedo decir que en ausencia del emperador que actualmente reside en Capreae, yo asumo todos los deberes de estado así como todos sus derechos. Además, mi querido Cornelio, no creo que, a no ser por una orden explícita de Tiberio, Pilato hubiera consentido desprenderse de un hombre como tú. Pues hasta aquí ha llegado la fama de ti y de los soldados de tu guardia.-

-Me halagas, señor. Y si estas son tus funciones de estado, entiendo que te aproveches de ellas... Obedeceré tus órdenes cual si del propio César se trataran...-

-Bien. Tienes dispuesta el ala sur de estas dependencias para instalarte con toda tu familia y el personal que precises. El lugar es acogedor y soleado, agradable sobretodo ahora en invierno. Tus soldados ya tienen asignado su cuartel así como el lugar en que deberás entrenarlos diariamente. Ahora podéis retiraros a descansar hasta mañana que recibirás más instrucciones y te pondrás al día de las cuestiones de Roma.-

Cornelio despidió a su tropa y dos soldados de la guardia pretoriana les acompañaron al lugar que había de ser ahora su residencia. Al llegar, comprobaron que era una hermosa y gran estancia. Un bello jardín al fondo del cual una piscina de agua cristalina y caliente brotaba de una roca humeante que caía en forma de diminuta cascada. Hanea y los muchachos hasta ahora callados, saltaron de júbilo, aquello era realmente fantástico y nunca lo habían tenido. El mayor comentó:

-Padre, este será un lugar muy acogedor y tranquilo para estudiar.-

-¡Y más para jugar!- Respondieron los más pequeños con jubilosa vivacidad.

-Debéis tener cuidado con la piscina. Nunca entréis en ella sin nuestra compañía o la de algún criado.- Dijo Hanea amorosamente mirando especialmente al pequeño Teico.

Entraron nuevamente en la casa y los criados con toda diligencia comenzaron a servir la cena, que mientras sus amos contemplaban el jardín, ellos habían preparado. Habían encendido el fuego en el lugar dispuesto para ello por lo que la estancia-comedor ya comenzaba a calentarse. Los aposentos debidamente dispuestos invitaban al descanso a la mayor brevedad después de un viaje tan largo y de mal dormir, por lo cual la cena fue bastante fugaz, pues los más pequeños no tardaron en quedarse dormidos a la mesa.

Al día siguiente, muy de mañana, Cornelio se dirigió a palacio para recibir las consignas de su superior y reunirse con su escuadrón para continuar las prácticas de entrenamiento un tanto suspendidas desde hacía semanas a causa del viaje. Llegose a los primeros centinelas y le hicieron pasar a la sala, lugar de reunión de los altos mandos del ejército. El prefecto, aquella mañana, más madrugador que de costumbre, le salió al encuentro junto a otros altos cargos militares. Hizo un ademán y todos se sentaron para escuchar sus órdenes y propuestas:

-Roma está revuelta como casi siempre.- Dijo Zarco y prosiguió:- Nuestro imperio es tan vasto que ya se extiende por todo el mundo; claro que para conseguir que todos esos lugares sean sometidos al imperio romano, nuestras fuerzas armadas no han de descansar para que jamás haya sublevaciones de los lugareños por nosotros sometidos. Por tanto, hay que avanzar y nunca retroceder para que todo continente e islas, sea Roma. Hemos de imponer nuestra cultura por toda la faz de la Tierra. La historia así lo reflejará en sus escritos por siempre. Si tenemos este ideal marcado sobre nosotros no habrá nada ni nadie que se nos resista. Ahora, cada cual de vosotros entrene a sus tropas y esté al

tanto de lo que sucede en cualquier punto de nuestro imperio y actúe en consecuencia. Recordad que toda rebeldía debe ser aniquilada por completo para escarmiento de todos los que no quisieran ser sometidos.- Nuestro centurión escuchaba con amargura todos esos razonamientos de aquél hombre ávido de poder y odio y esperaba que Jesús le diera una luz para iluminar su camino hoy tan entenebrecido. En estos pensamientos se encontraba, cuando Zarco, habiendo despedido a los demás altos cargos y a solas, se dirigió a él en estos términos:

-Amigo, a ti como te comentaba en mi escrito dirigido a Pilato, te quiero aquí en la gran ciudad de Roma conmigo, siendo tú y tu guardia quienes custodien el palacio y sus alrededores. Sé muy bien de tu eficacia ya que nada se le escapa a Roma. Sé que tendrás en cuenta además, las posibles conspiraciones que podrían cernerse sobre mi persona dentro y fuera del senado, pues las intrigas a causa de la envidia por ocupar mi puesto me hace vivir intranquilo y poco sosegado. Como puedes imaginarte tengo todo cuanto puedo desear. Pero me falta la quietud que estoy seguro que tendré estando tú a mi servicio. Y por supuesto no quiero caer en los errores de mi antecesor Lucio Elio que César mandó ejecutar al pretender este apoderarse del imperio.- Cornelio esbozó una leve sonrisa, casi una mueca y dijo:

-Señor, haré todo lo que esté en mi mano para protegerte pero para ello he de conocer muy bien este lugar y a todos cuantos te rodean. Permíteme que algunos de los soldados de mi guardia ocupe lugares estratégicos y pueda así evitarse cualquier posible incidencia o motín contra ti.-

-Muy bien, te mostraré mis lugares habituales de ocio y mis aposentos. En las fiestas y celebraciones te quiero a mi lado con parte de tu guardia así como en las reuniones con el senado.- Mientras él le iba dando todas estas explicaciones le fue enseñando todo el palacio y sus márgenes. Cuando hubieron recorrido todos los recintos, Cornelio le expresó la necesidad de reunirse con su centuria que ya debía extrañarse por su demora. Entonces Zarco le dijo:

-Cierto, nos hemos excedido en el tiempo pero era necesario.- Y llamando a uno de los pretores le ordenó que le mostrase los barracones en los que había instalado a los guardias del centurión así como los campos de entrenamiento.

Al cabo de unos minutos Cornelio se reunió con sus hombres que ya le echaban de menos por lo avanzado de la hora. Él les dijo:

-Amigos, tenemos una misión que cumplir y no es de guerra. Es más bien de proteger la vida de quien en estos momentos dirige prácticamente y por disposición del César, los destinos de esta gran ciudad, por lo cual, ojo alerta ante cualquier incitación que podáis observar. Cornelio escogió a veinticuatro hombres de entre sus soldados para hacer rotaciones según conviniera al servicio expreso de Zarco tal como había acordado anteriormente con el condestable. Los llevó a palacio y los situó donde creyó más oportuno ante la extrañeza de los pretores que observaban sin entender.

Más tarde, se reunió con el resto de sus hombres en el campo de entrenamiento asignado para ellos.

Cornelio estaba decepcionado. Él, que creía que en la ciudad de Roma todo sería distinto que en Jerusalén, se encontró con que allí aún era casi más complicado vivir tranquilo; pues le rodeaba la mentira, la avaricia y la maldad. Con Zarco tendría que andar con cuidado, pues advertía en él un cierto afán de poder cual si quisiera suplantar al César. Aunque de momento todo esto eran sólo suposiciones intuitivas que no tenían por qué ser ciertas. Sin embargo su experiencia le decía que no podía fiarse de nadie.

*No es lo que imaginabas
lo que has encontrado en Roma.
Como ves, todo es lo mismo,
sólo cambian las personas.*

*El corazón de los hombres
raramente busca el bien.
Sólo busca complacencia
sin tener que padecer.*

*En Jerusalén gemías
y en Roma lloras también.
El mundo siempre es el mundo
porque Dios no está con él.*

*A ti te escogió del mundo
poco a poco lo has de ver.
Por eso piensas distinto:
porque te sacó de él.*

*A tientas, como en tinieblas,
caminan tus pasos hoy,
mas un día no muy lejano
esa luz que hoy se te esconde
para probarte la fe,
la tendrás como a raudales
como brillan los trigales
llegando el atardecer,
tú así brillarás también.*

Mientras tanto ten paciencia

*y paz en tu corazón,
que cuando llegue la hora
se abrirán todas las puertas
y te encontrarás con Dios.*

*No importará lo sufrido,
ahora ya todo acabó.
Él enjugará tu llanto
dándote su corazón.*

*Como una madre consuela
acariciando a su hijo,
así serás consolado
al fin de tantos suplicios.*

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 14

DOS AMIGOS Y UN SÓLO CORAZÓN



La embarcación surcaba el mar con gran rapidez. Parecía como si un soplo de vida humana dirigiera el destino de aquellos tripulantes rudos pero de buen corazón. La mercancía en una nave de tan desastroso aspecto estaba segura de los ladrones marinos que muy a menudo hacían estragos dejando en la ruina a no pocos comerciantes que a través del mar se ganaban la vida.

En aquellos tiempos los piratas eran prácticamente los dueños de los mares, por lo que abrirse paso a través de las aguas en una embarcación modesta o vistosa era poco menos que imposible ya que casi todas las naves eran asaltadas

por los incontrolados y fuera de la ley llamados “Los Piratas del Mare Nostrum”. Hasta tal punto eran temidos que cuando el ejército romano se proponía conquistar otras ciudades y habiendo de cruzar el mar, temían más a los piratas que le salían al paso contra los cuales habían que librar encarnizadas batallas, que a los lugareños que pensaban someter en remotas regiones.

El padre de Cornelio no tardó en hacer amistad especialmente con el capitán naviero, el cual quedaba maravillado de las historias que le explicaba como general de las tropas del emperador Tiberio. El capitán, admirado al conocer la identidad del personaje que llevaba a bordo, exclamó:

-¡Por Neptuno! ¡Nunca había imaginado poder llevar a bordo de mi embarcación a tan ilustre persona! Desde este momento serás tratado como quien eres y no como antes de conocer tu rango, mi señor. Lo que no entiendo señor, es tu reticencia a no comunicarme desde el principio tu categoría. Tu modestia aún te honra más, si cabe. Diré pues a mi pequeña tripulación que te trate con el respeto que mereces.-

-Capitán, no quiero ningún cumplido ni preferencia alguna para con mi persona. Soy yo quien ha de agradecerte el haberme permitido viajar en tu barco ya que de no haber sido por ti no hubiera podido poner rumbo al lugar al que quiero llegar y cuanto antes mejor, pues no te puedes imaginar cómo lo ansío.-

Se sucedían los amaneceres y las hermosas puestas de sol a causa del buen tiempo que el cielo les deparaba y el general que oraba incesantemente en su camarote, un buen

día, no pudiendo soportar para sí solo lo que Jesús había sembrado en su corazón, abrió su alma al capitán y a la pequeña tripulación, diciéndoles:

-Amigos, yo viajaba a la ciudad de Roma en donde pasé algunos años de mi mandato pero durante la travesía, poco después de iniciar el viaje en una galera de gran envergadura y robustez aparejada para mi hijo y sus soldados, un temporal de viento y gran aguacero hizo peligrar la nave y todas las vidas que viajábamos en ella, al punto que tuvimos que echar las anclas y bajar la vela para no ser volcada la nave que ya estaba a merced de las olas. Cinco días permanecimos varados, pues pensábamos que era lo más conveniente para nuestra seguridad. Mas al cabo de este tiempo, cuando ya era poco menos que imposible la situación, uno de mis tres nietos, el más pequeño, dijo a su padre: “Tú me dijiste antes de embarcar que si el mar se enfadaba y le pedíamos a Jesús que lo calmara, lo haría.”- El padre de Cornelio relató todo lo sucedido: Cómo el mar se calmó al instante de salir a cubierta y por la fe en Jesús se obró el milagro. Cuando el capitán y los marineros escucharon la palabra “milagro”, una carcajada unánime retumbó en forma de burla y mofa y aquél hombre hasta entonces admirado por todos los allí presentes fue vituperado como si de un demente se tratara. Así comenzó el general a comprender lo que significaba ser discípulo de Jesús, mas no se dejó llevar por el pesimismo y la soledad, pues sabía muy bien que había sido rescatado de las tinieblas y trasladado al Reino del Hijo de Dios Padre. Él intuía muchas maravillas dentro de su espíritu y estaba seguro que todas ellas se las enviaba Jesús el Resucitado. Y si había resucitado y aún estaba en la tierra, tal vez podría verle si llegaba a tiempo a Jerusalén. Además, la nave en que viajaba le dejaba aún muy lejos y quién sabe el tiempo que tardaría

en encontrar un nuevo transporte que desde Creta le llevase a Jaffo. Con esta inquietud y aunque todos le volvían la espalda, valientemente le preguntó al capitán:

- Señor ¿cuántos días faltan aún para llegar a puerto? - Mirándole el capitán con no muy buena cara le contestó:

- Sobre cinco días aproximadamente si nos es favorable el tiempo. ¿Pero qué prisa tienes en llegar si nadie te espera? ya que intuyo que tu hijo te ha devuelto para deshacerse de ti. Debíó pensar que viajar con un loco a Roma no era buen asunto y por eso estás aquí. ¿Pues qué otro motivo puede haber para regresar a un lugar en el que ya careces de familia? - El soldado que llevaba dentro estuvo a punto de estallar pero se contuvo, pues si el Señor había consentido ser insultado, abofeteado, azotado y finalmente crucificado sin oponer resistencia según le había explicado su hijo ¿no soportaría él unas pequeñas ofensas? Por eso, con la mayor tranquilidad que pudo, contestó:

- Yo estoy bien cuerdo y nadie me ha obligado a retroceder. Bueno, alguien sí... tal vez... - El capitán, socarronamente dijo:

- ¿Estás insinuando que crees realmente en la resurrección de ese hombre de quien me hablaste días atrás? Porque si es así, tu locura es manifiesta sin lugar a duda. - Dijo entonces el general:

- Te aseguro que si sintieras lo que yo siento dentro de lo más íntimo de mi corazón, tú también creerías. Así como tú me tratas, trataba yo a mi hijo antes de recibir la luz. Pero hoy todo es distinto y no es sólo por el milagro que presencié

cuando el mar que nos quería engullir, a una palabra de fe dicha por mi nieto dirigida a ese Jesús resucitado, se calmó, sino por el fuego que me penetró y que me llama desde Jerusalén. Sé perfectamente que no tenéis culpa al no creer, pues él decía cuando estaba en la cruz: “perdónalos, Padre, pues no saben lo que hacen”, por tanto, si no has sido llamado ni iluminado por su espíritu no puedes comprender ni creer pero yo rogaré por ti y tal vez el Señor tenga a bien escuchar mi plegaria a favor tuyo. ¿Crees que si no fuera algo fuera de lo común y extraordinario que me quema dentro, habría dejado a mi hijo y a mis amados nietos sabiendo casi con seguridad que no les volveré a ver? Pues mi edad ya es avanzada y mis fuerzas no son las de mi juventud. Ahora sólo espero vivir los días o años que me queden haciendo la voluntad de aquél que me ha llamado. El capitán bajó la cabeza y un tanto acongojado por los razonamientos de aquél hombre, se retiró sin mediar palabra y pasó aquella noche sin pegar ojo pensando en todo cuanto le había dicho aquél extraño individuo con aquella extraña fe.

A partir de aquél día todo fue distinto y le volvieron a tratar con respeto, mas sin saber por qué, el honorable soldado comenzó a encontrarse mal de salud y aunque le eran prodigados todos los cuidados posibles por parte del capitán como por la tripulación, no mejoraba. Y en ese estado y postrado en cama con ardorosa fiebre, llegaron a Creta. Entonces el capitán le dijo:

-Señor, no te muevas de la nave mientras nosotros realizamos nuestro trabajo de ventas y compras, que a nuestra vuelta intentaremos traer a un médico o curandero que sane tu enfermedad.-

-Pero yo necesito llegar a Jerusalén lo antes posible.-

-Para eso tienes que curarte primero.- Dijo el capitán y cerrando la puerta del camarote en donde guardaba cama, se marchó.

Largas fueron las horas de espera poco menos que prisionero en aquél barco pero al fin unos pasos en cubierta le tranquilizaron. Era el capitán que llegaba en la compañía de un hombre que él no conocía. Y llegándose al enfermo tocó su frente calenturienta y haciendo una infusión de unas hierbas que tal vez sólo él conocía, las dio a beber al enfermo que en su afán de curarse las tomó de un solo trago.

-Bien.- Dijo aquél individuo, médico o curandero.- Descansa, que mañana volveré a comprobar la evolución de la fiebre.- Y dirigiéndose al capitán le dijo: -Dale de comer algo apetitoso para que cobre fuerzas y no dejes de vigilarlo no sea que empeore, en cuyo caso dale de nuevo el brebaje que aquí te dejo.-

Pasaron dos días más y la fiebre no remitía. Sus fuerzas eran cada vez menores, necesitando una persona a su lado que le cuidase. La nave ya estaba dispuesta para regresar a Sicilia con todo su cargamento y el capitán era instado por los marineros a emprender la marcha abandonando a aquél extraño hombre en cualquier lugar del embarcadero a merced de su suerte; mas él no se sentía capaz de abandonarle, pues aunque tenía un rudo corazón forjado a base de torpezas por todo lo que le había acontecido durante toda su vida y en especial su niñez, aquella acción y en aquél momento, era incapaz de realizarla. ¿Y porqué? ¿Acaso él admitía algo de cuanto aquél ser, ahora enfermo, le había dicho?

-¡Ya nos ha causado bastantes molestias!- Decían muchos de ellos.- Ahora no perdamos más tiempo.- Mas el capitán, a pesar de su rudeza y mal carácter, disentía de ellos queriéndole ayudar.

-Podemos llevarlo con nosotros otra vez al puerto de Siracusa.- Le decían. Pero el patrón contestó:

-Si se entera de que en vez de a Jerusalén, retrocede de nuevo a Sicilia, morirá.-

-¡Pues que muera! ¡Así se resolverá nuestro problema! ¡Su muerte sería la solución para todos incluso para él mismo!- El capitán, mirando a sus subordinados con severidad, les dijo:

-No le abandonaremos ni regresaremos a Sicilia.-

-¿Pues qué sugieres que hagamos entonces?-

-Pondremos rumbo a Jerusalén, al puerto de Jaffo.-

-¡Pero señor, nunca hemos llegado hasta allí! ¡¿Qué haremos con la mercancía?!-

-Quién sabe si allí la venta sea más fácil y beneficiosa. Podríamos probar.-

-¡Pero nuestras familias se preocuparán! ¡Creerán que hemos naufragado!-

-Lo sé y lo siento pero está decidido. Iremos a Jerusalén.-

-¡A ti también te ha embrujado con ese Jesús del que nos habla, está claro!-

-Pensad lo que os parezca y si no queréis venir conmigo me buscaré otros hombres que os sustituyan.- En aquél punto, todos callaron y a regañadientes subieron a la nave.

El cocinero le llevó la comida al enfermo y le dijo:

-Señor, puedes estar contento a pesar de tu enfermedad, pues el capitán, oponiéndose a toda la tripulación, te lleva al puerto de Jerusalén.- El maltrecho general alzó sus ojos al cielo y exclamó:

-¡Bendito sea Jesús Resucitado que ha escuchado mis plegarias! Dale las gracias de mi parte; pues en todos los años que me queden por vivir no se lo podré agradecer lo bastante.-

-No hace falta que yo se lo diga, pues aquí le tienes.- Dijo el cocinero viéndolo en la puerta. El enfermo, con una lágrima que se había desprendido de sus débiles ojos, le dijo:

-¿Qué puedo decirte?-

-No me digas nada, pues tu mirada ya lo dice todo. Haré cuanto esté en mi mano por curarte y llevarte donde tú deseas. Ahora descansa y ponte bueno en tanto llegamos a nuestro destino.- El general tuvo la convicción que el Señor estaba

iluminando la mente de aquél hombre que días antes le había tratado con tanto desprecio.

La nave elevó anclas y partió al lugar deseado. La travesía transcurrió sin apenas contratiempos en la mar y en llegando cerca de Jaffo, el enfermo ya estaba en cubierta oteando el horizonte con la ilusión de un niño. Al atracar en el puerto, los comerciantes que recorrían el lugar se acercaron a la aparente destartada nave y no tardó el capitán y sus hombres en negociar a buen precio la mercancía que habían transportado. El enfermo, ya muy recuperado se despidió de la tripulación y al entrar en el camarote del capitán para agradecerle de nuevo todo lo que había hecho por él, este le dijo:

-¿Te importaría que te acompañara? Pues aún te encuentro débil para andar solo por esos caminos.-

-No quisiera abusar de mi situación para obligarte a semejante trastorno para ti y tu tripulación. Ya has hecho bastante por mí, pero si es por voluntad propia, por algún motivo especial, nada me haría más feliz que contar con tu compañía. De todas formas insisto que debes pensarlo detenidamente, pues tus hombres y tú ya habéis estado lejos de vuestras familias demasiado tiempo por mi causa.- El capitán contestó:

-Es cierto que quiero acompañarte por mi propio deseo y aunque no estuvieras enfermo también querría hacerlo, pues en ningún hombre hallé tanta fe como en ti. Tal vez a tu lado encuentre a ese Dios del amor del que me has hablado. En cuanto a mis hombres, les dejaré la nave para que ellos puedan regresar, pues hay un miembro de la tripulación que

bien podrá ejercer de capitán ocupando mi puesto y te aseguro que se alegrará. Por otra parte, a mí nadie me espera en Sicilia ya que carezco de familia; pues nunca conocí a mis padres y si viven o han muerto... lo desconozco. Yo me crié en las márgenes del puerto entre los barcos y a merced de la caridad. Por eso te digo, señor, que nadie me espera.- El general quedó profundamente conmocionado por la triste historia de aquél hombre que con tanta sencillez le había abierto su triste corazón y le dijo:

-En ese caso, da a tus hombres las pertinentes órdenes y no demoremos por más tiempo nuestra marcha hacia Jerusalén.-

No pasó más de una hora que ya se encaminaban en una humilde carreta que pudieron encontrar y que casualmente hacía ese recorrido.

Ya era noche cerrada cuando alcanzaban las murallas de la ciudad y entrando en una posada, cenaron y pasaron allí la noche. Noche larga... muy larga. Se hallaban inquietos por que llegara el amanecer lo antes posible, la pasaron en vela, charlando sobre el Resucitado.

A la mañana siguiente, cuando los cascotes de los caballos comenzaron a resonar sobre las piedras de aquél contorno, se levantaron y comenzaron la búsqueda de algo o de alguien que les indicase qué hacer. El marinero seguía al viejo soldado como el siervo a su señor... ¿Pero a dónde?... Daba igual con tal de seguirle y gozar de sus palabras y su presencia.

Pasaron varias horas de caminar sin rumbo y en llegando el mediodía, el todavía convaleciente, enfermo y sin fuerzas

ya para seguir caminando, se hubiese desplomado de no haberlo sostenido el fiel capitán.

-Te ayudaré a seguir un rato, señor.- Le dijo con amable acento el rudo marinero. -Mientras descansas iré a proveerme de algo de alimento para cobrar fuerzas.- Se alejó y el exhausto general quedó sentado en el suelo recostado sobre una pared medio derruida. Al cabo de unos instantes, un hombre de aspecto generoso por la forma con que le miraba, le saludó y le dijo:

-Tú eres Cireo Trusco y te esperaba con ansiedad.-

-Señor ¿cómo sabes mi nombre?- Él no contestó y le siguió diciendo:- ¿Quieres ser curado?-

-Señor, no me importa estar enfermo, sólo quiero contemplar a Jesús el Resucitado y tal vez tú puedas darme razón de Él, pues llevo desde esta mañana temprano buscando por los alrededores de Jerusalén y no hay ningún indicio de su persona...- Explicó con tristes ojos.

-No le busques más. Mañana ve hacia el camino de Betania al atardecer y allí le verás. Que te acompañe Dámasel, no sea que tu maltrecho estado te impida llegar.-

-Señor ¿pero tú quién eres?- Se alejó y mientras lo hacía, su silueta quedaba reflejada en las pupilas del enfermo.

Cuando llegó el marinero lo halló dormido y no queriendo despertarle se sentó junto a él tapándole bien con su capa. Media hora más tarde abrió los ojos aún adormecidos y decía:

-¿Tú quién eres?- El marinero, un poco asustado, temiendo que la fiebre le hiciera delirar, le dijo:

-Soy yo, tu amigo de viaje. ¿No me reconoces?-

-Claro que te reconozco pero mientras tú marchaste a buscar alimentos pasó un hombre por aquí y me reconoció llamándome por mi nombre. Yo le pregunté quién era pero no me lo quiso decir.-

-Señor, tal vez lo has soñado, pues cuando yo llegué estabas durmiendo y además la fiebre da estas reacciones.-

-Créeme, Dámasel, ese hombre tenía algo en su voz que se asemeja a lo que resuena desde hace tiempo en mi interior.- Cuando el marinero escuchó pronunciar estas palabras se estremeció, pues desde hacía muchos años nadie le llamaba por su nombre, o el nombre que le pusieron una familia ya fallecida cuando había sido tal vez abandonado, en el puerto de Siracusa. Cireo prosiguió:- Él me dijo que mañana estemos en el camino hacia Betania y allí veremos a Jesús el Resucitado. También me dijo que si quería ser curado, a lo que yo le contesté que no me importaba estar enfermo. Entonces me dijo que me acompañara Dámasel para ayudarme por si me faltaban las fuerzas.- Dámasel, atónito, respondió:

-¡Ese hombre sabe mi nombre! ¡Si ni a ti te lo revelé ni jamás Él me ha visto que yo sepa! ¿¡Cómo puede ser eso?!- Y tras una pausa: -... ¿Qué está pasando... y qué me está sucediendo a mí?... pues nunca en mi vida sentí tanto gozo y paz en mi interior.- Y mirándole fijamente a Cireo con

grandes ojos: -¿Y yo podré ver a tu Jesús, resucitado?
¡Gracias, general!-

-General no, querido Dámasel, llámame Cireo.- Para Dámasel, aquello que le estaba ocurriendo era mucho más grandioso que lo que jamás hubiera podido soñar o imaginar. Él en su rudeza y a causa de su triste infancia no sabía hasta ahora lo que era amar y sentirse amado, y menos por alguien que ni tan siquiera había visto. Pero allí estaba aquella suave sensación amorosa en lo más profundo de su ser, revoloteando cual ave que quiere empezar a volar.

Aquella noche fue muy luminosa para aquellas dos almas entregadas como nunca a la oración. Dámasel, hombre sin conocimiento alguno sobre lo divino, escuchaba orar a Cireo y asentía con la cabeza a cada frase como quien quisiera decir lo mismo pero sin palabras.

A la mañana siguiente, habiendo orado más que nunca, Cireo era poco menos que un desvalido por lo que Dámasel hubo de sostenerle para poder caminar y así, bien amarrado por su fornido brazo derecho, emprendieron la marcha camino de Betania. Pronto encontraron otras personas que seguían la misma ruta y delante de todos ellos un hombre que charlaba y daba instrucciones a los que le rodeaban. Se apartaron hacia un monte cubierto de olivos y en alcanzando la cima, aquél hombre se dio la vuelta para contemplar a los que le seguían. Cireo, al contemplar su rostro se dio cuenta de que era la persona que el día anterior le saludó y le llamó por su nombre mientras sin fuerzas descansaba en el suelo. Entonces dijo a Dámasel:

-Es el Señor, déjame arrodillar.- Los dos se arrodillaron así como todos los que les acompañaban. El Señor, mirándolos uno por uno, los bendijo diciéndoles:

-Id por todo el mundo predicando todo cuanto os he enseñado. Así el Padre será glorificado por cuantos acepten vuestras enseñanzas y las pongan en práctica. Empero, los que no las acepten serán condenados. Estad siempre preparados pues no sabéis cuándo será mi regreso. Velad y orad para que a mi vuelta os halle despiertos porque cuando regrese el hijo del hombre ¿hallará fe sobre la tierra? Yo ya me marchó al Padre pero el Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad que os enviaré de parte de mi Padre, os consolará y os llevará a la verdad completa.- Todos escuchaban la despedida con lágrimas en los ojos y todo el fervor que puede haber en un alma encendida por el amor divino. -Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo.- Y así se fue elevando hasta el cielo mientras que una nube lo arrebató de la vista de todos ellos. Al cabo de largo rato todos comenzaron a incorporarse menos Cireo, que con los ojos elevados, permanecía como extasiado y sin moverse. Al fin, Dámasel le dijo:

-Señor, debes incorporarte, pues no has de castigar más tu maltrecho cuerpo.- Así, casi imperceptiblemente Cireo contestó:

-En verdad te digo mi querido Dámasel, que no me movería de aquí...-

-Yo tampoco, señor... pero tú has de reposar para curarte y yo he de aprender de los discípulos del Señor para dedicarme a la predicación de su palabra al igual que ellos.-

-Tú harás eso, amigo mío, pero yo sólo puedo amarlo.-
Dámasel incorporó como pudo a su amigo y asiéndolo de nuevo con su brazo derecho le ayudó a regresar a la posada en que se hospedaban. Él pensaba que la enfermedad de Cireo remitiría pero lejos de ello, el general empeoraba de día en día y ya no podía pasar los alimentos. El antes, hombre fuerte de las tropas del César, contemplaba cómo su amigo rogaba a Dios por su curación pero él le dijo con el pequeño hilo de voz que aún le quedaba:

-Dámasel, no te aflijas ni pidas más al Señor mi curación, pues este hombre viejo quiere ya descansar y el nuevo que el Señor Jesús ha plantado en mí quiere reunirse con Él muy pronto en el Paraíso.

-Pero señor, yo te necesito... No tengo a nadie en la tierra más que a ti, por eso no puedes irte ¿no lo entiendes? -
Le reclamaba angustiado asiéndole de las manos.

-Amigo mío, no te preocupes por eso, que los discípulos del Señor Jesús te querrán ayudar aún más que yo y además el Señor estará siempre contigo. Quiero, no obstante, antes de dejar este mundo, pedirte una cosa: Si algún día vas a la ciudad de Roma, intenta encontrar a mi hijo Cornelio, centurión de las tropas del emperador y dile que vimos al Señor Jesús resucitado y cómo se alzaba hasta los cielos. -
Decía mientras sonreía levemente por el recuerdo del milagroso momento que presenció. -Díselo Dámasel, pues será para él de gran alegría. Dile que me llamó por mi nombre y quiso curarme pero a mí no me importó esta vida, pues preferí la vida en su presencia celestial. Y ahora, para no serte gravoso en estas circunstancias, ve con mi identidad a la

presencia de Poncio Pilato y él te recibirá y sabrá qué hacer con mi cuerpo cuando haya volado mi alma a los cielos.- Entonces, juntó sus manos y cerró los ojos que ya no volvería a abrir. Dámasel, inclinó su cabeza y con gran reverencia besó su frente.

Con los ojos cubiertos por las lágrimas, se dirigió al palacio residencial de Poncio Pilato.

Al serle a Pilato comunicada la muerte del general y padre de Cornelio, mandó personas dedicadas a embalsamamientos y soldados que lo transportaran a un pabellón junto a sus dependencias para allí rendirle la pleitesía que por su rango era merecedor. Y haciendo llamar a Dámasel, le dijo:

-Cuando concluyan los funerales, si tienes a bien y no es una extorsión para ti, me gustaría que tú mismo dieras la noticia a su familia ya que contigo pasó los últimos días de su vida. Dámasel se alegró dentro de la tristeza que le embargaba, pues no habría mejor ocasión de comunicar a Cornelio la última voluntad de su padre, por lo cuál dijo:

-Estoy a tu entera disposición para realizar lo que me pides.-

-Bien.- Repuso Pilato.- Ya te comunicaré el día de tu partida. Entretanto y si lo deseas, puedes quedarte en los aposentos para invitados de mi palacio.- Mas Dámasel, agradeciendo su cortesía le dijo que ya tenía otro lugar en dónde hospedarse, y partió de allí.

CORNELIO. Rozando la Historia.

El tiempo que precedió a estos acontecimientos hasta su partida a Roma, los empleó Dámasel en reunirse con los apóstoles de Jesús para ser instruido en la doctrina.

*¡Corre, vuela como el viento
que el Señor me está llamando!
El mar sereno lo sabe,
por eso no pone obstáculos.*

*Me tropiezo con los hombres
y ya se me están burlando.
¿Qué saben ellos de ti
si no se lo has enseñado?*

*Pero el corazón se muda
porque Tú lo has deseado.
No hay nada que pueda el hombre
hacer sin tu beneplácito.*

*Estoy enfermo Señor
pero antes de morir quiero
recibir tu bendición
antes de elevarte al cielo.*

*¡Por fin en Jerusalén,
ya estoy más cerca de Ti!
Haz que te encuentre, Señor,
después, déjame morir.*

*He visto Tu Gloria hoy
mientras te elevas al cielo
y ya no puedo vivir,
quiero dejar este cuerpo.*

Siento no haberte seguido

*desde el principio, mi Dios.
Y siento haberte ofendido
lo siento tanto, Señor...*

*Hoy me siento acariciado
por esas manos clavadas,
esas manos que bendicen
a toda la raza humana.*

*Mi cuerpo queda en la tierra
mientras que vuela mi alma.
Recíbela Tú en tu seno,
que va llena de esperanza.*

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 15

LA TRANQUILIDAD VUELVE A ROMA



El pueblo de la ciudad de Roma ajeno a los sucesos acaecidos en Jerusalén, vivía, o sobrevivía, sometido a la tiranía de los poderosos. Ellos sí vivían en la opulencia a costa de la escasez de la plebe causada por los desproporcionados impuestos a los que les tenían sometidos. Claro que sin esos desmesurados impuestos no podrían levantarse grandes palacios y lugares de ocio como el anfiteatro, el circo romano y otros muchos monumentos maravillosos que con el pretexto que eran para distraer y alegrar al populacho, lo cierto es que todo eso era una excusa pues poco o nada les importaba a ellos el pueblo sino la riqueza que les reportaba. El cuestor que guardaba el tesoro de los

impuestos, misteriosamente se enriquecía así como los prefectos que lo manejaban junto a los ediles que se encargaban de pagar a los trabajadores por las obras que constantemente se realizaban en la ciudad. ¿Y qué diremos del lujo desmesurado en que vivía el César? Más aún, en este momento Zarco resplandecía por su opulencia semejante a la de un emperador. Teniendo en cuenta que si bien, Tiberio César no era un hombre muy apegado a la pompa sino más bien le hastiaba por lo cual marchó de Roma a la tranquila isla de Capreae, no por eso dejaba de exigir todo cuanto le pertenecía de las arcas de Roma. Pronto Cornelio se dio cuenta de este despilfarro y de la deplorable situación en que vivían los lugareños. Tal vez, tiempo atrás, antes de conocer al Salvador y escuchar su doctrina las cosas para él habrían sido distintas. Es posible que ni se hubiese dado cuenta de la situación en que vivía el populacho pero sea como fuere, en ese momento el centurión no encontraba su sitio. Todo era distinto... Él era otra persona y se daba cada día cuenta y con más lucidez, de los errores de su gente, de las atrocidades que se cometían en nombre de Roma y sobretodo de los mandatarios por mantenerse en el poder. En ese momento sí advertía que vivía en un mundo cuya ley era la del más fuerte y más depravado, y no encajaba desde hacía tiempo en ese mundo de maldad. A veces podía contemplar familias enteras durmiendo a la intemperie con sus hijos acurrucados en sus brazos y sus pocos enseres a su alrededor por no tener un techo donde cobijarse; pues escasamente el sueldo que ganaba el cabeza de familia les daba para comer un mendrugo de pan y algunas verduras crudas. Por todo esto, cuando llegaba al palacio y veía tanta riqueza, su alma se estremecía y se le encogía el corazón. Con razón había tanta pobreza fuera, en las calles; los altos impuestos cubrían de miserables muchos barrios de la gran ciudad. Entretanto,

Zarco gustaba de salir con todo su séquito en una lujosa litera para hacer ostentación de su poder ante el pueblo y así, con ese desmesurado lujo recorría las calles de la ciudad. Y mientras los ricos le reverenciaban, a los pobres se les apartaba de su camino, o mejor dicho él los mandaba apartar antes de verlos pues eran sus órdenes tal vez para no sentir vergüenza de aquella miseria. Roma, grande y alegre para los poderosos pero amarga y triste para la mayoría de sus ciudadanos. Mas él decía a sus más allegados que había que tener contento al pueblo y a menudo les organizaba fiestas y luchas de gladiadores en el anfiteatro o carreras de cuadrigas en el circo. Con estas celebraciones que duraban varios días, el populacho, como él le llamaba, al ver la sangre de hombres, caballos y fieras, descargaban su ira contenida por tanta opresión. Y ahí estaba hoy Cornelio con su guardia, acompañando y defendiendo, si ello fuera necesario con su propia vida, a un hombre sin escrúpulos que sólo vivía para sí mismo. Con razón lo había hecho llamar a su lado. Ahora entendía el por qué de aquellos miedos que al llegar a Roma él le había comentado, pues no era fácil ni lógico por parte de los senadores mantener en el poder a alguien que lejos de ocuparse de sus deberes de estado se dedicaba a banquetear y lucir por el pueblo su poder, pueblo que rugía de rabia a su paso, cosa que a él le satisfacía demostrando así el sometimiento de ellos. Cornelio se preguntaba si el emperador estaría al tanto de los desmanes del condestable. No podía creerlo, no podía imaginarse ni por un momento que pudiera consentir semejantes desatinos pero ¿acaso nadie podía comunicárselo al César? ¿O es que tal vez todos los miembros del senado se estaban enriqueciendo con él y por eso callaban? Esa sí parecía ser una lógica respuesta.

Durante estos últimos meses me he sentido tan unido a Cornelio, que yo, que ni por un momento hubiera imaginado alejarme de Jerusalén, no he podido por menos que acompañarle a la ciudad de Roma y poder comprobar cómo puede salir airoso de todos los aprietos que le va deparando la responsabilidad de ser cristiano. Yo miro y observo sin querer interferir por cierto, en sus decisiones que sólo a él conciernen. Y con la ayuda de Dios estoy seguro sabrá salir airoso de las situaciones que se va encontrando. Le contemplo como a un hermano muy querido y bien quisiera librarle de sus amarguras pero entiendo que esos sufrimientos y angustias son las que el Señor le manda para probar su fidelidad y poco a poco irá encontrando la salida de la encrucijada en la que ahora se halla. Lo que sí puedo asegurar es que él tiene muy claro que estará dispuesto a todo por ser fiel a las luces que reciba de lo alto y con la oración constante irá recibiendo esa luz para saber qué hacer en cada instante.

Hanea no era ajena a la situación en la que se encontraba su esposo. Por eso, al llegar del trabajo le recibía con todo el amor de que disponía su corazón. Aquella noche lo encontró más abatido que de costumbre y con gran candor le preguntó:

-Mi señor esposo, me hago cargo de tu difícil situación pero hoy te encuentro más preocupado que otras veces ¿acaso ha pasado algo mayor de otros días?-

-Querida, no quisiera inquietarte con mis asuntos y ni tan siquiera te los quisiera referir para no desasosegarte. Lo cierto es que todo sigue igual pero a mí cada día me es más costoso soportarlo. Tal vez si estuviera aquí el César sería todo distinto... Y yo dudo, créeme, que el emperador esté al corriente de los despropósitos de Zarco y de la situación de

penurias en que se halla la mayoría de sus ciudadanos. En este momento casi preferiría estar a las órdenes de Pilato. Por otra parte, pienso en mi padre y en si hice bien en permitir con tanta ligereza su decisión de regresar solo a Jerusalén. Si al menos le hubiese acompañado alguno de nuestros criados... Pero él solo... ¡quién sabe si habrá llegado todavía!- Hanea besó con ternura a su marido, diciéndole:

-Tranquilízate querido, que el Señor Jesús te ayudará para resolver de la mejor manera posible lo que ahora te está sucediendo. Verás cómo pronto las cosas cambian. Dios, después de habernos hecho partícipes de sus maravillas no nos puede abandonar aquí a nuestra suerte. Y en cuanto a tu padre, tú, mi señor, no podías retenerle contra su voluntad pero sí es cierto que debimos haber pensado en no dejarle solo. De todas formas, el Señor estará con él.- Cornelio, ante tales razonamientos con tanto amor expresados, dijo a su esposa:

-Sí querida, tienes razón y tus palabras han servido de gran ayuda a mi corazón, últimamente más sensible que de costumbre. Y dime ¿los chicos se están adaptando a este lugar? Pues no me gustaría que ellos también estuviesen aquí a disgusto.-

-Por ellos no tienes por qué preocuparte, pues a nuestro hijo mayor se le ve muy estudioso y me ha comentado que hay un personaje llamado Séneca que le gustaría que le enseñara filosofía, pues le han dicho que es un hombre muy sabio. Tal vez tú podrías conseguir que se haga realidad el deseo del muchacho. Y los pequeños están deseosos de que llegue el verano para poder meterse en la piscina, pues aunque el agua está caliente, la temperatura exterior es aún

muy fría.- En aquél momento, el pequeño Teico y sus hermanos aparecieron en la estancia y corrieron para abrazar efusivamente a su padre. Cornelio, por un momento se olvidó de todos sus pesares y aún más cuando el mayor le expresó lo siguiente:

-Padre, nos gustaría que a diario, cuando vuelves del trabajo, nos hables del Señor Jesús, pues necesitamos saber todo lo que tú aprendiste, y tal como te esfuerzas en conseguirnos día a día lo material, alimentos también nuestro espíritu con sus palabras.- En aquél momento, aquél padre quedó inundado de alegría por los sentimientos que Dios había depositado en el corazón de sus hijos y emocionado le respondió:

-Mi tristeza se ha convertido en gozo, hijos míos; pues nada puede hacerme más feliz que hablaros del Señor.- Hanea enjugó unas lágrimas que habían escapado de sus ojos y mirando a su marido y a sus hijos bendijo al Señor desde lo más profundo de su alma. Cornelio prosiguió y dijo:

- Desde hoy y hasta mi muerte tendréis la instrucción diaria que del Señor he aprendido.- Y así, de esta manera iban pasando los días y para Cornelio era como un bálsamo el dar y recibir el amor de Dios al regresar a su hogar.

La relación con Zarco comenzó a ser más cercana y aunque no podía ser demasiado íntima, lo cierto era que Cornelio podía hablarle con gran libertad sobre los asuntos de estado y los problemas de los más pobres de la ciudad; por lo cuál Zarco le decía:

-No fue para que me dieras lecciones de moralidad por lo que te hice venir a mí sino para que me liberes de mis conspiradores.- Pero Cornelio le contestó amigablemente:

-Señor, no habría sobre ti ninguna sombra de conspiración si desempeñaras tu papel de suplente del César con lealtad y sin pretender suplantarlo portándote en tus ágapes y marchas festivas por la ciudad como si del propio emperador se tratara. Te aconsejo señor, si me lo permites, que te comportes con sencillez y sabiduría cual cumple a un servidor del César. Si actúas así, ya no tendrás que temer, pues todos los soldados, el pueblo y el senado, admirarán tu proceder.- Zarco, ante tales razonamientos exclamó:

-¡Cornelio, me parece que más que un centurión de la guardia que me ha de proteger, eres un filósofo y con más profundidad y valentía que el propio Séneca! Desde hoy es mi deseo que no solo me protejas con tus soldados sino que seas en todo momento mi consejero en todas las decisiones que haya de tomar, tanto en cuestiones políticas como personales. No habrá más desatinos de mi parte si tú estás como centinela de mis acciones. La verdad es que me siento vacilante y poco seguro en estos momentos después de haber escuchado tus palabras... Yo antes con tanta seguridad, hoy necesito tu apoyo para gobernar a los súbditos de Roma.-

A mí me parece mentira que una persona tan apegada al lujo y a toda clase de desenfrenos pudiera cambiar con tal rapidez; pero las palabras de Cornelio habían calado en su corazón de tal manera que toda Roma notó que todo era distinto, pues desde aquél día, los más desfavorecidos de la ciudad fueron menos agobiados por los impuestos y los indigentes fueron ayudados a integrarse poco a poco en la

sociedad. ¿Qué le había sucedido a Zarco? Yo creo que fue tocado por el Espíritu del Señor como más adelante se demostrará. Pues la amistad de aquellos dos hombres fue creciendo hasta intimar y de tal forma que al fin, Cornelio le abrió su corazón, un corazón devorado por el amor y el fuego del Señor. Así fue cómo comenzó a ser predicado el Reino de los Cielos en la gran ciudad de Roma.

*Estoy desasosegado
Señor, por tanta amargura.
Unos derrochan por vicio
y otros viven en penuria.*

*¿Qué hacer Señor? me pregunto.
¿Cómo podría ayudar
a esas pobres criaturas
sin techo y a penas pan?*

*Pon en mis labios palabras
que toquen el corazón
de aquél que gobierna Roma
del que súbdito soy yo.*

*Gracias por haberme dado
una leal compañera
para que si me derrumbo
con su apoyo me sostenga.*

*Hoy mis hijos me han pedido
el orar todos unidos
y me siento confortado.
¡Cómo me ayuda, Dios mío!*

*Hablaste con valentía;
el Señor te dio las fuerzas
y has sembrado una semilla
que pronto dará sus frutos
y te cambiará la vida.*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*Y no tan sólo la tuya
sino la de toda Roma
porque un buen gobernante
dignifica a las personas.*



Capítulo 16

ZARPAZO INESPERADO



Fueron aquellos años sin la presencia física del emperador, unos años de bienestar y tranquilidad. Zarco, convertido al cristianismo también fue sembrando la Palabra de Jesús entre su familia y los más íntimos; mas un cierto temor les impedía hacerlo con plena libertad a todas las gentes. Aun así, muchos se adherían a su fe en Cristo Jesús al comprobar el cambio que se había producido en aquél hombre, antes déspota y maltratador.

Cornelio estaba viviendo por fin una etapa de gran tranquilidad y gozo interior, y tal era el reconocimiento de los más altos cargos hacia su persona que le propusieron formar parte de los

miembros del senado dada su inteligencia y oratoria. Mas él rechazó tal propuesta aludiendo que su tiempo debía emplearlo en adiestrar día a día a sus soldados. Y a pesar de la insistencia de la gran parte de los senadores, Cornelio desestimó esta responsabilidad, pues pensaba que tal vez sólo le acarrearía problemas y envidias a la larga. Por otra parte, veía cómo todos eludían el tema de Dios, incluido Séneca, como algo de loca fantasía incomprensible para un romano. Lo curioso era que conociendo ellos sus sentimientos, lo quisieran tener en la curia.

Una mañana que realizaba su tarea cotidiana en el campo de entrenamiento con su guardia, apareció Zarco, con semblante turbado: Un pergamino en su diestra y acompañado por un hombre que le recordaba a alguien que conoció en algún momento. El centurión hizo cuadrar a la guardia ante su superior y mirándole de frente hizo lo propio. Zarco le dijo:

-Descansa tú y haz descansar a tus soldados pues las noticias que te traigo te causarán un gran dolor...- Y desenrollando el pergamino leyó su contenido:

-“Jerusalén, año 779 del Imperio Romano.

Poncio Pilato, procurador en funciones:

Mi siempre amigo y recordado Cornelio. Es para mí grande tristeza comunicarte la muerte de tu augusto padre y siento que por la distancia que nos separa no hayas podido asistir a sus exequias; pero te puedo asegurar que fue tratado

todo su proceso funerario con todos los honores que su rango de general de la Guardia Imperial merecía.

Siento no estar a tu lado en este trance tan doloroso para ti. Todos los altos mandos de Jerusalén te mandan sus condolencias.

Un saludo a tu esposa y no olvides que aquí se te necesita, por si un día puedes volver.

El portador de este pergamino, te manifestará las últimas voluntades de tu señor padre.”-

Cornelio, visiblemente afectado, no pudo por menos que girar su rostro y reprimir las lágrimas que querían escaparse de sus ojos. Zarco, poniendo las manos sobre sus hombros, con todo afecto le dijo:

-Amigo mío... comparto tu dolor y es mi voluntad que despidas a tu guarnición y con este hombre, mensajero de tan triste noticia te retires a tu casa para llorar tu luto en compañía de los tuyos.- Retirose el centurión en compañía de Dámasel y ambos se dirigieron al lugar de residencia de Cornelio. No hubo conversación en el recorrido, solamente un amargo silencio compartido por dos hombres de unos mismos sentimientos: El hijo por la pérdida de un padre al que tanto amaba y el marinero por haber perdido al único amigo que había tenido y que le llevó a entender el sentido único de la existencia: conocer a Dios. Con estos sentimientos, mezcla de amargura, mezcla de recuerdos, llegaron a la casa. Hanea salió a su encuentro, extrañada por la temprana hora de su regreso así como por su rostro

demudado y la presencia de aquél hombre rudo y cabizbajo que le acompañaba.

-Mi señor ¿qué ha pasado?- Cornelio abrazó a su esposa y dió rienda suelta a sus sentimientos hasta ahora contenidos. Siguió a continuación un silencio al cabo del cual, Cornelio pudo hablar ya con cierta tranquilidad a su esposa que con gran congoja esperaba sus palabras para averiguar qué había pasado y el por qué de la presencia de aquél desconocido.

-Verás, querida, este hombre me ha traído de parte de Poncio Pilato la triste noticia del fallecimiento de mi padre...- Hanea se echó a llorar e hizo llamar a sus hijos para comunicarles la amarga noticia. Ellos al conocer lo sucedido quedaron como petrificados y ausentes. En aquél instante les venía a la mente todos los momentos vividos: Desde su más tierna infancia de abrazos y caricias hasta las aseveraciones por algo mal hecho por ellos. Al fin, prorrumpieron en sollozos hasta desahogar toda su pena. Cuando estuvieron todos más sosegados, Dámasel se atrevió a hablar y dijo así:

-Querida familia de mi muy reverenciado Cireo Trusco: Me llamo Dámasel y fuí el capitán de la nave en que embarcó el general desde Sicilia hasta Jerusalén. Yo tuve la gran suerte de conocerle y después de no pocos sufrimientos padecidos por él, por mi causa y por las burlas de mis hombres al abrirnos su corazón encendido por el amor que el Señor había depositado en él, logró con su paciencia y oración llevarme a su Dios del Amor del que yo jamás había escuchado hablar. Enfermó en alta mar mucho antes de llegar a Jerusalén y yo que pensaba volverme desde Creta de nuevo a Sicilia con mi tripulación, ordené poner rumbo a Jerusalén. No podía abandonarle en la isla en aquél estado de fiebre tan

alta. Una vez llegamos a Jerusalén, doné la nave a mi tripulación y me dediqué a hacerle de lazarillo en busca de Jesús el Resucitado.- Cornelio, ya relajado, escuchaba casi con devoción el relato del rudo marinero que continuaba explicando lo sucedido.- El Señor Jesús llamó a su señor padre por su nombre y en yendo al lugar que le indicó, allí le pudimos ver junto a una gran cantidad de seguidores y dando las últimas instrucciones a sus discípulos, después de bendecirnos se elevó al cielo mientras una nube lo envolvía. Tu señor padre seguía enfermo aunque Jesús, el día anterior a estos sucesos pretendía curarle, más él le dijo que no lo deseaba. Y mientras Jesús volaba al cielo, tu padre ya quería volar con Él pero antes de morir me dijo: “Si algún día vas a Roma, busca a mi hijo Cornelio, centurión de las tropas del emperador y dile que vimos al Señor Jesús resucitado y cómo se alzaba hasta los cielos.” Él sabía que comunicarte estas cosas, mi señor, te serviría de gran consuelo. Yo rogaba al Señor que no se lo llevara pero él, dándose cuenta me rogó que no pidiera por su curación pues el hombre nuevo que Jesús había sembrado en él, quería reunirse con su Creador. Él, antes de dejar este mundo me dió sus credenciales para ponerme en contacto con Poncio Pilato, el cuál, después de las ceremonias mortuorias me envió a ti con la triste noticia.- En este punto, Dámasel, turbado por recordar todo lo sucedido tuvo que reprimir un sollozo que aprisionaba su pecho. Cornelio, tomándolo de sus manos temblorosas, lo hizo sentar. Todos se sentaron y hubo un doloroso silencio de algunos minutos que fue roto por el pequeño Teico que, abrazando fuertemente a su padre le dijo:

-Padre, no estés triste, pues el abuelo está en los brazos del Señor como yo estoy ahora en los tuyos.- Cornelio le

estrechó y todos esbozaron una leve sonrisa acompañada por una gran paz interior.

Por su parte, los criados que estimaban en gran medida al general y mucho más sabiendo la gran misericordia que Dios había empleado con él, se condolieron y alegraron al mismo tiempo, pues él ya tenía lo que ellos tanto anhelaban obtener algún día. Dámasel fue invitado a quedarse por tiempo indefinido en la casa, no como criado sino como un miembro más de la familia. En cierto modo vino a ser un poco el abuelo que los chicos habían perdido. Para todos era una alegría emocionante cuando les explicaba la ascensión de Jesús a los cielos. Y aunque sabían que aquél ser tan querido para ellos ya no le verían en este mundo, pues Jesús se lo había llevado con Él a los cielos, sentían cómo Dios les había mandado a Dámasel que se hacía querer por su amabilidad y la ternura con que les trataba y que además también tenía muchas historias vividas en la mar con piratas y monstruos marinos que les aterrorizaban y les divertían a la vez. Además, les enseñaba todo cuanto había aprendido de los apóstoles, que era lo realmente importante, pues a pesar de la corta edad de los tres, su principal deseo era cumplir lo mandado por Jesús.

*Si por la misericordia Divina
un día tú eres elegido
no has de demorar tu entrega,
de tu respuesta depende
el que seas escogido.*

*Pues muchos son los llamados
para el Reino de los Cielos,
mas pocos los escogidos
porque no lo merecieron...*

*Por eso, si un día escuchas
Su voz dentro de tu alma,
síguele por la vereda
que con Su luz Él te marca.*

*No pidas explicaciones
ni quieras saberlo todo,
sólo vive anonadado
guardando ese gran tesoro...*

*Acepta con alegría
los dolores que te vengan,
pues para ser como Él,
la cruz es tu compañera.*

*Si se te burlan, aguanta.
Intenta guardar tu genio,
que para buenos y malos
el Sol continúa luciendo...*

CORNELIO. Rozando la Historia.

*Y si al final del camino
te tiende el Señor sus brazos
estréchalo con ternura
que el cielo ya lo has ganado.*

*Y no porque seas alguien
sino todo lo contrario:
porque se lo diste todo
Él así te lo ha pagado.*



Capítulo 17

EL EMPERADOR DE NUEVO EN ROMA



Transcurre el tiempo y la familia de Cornelio y de Zarco, van formando de día en día una amistad inquebrantable hasta convertirse en una comunidad con un mismo sentir y un solo corazón. Zarco, abandonando toda su opulencia, se dedica a la oración y a ejercer sensatamente su mandato como prefecto del César, pues con la ayuda de Cornelio y Dámasel, él fue adquiriendo de día en día más conocimientos de Jesús el Resucitado y a la par, más deseos de saber de Él. Tal era su afán por conocer plenamente toda la verdad que propuso a Cornelio la posibilidad de enviar a Jerusalén un emisario y contactar con alguno de los apóstoles para que, trasladado a Roma, pudiera instruirles con mayor conocimiento si cabía y la mejor manera de

enfrentarse a todo cuanto les rodeaba. Cornelio, en un principio pensó en tal vez enviar a Dámasel, pues nadie como él para realizar esa tarea quizá no fácil de conseguir pero después, reflexionando se le ocurrió otra posible solución aunque muy difícil de llevar a cabo.

Al día siguiente se entrevistó a solas con Zarco y le expuso:

-Señor, he estado pensando mucho en tu deseo de hacer venir a Roma a uno de los apóstoles del Señor pero ¿y si nos trasladamos nosotros un tiempo con nuestras familias allá? Yo tengo una casa en Cesarea que nos permitiría estar todos juntos como la familia que somos. Desde allí todo sería más fácil.- Zarco quedó unos instantes sin contestar y al fin repuso:

-Cornelio, para ti eso es fácil pero yo tengo una responsabilidad impuesta por el emperador que no me permite realizar ese viaje a no ser que se lo comunique, cosa no fácil, y él acceda, cosa poco probable.- Cornelio le miró fijamente y le dijo:

-¿Tú crees que el Señor Dios está con nosotros?-

-Sí, creo.- Contestó con contundencia.

-Pues entonces todo será posible.- Repuso Cornelio con entusiasmo.

-¿Qué se te ocurre? ¡Dime!-

-Puedes sugerir al César a través del senado, el deseo de que visite Roma una temporada y cuando compruebe la transformación que tú has realizado en ella seguro que quedará impresionado y sintiéndose a gusto como seguro se sentirá en la gran ciudad que por agobio él abandonó, te dará ese permiso que tú le pidas con sumo gusto y que permitirá realizar lo que nos proponemos o lo que el Señor más bien, quiere de nosotros.-

-Cornelio ¿qué sería yo sin ti? Pues es como si una luz te iluminase para dar respuesta a las cosas más difíciles.-

-Aún no sabemos si va a suceder lo que deseamos, querido Zarco. Yo ahora pues, y si te parece bien, convocaré para hoy mismo una reunión familiar para rogar al Señor Jesús nos conceda lo que con tanta vehemencia sienten nuestros corazones.

La reunión para orar se realizó, como siempre, en la casa de Cornelio para evitar intromisiones de personas no adictas a la fe y creencias hacia el Resucitado.

Al día siguiente, Zarco, fortalecido por la oración, convocó en la curia una reunión extraordinaria con todos los miembros del senado en la que expuso a los senadores el deseo de hacer venir al César y celebrar una gran fiesta en su honor por el mucho tiempo de su ausencia. Todos los miembros del senado aplaudieron su ocurrente decisión y enviaron emisarios a Capreae, su lugar de residencia en esos momentos.

Toda la aristocracia de Roma se entusiasmó al conocer la posibilidad de que el emperador les visitase. El pueblo

sencillo también se alegraba, pues sabía que esa visita comportaría fiestas y comida abundante durante unos días.

Zarco hizo llamar al cuestor para que tuviese en cuenta los enormes gastos que tendrían que afrontar ante la presencia de Tiberio y todo su séquito por las fiestas que se habían de celebrar para agasajarle. Toda la ciudad tendría que aparecer impoluta para lo cual fue requerido el edil para que se encargara de resolver estas cuestiones. Aunque no era seguro que el emperador accediera a la petición de visitar la gran ciudad, había que estar preparados por si la propuesta del senado era aceptada.

No pasó ni una semana en obtenerse respuesta por parte de Tiberio que al parecer le había causado sorpresa y a la par, un deseo irresistible por visitar la ciudad que le había proclamado emperador hacía más de diez años; por lo cual mandó un séquito de su cohorte delante de él que le preparase su estancia en Roma. Zarco recibió la noticia con gran satisfacción. Ahora solo faltaba que la petición por la cuál le invitó a venir a Roma fuera aceptada y le permitiera ausentarse durante un tiempo para visitar Jerusalén. Ante la seguridad de la visita del emperador, toda Roma comenzó a limpiarse con mayor esmero y a reparar las fachadas de sus casas y a ser engalanada toda la parte en la que se esperaba fuese visitada por el César. Aparte de los servicios convocados por el edil para realizar estos trabajos de embellecimiento de la ciudad, los mismos ciudadanos adornaron los alrededores de sus puertas para ser objeto de las miradas y admiración de su señor el emperador.

No era Tiberio un gran amante de los banquetes ni de hacerse ver por la ciudad y una vez en Roma, así se lo hizo saber a Zarco:

-Mi querido amigo. Es grato para mí el que me hayas invitado a venir y estoy comprobando la eficacia del manejo de tu forma de gobierno y aunque me complacería mucho tus atenciones y fiestas que quieras celebrar en mi honor, yo te aseguro que lo que más me enorgullecerá de ti es comprobar que el pueblo esté viviendo contento y en paz. Después, visitar mi ciudad y contemplar de nuevo su belleza.-

-Mi señor, todo se hará según sean tus deseos.- Se alegró Zarco de que Tiberio deseara visitar la ciudad y sus calles, pues habían hecho un gran trabajo para que todo estuviese a su gusto y no se había reparado ni en esfuerzos ni en gastos. Y el entusiasmo colectivo era patente. Hasta los niños eran ataviados con más esmero que de costumbre.

Aquella noche fue celebrada con gran pompa en los salones del palacio y la plebe fue provista de gran cantidad de alimentos para abastecer sus despensas durante varios días.

Al día siguiente sobre las doce del mediodía y dado que era primavera, el sol y el perfume de las flores invitaba a recorrer las calles. Todos pendientes del emperador, esperaban las órdenes que desde sus aposentos pudiera darles. Entonces, una ordenanza apareció en la sala contigua en donde aguardaba Zarco y algunos miembros del senado para comunicarles:

-El emperador solicita una litera con la que recorrer las calles de Roma y saludar a sus súbditos.-

-Comunica al César que en unos instantes será complacido.- La noticia recorrió la ciudad en un instante cual viento huracanado. Todos querían verle por lo que en poco tiempo el pueblo en pleno estaba expectante ante su presencia, pues nadie quería perderse tal acontecimiento después de tanto tiempo alejado de la ciudad. Tiberio quedó asombrado de lo que la ciudad había progresado en su ausencia y en cómo estaba cuidada. Tampoco se le escapaba la alegría de la gente que a su paso le vitoreaba. Fue un recorrido inolvidable; nunca el emperador había disfrutado tanto como ese día ni aclamado con tanto entusiasmo. Y mirando a Zarco que le acompañaba en la litera le dijo:

-¡Amigo mío, esto es labor tuya! Esa alegría de mi gente es debida a ti y no a mí, por lo que voy a concederte algún deseo tuyo que quieras realizar. Zarco se estremeció de dicha y mirando al César le contestó:

-Verás, mi señor, en realidad me gustaría pedirte un deseo.-

-¿Y es?-

-Quisiera, señor, viajar a Jerusalén y estar allí algunos días para visitar a unos parientes muy queridos.-

-¿Sólo eso? ¿No quieres más riquezas o más bienes?-

-No, mi señor, sólo quiero tu aprobación para ese viaje y nada más.-

-Siendo eso, puedes disponer de la nave que creas más adecuada y emprender tu partida cuando lo desees.-

-Gracias, señor. Te pondré al corriente de las cuestiones de estado y luego lo haya hecho, partiré.- Zarco estaba ya impaciente y deseoso de que terminara el día para reunirse con su amigo y comunicarle la noticia. Le parecía un sueño, un sueño maravilloso. Tal vez un milagro del Señor Jesucristo. Con estos pensamientos llegó al lugar en donde residía Cornelio con su familia. Golpeó la puerta y al instante un criado se apresuró a abrir y en viendo quién era y que le acompañaban dos soldados, sintió temor pero notándolo Zarco, le tranquilizó diciendo:

-No temas, al fin y al cabo no es la primera vez que visito esta casa para orar con tu señor y su familia. Dile pues a tu amo que deseo verle.-

-Sí, mi señor, pero pasa y siéntate que enseguida le aviso.- Apareció Cornelio y Zarco le abrazó efusivamente como si hiciera tiempo que no se vieran y le dijo el centurión:

-Señor, por tu alegría se me hace que tienes una buena noticia que comunicarme, ¿me equivoco?-

-Amigo mío, el César me ha concedido viajar a Jerusalén y todo te lo debo a ti: a tu fe y a tus buenos consejos para dirigir Roma. Tenías que haber visto con qué entusiasmo ha vivido el emperador este día. Mientras recorría la ciudad, todo el pueblo le aclamaba como nunca lo había hecho, lo cual ha dado pie a que, entusiasmado él, me propusiera concederme mi mayor deseo. Así pues, dentro de unos días podremos surcar el mar rumbo a nuestro deseo y

encontrarnos con los discípulos del Señor. Tú, Cornelio, ocúpate con tu guardia de todos los preparativos y todo lo necesario para emprender el viaje. Ya tengo en mente la nave en la que zarparemos y una vez ponga al corriente al César de los asuntos de estado, podremos emprender nuestro anhelado sueño. Cornelio, en aquél momento quiso tener claro las personas que habían de acompañarles y así se lo expuso a Zarco:

- Mira señor, tú sabes cómo parte de mi guardia y criados son seguidores de Jesús. Es por tanto mi deseo que ellos nos acompañen junto a nuestras familias.-

-Tu deseo, Cornelio, es mi deseo. Que sea como tú dices.- Se despidieron con alegría desbordante y Cornelio, henchido de gozo fue a contárselo todo a su mujer y a sus hijos, los cuales recibieron la noticia con gran alborozo. Cuando Dámasel y sus fieles criados fueron informados, agradecieron con efusividad la merced que sin haberla pedido, se les ofrecía:

-Visitar Jerusalén...- Dijo Dámasel susurrando para sí aún no pudiendo creer que fuera verdad. Ciertamente él no se hubiese ido a Roma de no haber sido por la promesa hecha al general en su lecho de muerte, de notificar a su hijo lo sucedido y aunque su vida en la casa de Cornelio no podía ser mejor, pues era la familia perfecta que nunca había tenido, lo cierto era que él hubiera preferido quedarse algún tiempo más junto a los apóstoles del Señor.

*Un amigo es un tesoro
al que no debes perder.
En la Sagrada Escritura
el Señor nos lo hace ver.*

*No te dará la razón
para tenerte contento,
más bien te dirá verdades
aunque te causen tormento.*

*Pero eso forma parte
de la amistad verdadera
que se basa en la verdad
olvidando las quimeras.*

*Ese siempre está contigo
cuando más lo necesitas.
Llorará con tu tristeza
y reirá en tu alegría.*

*Y cuando exultes de gozo
por regalos del Señor,
a Él se los puedes contar
para gozo de los dos.*

*Y si tienes la desgracia
de caer en las tinieblas,
con su luz te ayudará
a que la luz a ti vuelva.*

Llevará tu cruz contigo,

CORNELIO. Rozando la Historia.

*agarrado a tu madero.
Es tu amigo y tu tesoro,
ese que el Señor te ha puesto.*

*Por eso dale las gracias
que contigo es peregrino
y dale gracias a Dios
que lo puso en tu camino.*



Capítulo 18

RUMBO A CESAREA



*H*acía una mañana espléndida. El sol alzaba sus rayos mientras permanecía aún como dormido despuntando tras las colinas de Roma. Era una hermosa nave la que Zarco había escogido para la travesía y con sus velas desplegadas avanzaba con gran rapidez rumbo al puerto de Cesarea. Si todo iba bien, tal vez no tendrían que hacer escala en ninguna ciudad aunque, por si acaso, iban provistos de uno de los mejores mapas de la cartografía romana. Borearían Creta y si era necesario amarrarían en Buenospuertos. Ciertamente aquél viaje se preveía más sosegado que el que Cornelio había realizado tiempo atrás a bordo de aquella pesada galera. Además era rápida como el viento y sobretodo, todas

las personas que iban a bordo tenían unas mismas intenciones y deseos. La oración era constante y la esperanza de un mundo nuevo, cada vez estaba más cerca. Los más pequeños corrían y gritaban por cubierta y los delfines les acompañaban con sus sonidos cantarines para su mayor deleite. Cornelio, a petición de todos, tuvo que explicar una y otra vez el milagro que el Señor Jesús obró en su travesía a Roma. Cómo cuando ya les faltaba la esperanza de que la nave no fuera engullida por las olas, la fe de su pequeño Teico hizo que la mar, el viento y la lluvia desaparecieran en un instante al pedírselo a Jesús. El infante fue el juguete y la devoción de todos en aquella hermosa travesía.

Los días pasaron con tanta rapidez en una mar de suave viento y brisa que antes de aparecer el cansancio y la fatiga ya habían llegado a su destino. Zarco y Cornelio habían tenido más tiempo que nunca para conversar, sobretodo de las cuestiones del Señor, lo cuál les había hecho estar más hermanados, si cabía, en la fe en Jesús Salvador.

No estaba lejos el puerto de la casa de Cornelio, por lo que la instalación en ella fue rápida. Los criados la limpiaron con la mayor rapidez con la que les fue posible y Hanea y Cornelio dispusieron la mejor manera posible para instalarse todos, pues aunque la casa era grande, las personas eran muchas. Una vez todo esto resuelto, Cornelio les invitó a que con un solo corazón y arrodillados en tierra dieran gracias a Dios por estar por fin tan cerca de ser instruidos con mayor profundidad por algunos de los apóstoles portadores de todas las instrucciones del Señor. Alzando los ojos al cielo exclamó:

-¡Oh, Señor Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo! Henos aquí arrodillados ante tu divina grandeza y majestad. Tú, sabedor de todas las cosas y obrador de toda clase de prodigios nos has traído aquí por lo que esperamos realices sobre nosotros los propósitos que nos tienes designados. Sintiéndonos pobres y miserables, sólo esperamos de tu infinita misericordia y por aquél que tú enviaste para redimirnos en la cruz, la gracia y merced que tu amor ha dispuesto para tus siervos aquí presentes.- En acabando esta oración se retiró a su recámara a solas en sublime oración. En ese recogimiento pasó varias horas sin apenas percibir el paso del tiempo.

“Alrededor de las tres de la tarde tuvo una visión. A plena luz se le apareció un ángel de Dios que acercándosele le dijo:

-Cornelio.- Él, mirándole atentamente y preso de temor, respondió:

-¿Qué quieres, Señor?- Díjole.

-Tus plegarias y tus limosnas han subido como sacrificio memorial al Trono de Dios. Ahora, pues, despacha mensajeros a Jope y haz venir a un tal Simón, apellidado Pedro. Este se hospeda en casa de un tal Simón curtidor cuya casa está cerca del mar.-“ Luego que desapareció el ángel que hablaba con él, llamó rápidamente a dos criados y un soldado religioso que le era completamente adicto y después de referírsele todo, les envió pues a Jope.

Al día siguiente, mientras ellos iban de camino y se acercaban a la ciudad, subió Pedro a la azotea a hacer oración, cerca del mediodía. Sentía hambre y quería comer. Mientras

le preparaban la comida tuvo un éxtasis. Vio el cielo abierto y que descendía un objeto como un lienzo grande y cogido por los cuatro cabos era depositado sobre el suelo. Contenía toda clase de cuadrúpedos y reptiles de la tierra y aves del cielo. Y oyó una voz que le decía:

“-Levántate, Pedro; mata y come.-” Mas Pedro respondió:

“-Eso no, Señor, nunca he comido nada profano o impuro.-” De nuevo, por segunda vez le llegó la voz:

“-Lo que Dios ha purificado, cesa tú de juzgarlo impuro.-” Esto sucedió por tres veces y muy luego aquél objeto fue retirado en el cielo. Mientras Pedro se preguntaba a sí mismo el significado de la visión, los mensajeros enviados por Cornelio, después de indagar por la casa de Simón, se presentaban a la puerta. Llamaron y preguntaron si se hospedaba allí un tal Simón llamado Pedro. Estaba aún Pedro recapacitando sobre la visión y el espíritu le dijo:

“-Mira que tres hombres vienen a por ti, baja, pues, y ve con ellos sin titubeos pues soy yo quien te los ha enviado.-” Descendió Pedro al encuentro de aquellos hombres y les dijo:

“-Vedme aquí. Yo soy el que buscáis. ¿Cuál es el motivo que os trae aquí?-" Ellos dijeron:

“-El centurión Cornelio, varón justo y que rinde culto a Dios, acreditado por el testimonio de todo el pueblo judío, recibió en visión de un santo ángel la orden de hacerte llamar a su casa y de escuchar lo que tú digas.-” Pedro, invitándoles a entrar los hospedó aquella noche.

Entretanto, Cornelio había comunicado la noticia de lo sucedido a todos cuantos él consideraba verdaderos adoradores de Dios. Les dijo:

-El ángel de Dios que se me ha aparecido, me ha hecho llamar a un tal Simón, apellidado Pedro. Él nos dirá de parte del Señor, lo que debemos hacer.

Al día siguiente, Pedro y algunos discípulos de Jope, acompañaron a los enviados de Cornelio.

Al otro día llegaron a Cesarea. Cornelio, que había convocado a sus parientes y amigos íntimos, ya los estaba esperando. Al momento de entrar Pedro, Cornelio le salió al encuentro y con lágrimas en sus ojos por tan gran emoción se echó a sus pies en señal de veneración; mas Pedro le levantó y le dijo:

“-Levántate. Yo no soy más que un hombre que el Señor ha tenido a bien escoger para sus propósitos.- Y conversando con él, entró y halló a muchos reunidos. Pedro les dijo:

-Vosotros sabéis cómo es cosa prohibida que un judío se junte con un extranjero o entre en su casa. Pero Dios me ha enseñado a mí a no tener por profano o impuro a ningún hombre. Por eso, cabalmente, cuando me hiciste llamar vine a ti sin replicar.- Preguntó pues:-¿Por qué razón me hiciste llamar?- Respondió Cornelio:

-Cuatro días atrás hacia esta hora estaba en mi casa haciendo la oración de la media tarde, cuando se presentó ante mí un varón con vestido refulgente de luz y me dijo: “Cornelio, ha sido atendida tu plegaria y tu limosna ha subido

ante Dios como un sacrificio memorial. Envía pues, mensajeros a Jope y haz llamar a Simón apellidado Pedro, que se hospeda en la casa de un tal Simón curtidor, cerca del mar.” Inmediatamente mandé el mensaje. Y tú, haciendo una buena obra, has venido. Ahora, pues, aquí estamos todos en presencia de Dios, prestos a escuchar todo lo que de parte del Señor nos ordenes.- Tomó Pedro la palabra y dijo:

-A la verdad, reconozco que no tiene Dios acepción de personas. Sino que, en cualquier nación, los que le honran y obran justamente le son gratos. Envió la palabra a los hijos de Israel. Anunció la buena nueva de la paz, por Jerusalén. Este es el Señor Universal. Vosotros conocéis lo acaecido en toda la Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: Cómo Dios ungió de Espíritu Santo y de poder milagroso a Jesús de Nazaret. El cuál recorrió el país haciendo bien y curando a todos los vejados por el diablo: Por cuanto Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de cuanto hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. Y ellos por envidia lo entregaron a Pilato al grito: “¡Crucifícale, crucifícale!” Y así fue que lo mataron suspendiéndolo en un madero en el monte Calvario. Pero Dios le resucitó al tercer día y le otorgó que se le apareciera, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano escogidos por Dios. A nosotros, que con él comimos y con él bebimos después de su resurrección de entre los muertos. Y nos ordenó predicar al pueblo, y proclamar que este es el que ha sido constituido por Dios juez de vivos y muertos. Que recibe el perdón de los pecados todo el que cree en Él.- Estaba aún Pedro pronunciando este discurso cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la predicación. Se maravillaban los fieles procedentes del judaísmo, cuantos habían acompañado a Pedro, de que también sobre los

gentiles se hubiera difundido la gracia del Espíritu Santo. En efecto, oíanlos cómo hablando en lenguas glorificaban a Dios. Entonces intervino Pedro:

-¿Puede denegar nadie el agua del bautismo a estos que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?- Cornelio en nombre de todos exclamó:

-¡Señor, estamos dispuestos!- Y Pedro ordenó que se les bautizara en el nombre de Jesucristo. Luego le rogaron que se quedaran con ellos algunos días.” Por fin Cornelio tenía lo que deseaba. Ahora era ya libre, sentía sobre su espíritu toda la revelación de Dios por su hijo Jesucristo ¡Y cómo agradecieron la presencia de Pedro por el cuál Dios les había hecho partícipes de todas las cosas divinas!

Al cabo de esos días Pedro partió de allí no sin antes bendecirles con efusividad ante tanta fe de ellos. Cornelio le contó cómo Jesús había curado a su siervo Tasio y cómo él, a partir de haberle escuchado predicar, ya no podía vivir sin pensar en Él.

Hanea, conversando con su esposo le decía:

-Esposo mío, lo que nos ha sucedido sobrepuja todas nuestras expectativas. Tú ya me decías tiempo atrás que presentías que algo grande nos iba a suceder.-

-Demos gracias a Dios, querida, por habernos hecho tal merced sin ningún mérito por parte nuestra.-

-¿Y qué me dices de los muchachos? Ellos piensan ahora más que nunca ser fieles al Señor y sernos más

obedientes.- Contestó Hanea eufórica.- Tendrías que ver cómo se arrodillan antes de acostarse y al levantarse de la cama cada día elevando su mirada al cielo.-

-Demos gracias a Dios por el amor que ha depositado sobre todos nosotros. Ahora nuestra misión no solamente ha de consistir en practicar las enseñanzas que hemos recibido sino en divulgar la Santa doctrina del Señor allá donde estemos para que sea glorificado por todos los hombres.

Cornelio, fue informado por Pedro de las dificultades que habían tenido y seguían teniendo para predicar la buena nueva del Reino de los Cielos. Cómo eran apresados por mandato de los sumos sacerdotes y azotados, encarcelados y hasta habían dado muerte a algunos de ellos por causa de la palabra de Dios. Pero ya no sentían ningún miedo. El Espíritu Santo que habían recibido en el bautismo les impelía a no callar y decidieron viajar a Jerusalén como en principio habían determinado antes de salir de Roma. No obstante, permanecieron unos días en Cesarea, pues ya se habían formado varios grupos de creyentes en ese lugar. Luego se llegaron a Jerusalén en donde participaron en la fracción del pan con algunos de los apóstoles más íntimos del Señor. Allí conocieron también a Saulo de Tarso, que plenamente instruido por ellos en todo lo referente al Maestro, se disponía ya a comenzar su tarea de evangelización: primero a los hermanos judíos y luego a todos los gentiles que encontraría en su recorrido tanto por tierra como por mar, desde Jerusalén, pasando por Siria, Cilicia, Panfília, Galacia, Frigia, Macedonia, Acaya, y vuelta a empezar; pues en cada lugar recorrido formaba una comunidad de hermanos convertidos al cristianismo a los cuales confortaba tanto por carta como visitándolos hasta ser apresado y puesto en manos

de los sumos sacerdotes de Jerusalén y sanedrín en pleno. Aun así, ni tan si quiera las cadenas ni la prisión acallaron la verdad que Dios les había revelado. Cornelio sugirió a los hermanos la posibilidad de que alguno de los presbíteros y discípulos les acompañasen a Roma a fin de formar allí una comunidad y poder celebrar y participar de la eucaristía. La idea fue bien acogida por ellos, pues ya tenían bien asumido que la predicación del Reino, rechazada por los judíos, había de ser predicada a los gentiles de todos los pueblos y por eso, esta era una buena oportunidad de expandir la Palabra Divina.

De nuevo en Cesarea, se proveyeron de todo lo necesario y desde el puerto de Sebastos, en donde tenían amarrada la nave que les trajo, emprendieron rumbo a Roma.

Santiago era uno de los apóstoles que les había acompañado en la más grande de las aventuras jamás emprendidas: la conversión de todos los hombres al único Dios verdadero, Padre de Jesucristo Resucitado, Padre y Creador de todo el género humano. Con el Espíritu Santo como luz y consolador, afrontarían todas las persecuciones y suplicios que esta empresa les había de acarrear. Mas ellos tenían muy asumido que si al Maestro lo habían escuchado y amado, también a ellos les escucharían. Si al Maestro lo habían odiado y asesinado, también a ellos los odiarían y asesinarían. Pero la salvación de las almas ahora en las tinieblas, era lo único importante. Ellos habían aprendido del Maestro que: El grano de trigo, si no muere no puede dar fruto. Por eso hemos de morir a todo lo que nos aparta de Dios. Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si al fin se pierde y cae en el infierno? Allí habrá todo el tiempo, infinito sí, pero para sufrir sin ya poder rectificar. Si unas desazones en nuestra vida mortal nos hacen sentir tan mal a

veces, bien que después se pasa, ¿cómo será la desazón amarga y desesperada del haber perdido el amor de Dios por toda la eternidad sintiéndonos culpables de ello segundo a segundo sin ya poder remediarlo? Este temor sobre la condenación de las almas, los apóstoles lo tenían tan presente que sus propias vidas para ellos eran tenidas en nada con tal de librar del infierno a toda la humanidad. Nada importa el servir de espectáculo al mundo, ser injuriados y aniquilados. Con todo esto son salvadas muchas almas, lo realmente importante. Con estas y otras tantas exhortaciones, instruía Santiago a Cornelio y a todas las gentes, tanto patricios como plebeyos que se habían convertido al cristianismo en el tiempo que él permaneció con ellos. Más tarde, cuando ya fueron consolidados muchos grupos en la fe, se embarcó rumbo a España con algunos discípulos convertidos de Italia. Allí le visitaría la Virgen María, madre del Señor, cuando aún vivía en la tierra, para confortarle y animarle a seguir predicando dado el rechazo y aversión hacia la doctrina cristiana que en principio encontró por parte de los españoles. Esto fue a orillas del río Ebro, en cuyo lugar le pidió que construyera un templo en honor de ella. Hizolo así Santiago. Desde el bendito Pilar, la Reina del Cielo ha dispensado constante protección a nuestra patria en el correr de los siglos.

Con el transcurrir del tiempo fundaría varias iglesias y muchos españoles sufrirían el martirio por defender la fe en Jesucristo como por ejemplo Santa Eulalia, San Lorenzo de Huesca, San Fermín de Pamplona, San Vicente de Valencia y otros muchos, muchos más.

Y volviendo al presente y llegados a la gran ciudad, Zarco, acompañado de Cornelio se presentó ante el César para hacerse cargo de nuevo de la administración del estado

si esta fuera la voluntad de Tiberio. Efectivamente, el emperador ya se había cansado y determinó volver a Capreae por lo que dijo a Zarco:

-Amigo, sigue tú administrando mi imperio que ciertamente se te da muy bien, que yo me vuelvo a mi lugar oculto de descanso. Sigue cumpliendo como hasta ahora, que toda Roma te lo agradecerá... y yo también.- De esta manera, Zarco, siendo él cabeza visible del emperador, pudo expandir por toda Roma junto con todos los demás creyentes, la palabra del Reino de Dios. Era maravilloso comprobar la cantidad de romanos libres y esclavos, ricos y pobres que se convertían al cristianismo sin nada ni nadie que pusiera trabas a practicar aquella Fe de Vida Eterna.

*¡Qué alegría, qué ilusión
navegar hacia el Señor!
pues la fe lo puede todo
si se pide con fervor.*

*¿Qué encontraremos allí?
Aún no podemos saberlo
pero Él nos está llamando,
tenemos que obedecerlo.*

*La oración sublime hace
que el Señor se manifieste
pero todo es una gracia
que sólo a Él pertenece.*

*Ningún mérito es posible
poseer sin su presencia,
pues sin Él no somos nada,
nada existe que Él no quiera.*

*Por eso, su Santo Espíritu
en nosotros reclinado,
nos va llevando a la Gloria
y nos libra del pecado.*

*¡Pronto llegamos Señor!
El barco va navegando
y cuando pisemos tierra
nos estarás esperando.*

Un ángel vendrá a nosotros,

CORNELIO. Rozando la Historia.

*ángel que tú has escogido
y nos cubrirá de Gloria
sin haberla merecido.*

*Estamos en tu presencia,
Pedro nos está mirando.
De parte tuya nos da
el Espíritu Sagrado.*

CORNELIO. Rozando la Historia.



Capítulo 19

CONSPIRACIONES



Transcurrían unos tiempos de paz y tranquilidad. Cornelio contemplaba a sus hijos creciendo en estatura y sobretodo en santidad. Todos ellos y muchos otros convertidos en Roma por la predicación de los discípulos venidos de Jerusalén en aquella nave años atrás, formaban ya una gran familia que se iba esparciendo por toda aquella región Italiana fundando en diversos puntos múltiples comunidades cristianas. Ciertamente, Roma se estaba convirtiendo al cristianismo con toda suavidad y sin ninguna violencia que se lo impidiese. Siendo Zarco el máximo mandatario del senado en ausencia de Tiberio, daba pie a que muchos de los que le rodeaban abrazaran la fe; pues

él ahora ya la practicaba abiertamente a vista de todos y sin ningún temor.

Murió Tiberio Julio César Augusto el dieciséis de marzo del año treinta y siete Después de Cristo, en la villa de Lúculo, Italia, a la cuál se había trasladado hacía un año escaso para disfrutar de la belleza de aquél lugar. Tras esto, accedió al poder Calígula, un joven que se pasó la adolescencia en los campos militares junto a su padre, el general romano Julio César Germánico.

Durante los primeros meses de su mandato fue un dirigente casi modelo por su clemencia y corrección, tal vez porque Zarco le había dejado el listón muy alto. Mas no duraría la tranquilidad por mucho tiempo en aquella ciudad; pues Calígula fue presa de una enfermedad mental que le convertiría en un ser tirano, depravado y detestable. Desterró y mató a sus familiares, derrochó las fortunas de los senadores habiéndolas previamente confiscado y hasta intentó nombrar cónsul a su caballo. Se proclamó dios y construyó templos en los cuales hacía ofrecer sacrificios en su honor.

Zarco fue desterrado junto a toda su familia lejos de Roma, lo cuál causó gran tristeza a Cornelio y a los suyos. No podía creer que por celos ante el buen comportamiento del condestable por la cantidad de adictos que tenía, fuera arrancado de entre ellos aquél gran vínculo religioso que les unía. Aunque por otra parte se alegraron de que al menos ellos estuvieran a salvo de las manos de aquél hombre sin juicio y sin control. Los senadores se ocultaban unos a otros así como sus opiniones sobre él por el temor a ser delatados, lo cual sería firmar su sentencia de muerte. Así que todos

callaban y el tiempo transcurría con unas perspectivas poco menos que imposibles de soportar. Pero Calígula no contaba con las conspiraciones que se cernían contra su monstruosa persona, creyendo que todo lo tenía bajo control a base de destierros, torturas y muertes.

Fueron cuatro años de tormentos y amarguras para todos los que le rodeaban y el pueblo acusaba ya, y mucho, la demencia de su emperador. Ellos, que habían vivido bajo el mandato de Tiberio una etapa de sosiego y abundancia, ahora se encontraban de nuevo con una que no era fácil sobrellevar a causa de la pobreza por el aumento de impuestos y no poseer libertad ninguna de queja, so pena de ser acusado de su subversión... y muerte. También, varios soldados de la guardia de Cornelio fueron obligados por el propio Calígula a entrenarse para luchar como gladiadores en los espectáculos circenses que con asiduidad celebraba y no pocos perdieron la vida en la arena del circo con el consiguiente dolor y tristeza que de día en día iba en aumento para el centurión, pues aquello no parecía llegar a su fin. Y aunque tenía muchos detractores, si bien ocultos y con deseos de acabar con su vida, también por afán de poder y sin escrúpulos, otros le eran adictos.

En el año cuarenta y uno Después de Cristo, algunos de los oficiales de su guardia, no pudiendo soportar por más tiempo la situación y sabiendo que tenían de su parte a todo el senado y el pueblo, le asesinaron nombrando como sucesor a su tío Claudio, el cuál puso resistencia a ocupar el cargo. Mas la guardia pretoriana y el ejército le obligaron a ejercer las funciones de emperador; pues pensaban que era el más cualificado y menos ambicioso. El comienzo de su mandato fue de gran justicia y hasta de bondad pero no pasó un año

cuando Mesalina, su esposa, mujer ambiciosa y malvada, le indujo a perpetrar toda clase de crueldades y extorsiones sin control. Mas poco a poco se fue dando cuenta de la manipulación que ella ejercía sobre él y no pudiendo aguantar más la situación, pues ya el pueblo le odiaba, mandó asesinar a Mesalina, artífice de tantos y tantos desatinos. A partir de entonces su mandato fue equitativo y hasta dió un cierto poder a los libertos, antiguos esclavos, siempre que fueran seguidores de él. Aconsejado por los mismos, casose por cuarta vez con su sobrina Agripina, hija menor de su hermano Germánico y nieta de Augusto, la cuál, después de obligarle insistentemente a que adoptase a su hijo Nerón, fruto de su anterior matrimonio, lo consiguió y el veinticinco de febrero del año cincuenta, Lucio fue adoptado por Claudio bajo el nombre de Nerón Claudio César Druso. Agripina, después de conseguirlo y deseosa de que gobernara su hijo cuanto antes, bien que tenía sólo diecisiete años, envenenó a su marido Claudio.

Pudo el senado escoger a Británico como emperador, mas la influencia que ejercía Agripina junto a muchos altos cargos del gobierno hizo que el joven Nerón fuera elevado al poder en el año cincuenta y cuatro.

Los cinco primeros años de su mandato, Nerón, a pesar de su juventud gobernó con sensatez y justicia. Mas la depravación de todos los que le rodeaban y la suya propia que superaba a todas las demás, lo convirtieron en ese monstruo abominable cual le recuerda la historia. Nerón tenía deseos de derribar parte de Roma ya que muchas casas estaban construidas de madera y las calles eran demasiado estrechas. Él quería construir una ciudad que fuese por la historia, admirada por siempre. Y el hecho de que los

cristianos eran para él una repugnante lacra que se había instalado por toda aquella ciudad, le hizo maquinarse y llevar a cabo una atroz decisión: Tal era su maldad y el odio hacia ellos que fingiendo unas vacaciones en Ancio, su ciudad natal, mandó incendiar Roma y hacerlos a ellos responsables de la barbaridad que había ordenado a su guardia pretoriana mientras que a la vez mandaba detener a todos los cristianos acusándolos de la locura que él mismo había perpetrado. Así conseguiría sus propósitos: Construir una nueva Roma cubierta de esplendor y terminar de una vez por todas con los cristianos que con su doctrina le causaban remordimiento de conciencia, si eso fuera posible ante la dureza de su corazón...

En sus actuaciones artísticas, a veces las dedicaba a ridiculizar a los cristianos y a su Dios. Además, todos tenían que estar pendientes de él y aplaudir sus aberraciones so pena de ser asesinados si no admiraban su arte con vítores.

En el pavoroso incendio que destruyó tres cuartas partes de la ciudad, él, desde la torre de Mecenas compuso un poema, pues según él decía: “Los versos surgen con mayor espontaneidad cuando las emociones son más fuertes de lo habitual”. Esto ya fue demasiado. Estaba segura la mayoría de la población de que todo era cosa del propio Nerón que además de culpar a los cristianos de aquella atrocidad, los crucificaba y colocaba en hileras por todas las calles de Roma y cubriéndolos de pez, mandaba prenderles fuego por las noches a modo de antorchas para iluminar la ciudad, cosa que ni los más depravados ciudadanos podían aprobar.

Al ser descubierta la conspiración contra él apoyada por Pisón, hizo matar a todos sus parientes y entre ellos a su

preceptor Séneca. Pero las conspiraciones continuarían incluso por parte de su madre Agripina que le veía, no como a un hijo sino como a un rival más poderoso y malvado que ella. Al fin, las legiones se pusieron de acuerdo con el general Sergio Sulpicio para que fuera su sustituto. Nerón, pues, abandonado de todos salió de la ciudad como un pordiosero con ropas prestadas. Se refugió en la casa de uno de sus libertos, no lejos de Roma. Allí quiso suicidarse pero faltándole la valentía rogó a un esclavo le ayudara a clavarse su propio puñal. Solo y despreciado murió el emperador posiblemente más sanguinario y odiado de la historia de Roma.

*Que la maldad de los hombres
no te hagan claudicar
sino todo lo contrario
y así poder progresar.*

*Si Yo no hubiera venido
y ejemplo te hubiese dado,
tú vivirías en tinieblas
sin conocer el pecado.*

*Pero el caso es muy distinto
ya que viví a vuestro lado
para enseñaros la forma
de amar siendo despreciado.*

*Si amáis a los que os aman...
¡eso lo hacen los paganos!
¡Amad a los que os odian
y así seréis coronados!*

*No con corona de espinas
que por ti la llevé Yo,
sino corona de Gloria
junto al trono del Señor.*

*No te aflijas si te cuesta
porque no es fácil lograrlo
pero ¡ánimo, estoy contigo!
tú lucha, Yo te lo alcanzo.*

Es tu intención la que vale,

CORNELIO. Rozando la Historia.

*que el llegar a realizarlo
es siempre una gracia mía,
Soy Yo quien te lo regalo.*

*No estás solo, estoy contigo.
Sin Mí no podrías nada.
Por eso lo que te pido
es que tengas confianza.*



Capítulo 20

MI CREACIÓN PARA TI



Retornando de nuevo al momento de la historia que nos ocupa, podemos ver a Cornelio relevado de su cargo de adiestrador de su centuria a la subida al poder de Calígula. Cornelio pues, fue obligado a formar parte de los miembros del senado, padeciendo las atrocidades de aquél mandatario henchido de poder y de locura. Fueron años tormentosos y amargos. Sólo la fe y la esperanza de las bienaventuranzas del Señor le ayudaban a sobrellevar aquella cruz tan pesada por aquellos caminos tan angostos.

A la muerte de Calígula le siguieron unos años de mayor tranquilidad, siendo Claudio el emperador.

Aunque este mismo proclamó la orden de echar de Roma a todos los judíos que allí residían dada su obstinación a no adorar a sus dioses de piedra y sí a un Dios invisible que según ellos era creador de todo cuanto existe, así fue que muchos marcharon y otros se escondieron con el consiguiente peligro de ser descubiertos; pero es que estos últimos eran cristianos y arriesgaban sus vidas por la obligación moral que sentían de predicar el Reino de Dios para la salvación de las almas. Su existencia transcurría en los lugares marginales en donde no acudía la guardia pretoriana que pudiera descubrirlos. Por otra parte, los más abandonados en este mundo, solían aceptar con más entrega de espíritu la predicación de aquellos hombres y mujeres que arriesgaban sus vidas por predicar la buena nueva del Reino de los Cielos. Sus hijos ya crecidos, pues el mayor ya tenía veintitrés años, el mediano diecinueve y el pequeño Teico dieciséis, todos ellos, lejos de haber escogido el oficio de la milicia, habían seguido el camino del Señor y la santificación en pos de los apóstoles siendo ellos ya evangelizadores de la Palabra Divina.

Hanea y Cornelio, sentíanse día a día más unidos por aquél amor que el Señor hacía muchos años había depositado en ellos.

No duraría aquella tranquilidad, pues las conspiraciones y amenazas de muerte se cernían ya sobre Claudio, pues Agripina, su mujer, respaldada por su hijo Lucio y parte del gobierno, deseaban su muerte, siendo al fin envenenado por su esposa.

Cornelio conocía muy bien a su sucesor, pues era alumno de Séneca como también su hijo mayor lo había sido

por algún tiempo. Ciertamente, Cornelio tenía una estrecha amistad con el filósofo, al cuál le había intentado convertir al cristianismo pero sin éxito. Mas sí sabía, intuía, que Séneca, junto con otros altos cargos del senado y de la guardia pretoriana, querían terminar con la vida de Nerón. Séneca, que había intentado por todos los medios posibles a través de la enseñanza sobre el respeto a los hombres y honestidad, veía que aquél joven no había aprendido nada de lo que él pudiera sentirse orgulloso. Alguna vez, así se lo había comentado con profunda tristeza a Cornelio, diciéndole:

-Tu hijo Ancio, fue para mí más que un alumno, pues al fin llegamos a ser casi amigos. Pero Nerón es como un enemigo al que hay que vigilar. No sé si caló en su corazón ninguna de las enseñanzas que con afán le prodigué pues no veo en él ningún fruto comestible.- A Cornelio, aun sabedor de la sabiduría de Séneca y de su amable e inteligente conversación, le causaba temor su amistad sabiéndole cómplice, y con razón, de la conspiración que se traían entre manos contra el emperador. Por eso se limitaba a escuchar y eludía al máximo el contacto con todos los senadores. Y volvía a esperar como otras muchas veces, una luz que le hiciese salir victorioso de aquél difícil trance que ahora le rodeaba.

Cuando llegó aquella tarde a su lugar de residencia, halló a su mujer reunida con sus hijos, en oración. Se unió a ellos y al terminar les preguntó:

-¿Cómo no me habéis esperado para orar todos juntos?-

A lo que Hanea repuso un tanto inquieta:

-Cornelio, querido: los criados nos han informado que Nerón se ha dado a perseguir a los cristianos y ninguno ya estamos seguros de no ser apresados por su guardia pretoriana y llevados al suplicio.- Cornelio, queriendo tranquilizarlos a todos y sabiendo la maldad de Nerón, les dijo:

-No temáis pues el Señor puede libramos de todo eso. Su poder es superior al de ese malvado. Pero Ancio, su hijo mayor, repuso con toda serenidad:

-Padre, no tienes que disimular con nosotros, pues hace muchos años que tenemos muy asumida la responsabilidad de ser cristianos y los conflictos por los que habremos de pasar.- Todos se miraron sonriendo como queriendo obviar la realidad, pero Teico añadió elevando sus ojos al cielo:

-Señor, diremos como tú dijiste en el Huerto de los Olivos: “Padre, si es posible, pase de nosotros este cáliz, pero no se haga nuestra voluntad sino la tuya.”- Hanea quedó sobrecogida ante las palabras de su hijo y todos enmudecieron por unos momentos. Al fin Cornelio exclamó:

-¡Gocémonos de todo lo que el Señor nos depare, pues todo lo que nos ocurra ha de ser para su gloria y no caerá un solo cabello de nuestra cabeza que el Señor no lo permita! Por tanto ¿a qué preocuparnos de mañana? Mañana ya traerá penas o alegrías consigo.-

Fueron acomodándose a la mesa y les fue servida la cena y después de la acción de gracias transcurrió un silencio casi orativo.

A la mañana siguiente, cada cual se dedicó a sus quehaceres y Cornelio en el senado se enteró de las intenciones de Nerón, pues ya los senadores, aunque divididos entre sí, muchos de ellos se disponían a delatar a Cornelio y a su familia. Se enteró asimismo que pretendía prender fuego a Roma y acusar a los cristianos para que así todo el pueblo los odiase y comprendieran que tenían bien merecido su castigo. Sus antiguos soldados, enterados de la trama avisaron a todos los fieles para que se mantuviesen a salvo mientras pudiesen pero ya era demasiado tarde para la mayoría, pues en tanto ardía Roma prendida por los soldados pretorianos, otros les detenían acusándoles de incendio. Cornelio, ante lo salvaje de aquella acción que se estaba fraguando, corrió a reunirse con su mujer y sus hijos pero ya estaban al tanto los pretores para detenerlo y al llegar a su casa le echaron mano para llevarlo junto a su familia ante el César para ser juzgados. Mas varios de sus antiguos soldados, tendieron una emboscada a los pretores dejándolos fuera de combate. Y con toda diligencia huyeron de la redada. No todos pudieron escapar si ello era posible: el joven Teico fue apresado y al conocerlo su padre, exclamó:

-¡Él no, Señor, él no!- Pero en aquél momento sintió una voz interior que le decía:

- Cornelio, quiero que descanse en mí al igual que tú. Haz pues marchar a tu mujer y a tus otros hijos para que prediquen mi palabra por el mundo. Di a tus soldados y criados que se encaminen al puerto que allí encontrarán una nave vacía. Dile a Dámasel que la pilote hacia donde les lleve el viento, que yo les protegeré y arribarán a un lugar seguro para sus vidas. Y tú, ve al palacio de Nerón a reunirte con tu hijo.- Así pues, lo ordenó a todos sus soldados con toda

urgencia y abrazando a su amada esposa y a sus otros dos hijos, hizo con todos la última oración que él haría en este mundo con ellos:

-Señor y Padre de Jesús Nazareno: Dispuestos estamos a cumplir tu voluntad porque así ha de ser para tu gloria. Ayúdanos a no flaquear para que así se cumplan tus santos designios.- Pero Hanea, no entendiendo lo que su esposo pretendía, le dijo:

-Mi señor, no sé a dónde vas pero quiero ir contigo y entre los dos encontraremos a nuestro Teico.- Lo mismo dijeron sus otros dos hijos pero Cornelio les intimó severamente como nunca lo había hecho, a que se marcharan a toda prisa, a una orden de él a sus soldados. Rotos de dolor cubrían sus rostros mientras se alejaban para no verse nunca más.

Cornelio con los puños apretados y con paso decidido se dirigió a su destino. Entrando al palacio fue detenido por la guardia, ante lo cual, dijo:

-¿Acaso no vengo por mi propia voluntad? Apartaos pues, que yo ya sé ir a donde vosotros queréis llevarme.- Y subiendo la escalinata llegó a la gran sala en donde se encontraba Nerón. Este, que se hallaba junto a los senadores, exclamó:

-¡Cornelio, pensaba que habías escapado pero veo que te han cogido!- Él contestó:

-No mi señor, no me han cogido, vengo por mi propia voluntad.-

- ¿Por tu propia voluntad?... No me lo puedo creer ¿tan ingenuo eres que piensas que vas a seguir siendo miembro del senado como si nada pasara? Tus horas de vida están contadas y la verdad me alegro de perderte de vista, pues eres para mí una molestia que interiormente me afecta. No soporto más tus creencias en ese Dios que siempre recrimina mis acciones. De todas formas, tal vez sea clemente contigo si ante todo el senado y en mi presencia reniegas ahora de ese Dios molesto para mí y al que tú adoras. Sólo esto te pido. Ni siquiera que me veneres a mí, que podría hacerlo, pues soy tu único señor, tu único dios. ¿Qué me contestas? - Una mirada de desprecio fue dirigida por Cornelio a aquél hombre monstruoso y sin tan siquiera contestar a sus palabras preguntó:

-¿Dónde está mi hijo?-

-¡Ah, tu hijo!... Claro... me gusta tu hijo. Es guapo, elegante, sumiso... Me lo pienso quedar para mí. No le haré morir. Te lo haré traer para que lo veas por última vez, pues al parecer prefieres el suplicio a mi benevolencia en perdonarte la vida. ¿Y qué ganas con ello a parte de desobedecerme a mí? Es tu orgullo y tu odio hacia mi persona lo que te impide rebajarte.-

-No es así señor, mi Dios no me permite odiarte, sólo me das pena por tu ceguera por no buscar la gloria del Único Dios y buscar sólo la tuya que con los años fenecerá. ¿Y qué habrás ganado con este tiempo de gloria del cuál te pavoneas ahora?-

-Porque sólo existe el ahora, Cornelio, sólo el ahora. ¿Y quién como yo en poder?- Apareció en ese momento Teico ante su padre y se fundieron en un abrazo tan tierno que el propio senado se estremeció.

-Hijo, no tengas miedo, que el Señor Jesús está con nosotros. Lucha por morir por Él antes de corromperte con este monstruo.-

-No te preocupes padre, que haré que pronto me odie.- Nerón dijo a sus soldados:

-¡Llevad a Cornelio a la cárcel y mañana me avisáis cuando lo queméis en la hoguera, pues quiero recrearme en su dolor y en su carne abrasada! En cuanto a ti, muchacho, acércate para recrearme en ti.- Pero Teico, mirándolo fijamente le dijo:

-¡Apártate de mí, satanás! Pues mi alma y mi cuerpo son para el Señor a quien tú persigues con tus infamias y maldades. No permitiré Dios después de estas atrocidades tuyas que vivas tranquilo en el resto de tu vida.- Cornelio, aún presente, admiraba la valentía de su pequeño. Nerón montó en cólera ante las aseveraciones del muchacho y dijo:

-¿Acaso prefieres la muerte a mi compañía y riquezas?- Contestó Teico:

-¡Púdrete tú y tus riquezas, que yo prefiero la cruz y la vida eterna en aquél que me ha creado!- Nerón, indignado gritó:

-¡Sacadlo de mi vista! ¡¿Quieres morir en la cruz? Pues en ella morirás! ¡Te he ofrecido el imperio en mi compañía! ¡Lo rechazas y además me insultas! Muere si es eso lo que quieres... pero te aseguro que me encargaré de que sea lenta... muy lentamente. Me recrearé en tu tormento y esperaré que me implores clemencia.- Acabó con altanería.

-Eso nunca sucederá, señor, pues estoy dispuesto a padecer lo que sea con la ayuda de mi Dios, pues será para Su Gloria. En cambio, tú estás acumulando su terrible ira sobre ti.-

-¡Basta ya! Llévalo al lugar de suplicios para que sea allí torturado hasta que reniegue de su Dios. Preparadlo todo que ahora bajo yo para verlo retorcerse de dolor... Veamos cuánto aguanta...-

Al cabo de un rato bajó Nerón a donde se estaba torturando al muchacho. Mas a pesar de los azotes, tortura en el torno y otros muchos suplicios como poner sal en sus sangrantes heridas, nada de esto pudo doblegar la fe de Teico por lo que Nerón tuvo que parar la tortura para que quedara con vida y poder crucificarle al día siguiente. Fue pues llevado a la cárcel en aquél estado deplorable en que se encontraba. Al verlo su padre en aquél estado casi se derrumbó de dolor y tomándolo en sus brazos lo estrechó contra su corazón roto por la amargura. Él, en los brazos de su padre le dijo:

-Padre, tú estuviste con Jesús en todos sus sufrimientos. ¿Crees que me parezco a Él?-

-Sí hijo mío, te pareces mucho a Él.- Dijo con una mueca a modo de sonrisa dolorosa y prosiguió:- ... Sobre todo en aceptar la voluntad del Padre. Y yo estoy aquí, muriéndome de amargura contigo como moría de angustia viéndolo a Él.-

-No te aflijas padre, que ya falta poco para que todo termine. El Señor lo da... y el Señor lo quita... ¡Bendito sea el Señor!- Lágrimas comenzaron a asomar por la comisura de sus ya enrojecidos ojos; el dolor le atacaba fuertemente:- ¡Padre, abrázame más fuerte y pídele al Señor que me ayude a soportar este dolor!- Clamaba sintiendo ya cómo su padre se nublaba en su mirada.

-Hijo mío... ¿qué no daría para aliviarte? ¡Que mis caricias sean como las manos de Jesús y te sirvan de bálsamo en tus heridas!- Sollozó entrecortado.- ¡Pero cómo se ha ensañado ese monstruo contigo, hijo mío!- Pero enseguida calló al observar cómo su pequeño desviaba ausentemente la mirada y despegaba sus labios sutilmente. Y con un hilo de voz casi imperceptible, decía:

-...Padre... conservemos la paz... recordando lo que Él decía en el suplicio:... “Perdónales, Señor... pues no saben lo que hacen”...-

-¡Hijo mío!- Y como si el muchacho recibiera una fuerza incomprensible, exclamó:

-¡Te quiero mucho padre!-En aquél instante Teico se desvaneció. Era como si el Señor le durmiera durante las horas que aún quedaban para llegar a la cumbre del martirio.

Padre e hijo pasaron la noche encarcelados junto con otros muchos, entre ellos Pedro, el discípulo de Jesús y pontífice de la iglesia. Cornelio, con el muchacho todavía inconsciente, en su amparo, estupefacto exclamó:

-¡Pedro ¿tú también aquí?!-

- Cornelio, hijo mío, me alegro de verte... salvo la situación en que aquí nos tienen...- Dijo gravemente.- ¿Y este es uno de tus hijos, verdad? ¡Pero cómo lo han dejado!- Se horrorizó...

-Sí... es mi pequeño Teico. Él morirá mañana en la cruz y yo en la hoguera.- Musitó angustiado mientras apartaba con sutileza varios mechones ensangrentados del maltrecho rostro de su pequeño. Pedro, tratando como podía de sobreponerse, halló valor dentro de sí y pronunció estas palabras ante Cornelio y ante todos cuantos por Cristo estaban en aquella prisión:

-Pasemos la noche en oración para que ninguno desfallezca, que mañana todos estaremos en el Paraíso con el Señor.- En encendida oración pasaron la noche todos juntos acompañando a Pedro que más que un hombre parecía un ángel por su rostro iluminado por la Gloria de Dios. Cornelio pasó la noche con su hijo en los brazos, orando y desecho en llanto contemplando a su pequeño.

A la mañana siguiente, la guardia pretoriana condujo a todos los fieles al circo romano que ya estaba repleto de gente, ávida de sangre. Y en la presidencia, a Nerón y su cohorte, esperando a que comenzara el espectáculo. Pedro los bendijo a todos y los encomendó al Señor. Todos fueron sacrificados: Quien en la hoguera... quien en la cruz... quien

CORNELIO. Rozando la Historia.

devorado por las fieras. Y en tanto Nerón se recreaba en aquellos tormentos que ellos sufrían, el Señor recibía en el cielo a cientos y miles de mártires que desde aquél instante gozarían de Él por toda la eternidad.

*No tengáis miedo si alguien
os arrebatase el cuerpo,
porque el cuerpo es corruptible
y el alma sigue viviendo.*

*No temáis a los suplicios
ni a los más grandes agravios,
que el Señor os dará fuerzas
para poder soportarlos.*

*No temáis a la pobreza,
que yo fui pobre también
y sé que es gran alegría
el tener para comer.*

*No temáis por el vestido
con que os habréis de cubrir,
que más vale vuestro cuerpo
que resucitará al fin.*

*Mis queridas criaturas:
sois algo tan especial...
estáis siempre ante mis ojos
para libraros del mal.*

*Por eso, no tengáis miedo
sino al pecado mortal,
ese que lleva al infierno
por toda la eternidad.*

Contempla el cielo sin miedo

CORNELIO. Rozando la Historia.

*y profundiza en el fondo,
verás cómo a Mí te lleva
porque el cielo son mis ojos.*

*Yo estoy aquí, soy tu Padre,
todo lo hice para ti.
¡Si vieras las maravillas
que te esperan junto a mi!*

FIN

Índice

1: Temores fundados	11
2: Tiempo y lugar de Nacimiento.....	25
3: El interior de Cornelio	33
4: Cornelio presenciaba los milagros de Jesús	47
5: El veredicto de Dios	55
6: Jesús ante Pilato.....	65
7: Camino del Calvario	77
8: Pilato recriminado por Cornelio.....	87
9: Cornelio es reclamado por César	95
10: Resurrección	105
11: Milagro en el mar.....	115
12: Triste despedida	129
13: La misión de Cornelio.....	139
14: Dos amigos y un sólo corazón	149
15: La tranquilidad vuelve a Roma	169
16: Zarpazo inesperado	179
17: El Emperador de nuevo en Roma.....	187
18: Rumbo a Cesárea	197
19: Conspiraciones.....	211
20: Mi Creación para ti	219

CORNELIO. Rozando la Historia.